



se

ALADOS

renacer oscuro

Alissa Bron Lectulandia

Nada es lo que parece y la fantasía se mezcla con la realidad y el amor.

El Apocalipsis ha comenzado. Alma está a punto de cumplir dieciséis años y es una Frágil que sobrevive en una colonia de humanos oculta de los Alados, los seres que están exterminando el mundo que conocemos. Un desengaño amoroso y el deseo de encontrar a su madre desaparecida harán que se arriesgue a internarse en un mundo desconocido para ella, donde deberá tomar una decisión que hará tambalearse a toda la humanidad.

Lectulandia

Alissa Brontë

Alados. Renacer oscuro

Alados - 1

ePub r1.0

Titivillus 17-09-2019

Título original: *Alados: Renacer oscuro*
Alissa Brontë, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

A Álvaro, Alejandro, Jorge y Silvia,
los motores que dan fuerza a mi vida.

«E, inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá y la luna no dará su luz, las estrellas caerán del cielo y los poderes de los cielos serán sacudidos.

Y aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces se aumentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre que vendrá sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria.

Y enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, reunirán a sus escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro».

Mateo 24, 29-31

Prólogo

Todo empezó aquella noche, Diego los esperaba cerca del lago donde se habían citado. No iba solo, como cabía de esperar, algunos de sus hombres le acompañaban. Los apresó y los obligó a ir a su castillo. Una vez allí les preguntó si se habían unido sin su consentimiento.

La pareja se miró sin saber qué contestar, pues eran conscientes de las peligrosas consecuencias que conllevaría mentir a su amo.

El joven abrazó a la muchacha en un acto inútil de protegerla de lo que estaba por llegar.

Diego les exigía la verdad a gritos, ya que uno de los suyos le había informado de su osadía al unirse de forma ilícita; a escondidas de su amo y señor. Los miraba furioso y, en algunos momentos, parecía ansioso por golpearles.

La joven, atemorizada y temiendo por su integridad, se protegió el rostro con manos temblorosas, en un acto reflejo que provocó que su esposo diese un paso al frente para protegerla con su propio cuerpo. Escudándola.

Ese bravo gesto no pasó desapercibido para su señor, y la mujer supo que no le sería perdonado.

Los hombres, tras una señal de su amo, lo apresaron y ataron sus fuertes manos a la espalda y de inmediato lo sujetaron con firmeza a una de las columnas que sostenían el techo de la gran sala. Él trató de pelear, de liberarse, pero fue en vano. En este mundo, que había decidido habitar para hallarla, no era tan fuerte como en el suyo propio. No soportaba ver el miedo en los ojos de su amada, le desgarraba el alma e, impotente y maldiciendo su condición humana, cerró los ojos para evitar verla sufrir.

El rostro de Diego se adornó con una malévolamente sonrisa que desdibujaba sus facciones, se acercó a ella y, rasgándole el vestido, dejó el hombro y el pecho al descubierto. Acto seguido, puso sobre la delicada piel el anillo con su escudo, grabándolo a fuego. Dejando claro que ella le pertenecía al igual que las tierras, los árboles o los animales que habitaban su tierra, él era el amo y señor de todos ellos.

Tras el grito desgarrador que liberó la boca femenina a causa del dolor de la quemadura, el hombre abrió los ojos y le obligaron a mirar las atrocidades que cometían con su esposa. Observaba frustrado y roto por el dolor cómo uno tras otro la violaban. Los cuatro la poseyeron una y otra vez, turnándose. Dejándola destrozada. Y a él, también.

Sabía que iba a morir, no podía casi respirar. Notaba cómo su pecho subía y bajaba con premura, buscando un aire que no llegaba. Sus piernas sangraban sin parar. Deseaba morir arrepentido por haber caído en la tentación, por haber perdido su fuerza poderosa para estar con ella; ahora pagaba la desobediencia a su padre.

En ese instante, su hermano Balthazar acudió a su mente. Aún recordaba cómo se había revelado contra su padre, deseoso de ser el amo y señor de ese mundo humano, ansioso por divertirse con los frágiles e inútiles humanos cuya única valía estaba en sus almas ya que eran una parte de Samuel.

—Acatarás las órdenes o partirás para crear un hogar propio —fue la respuesta de Samuel. Su ultimátum.

Al principio Balthazar dudó, aunque no estaba dispuesto a ceder y orgulloso giró sobre sí mismo, confundido, pero seguro, pues no deseaba seguir bajo el yugo asfixiante de un padre que prefería a esos seres frágiles y perecederos por encima de ellos. Así que tomó la decisión de marcharse, sumergido en el odio y el rencor hacia los que decían llamarse su familia.

Esa fue la primera vez que la sintió. Una emoción extraña y poderosa que le llenaba y corría por las venas libre y salvajemente, una sensación que le hacía tener la garganta áspera y la boca seca como si estuviese sediento. Un sabor acre y metálico que se instalaría en sus labios y no lo abandonaría jamás. Su corazón cambió. Ya no era la dulce morada de la compasión; y el amor era el hogar oscuro y tenebroso del odio.

Sus alas se desplegaron con un fuerte estallido. Ya no relucían puras y blancas, se habían vuelto oscuras como sus sentimientos, como las sombras, como la maldad que le corrompía por dentro. Tan oscuras como el crepúsculo. Su alma había dejado de ser luminosa y parecía un agujero negro que lo absorbía todo a su paso.

Su brillante y rubio cabello se mezcló con la oscuridad y la rabia, convirtiéndose en un rojo y ardiente fuego. Ya no era un Alado normal, se había convertido en un Alas Negras.

El primero.

La joven miraba a su esposo tratando de encontrar la fuerza que sentía que le faltaba, que la abandonaba sin remedio; un puño metálico y poderoso la aprisionaba, dejándola sin aliento ni fuerzas.

Necesitaba hallar en los profundos ojos azules que la observaban algo de compasión, de amor. Sin embargo, lo que halló en su mirada fue impotencia.

Después de haber visto cómo la utilizaban una y otra vez durante horas sin descanso, su mirada había perdido brillo y entereza. Se había rendido, y eso le dolió, porque ella, a pesar de ser una Frágil mujer que no tenía nada que hacer en un tiempo donde los que gobernaban eran los hombres y la mujer no tenía valor alguno, no se había rendido.

Sentía su menudo cuerpo húmedo y pegajoso, lleno de sangre, saliva y semen de todos ellos.

En ese instante se odió por ser una indefensa y miserable mujer que dejaba que le arrebataran lo único que poseía: su dignidad.

Cuando se cansaron de usar su cuerpo, desataron a su compañero y lo colocaron junto a ella, que trató de alargar la mano y acariciarle. Pero sus brazos delgados estaban tan magullados que fue incapaz de sacar la energía necesaria para llevar a cabo esa hazaña apoteósica.

Su esposo le negaba su mirada límpida y, ella, confundida, pensó que tal vez no la miraba para evitar que le hicieran más daño o quizás... la culpaba a ella.

Diego se acercó a él mientras se apretaba el cinturón sobre las calzas y ordenó a sus hombres que lo levantaran y lo sostuvieran por los brazos.

—¡Mírala! —gritó con el tono que emplean los que poseen el poder.

Él se negó a hacerlo. Diego le apresó la cara con fuerza y le obligó a mirarla una vez más. Sus miradas se cruzaron un breve segundo, y ella pudo sentir y ver el dolor que reflejaban sus ojos y su rostro descompuesto.

Trató, desesperada, de hablarle con la mirada, para hacerle llegar todo el amor que sentía por él. Estaba segura de que aquella situación terminaría con sus jóvenes vidas.

Mientras él la observaba, horrorizado por cómo trataba de sobreponerse, Diego hundió una daga en su pecho e, insatisfecho con su agonía, la hundió una y otra vez con los ojos inyectados de un odio injustificado.

La joven vio la sangre salir a borbotones del pecho agujereado del hombre y de esa forma tan cruel, desangrándose como si de un animal se tratase, mientras le obligaban a ver cómo la muerte se iba apoderando del cuerpo de su amada deshecho por el dolor, murió. Se desplomó y su último aliento de

vida lo expulsó sobre el charco que se había formado a su alrededor con su propia sangre.

Levantaron del suelo a la mujer, arrastrándola hasta lanzarla sobre la dura madera de una carreta. Ella no era consciente de dónde estaba, tan solo sentía el relente de la noche fría sobre su piel húmeda. Unos pies la golpearon hasta hacerla rodar y tirarla sobre el duro suelo terroso. La dejaron allí, en medio de ningún sitio, sangrando, malherida, deseando que la muerte apareciese pronto para dejar de sentir ese dolor inmenso que ahora mismo la consumía. No deseaba seguir viviendo, le habían arrebatado a su mitad, se lo habían quitado todo.

Samuel miraba impasible lo que le sucedía, había visto la esencia de su hijo Altair abandonar el cuerpo terrenal que había elegido en esta vida. Esperaba impaciente por ver lo que sucedería con la esencia de Laya; podía verla cambiar, observaba crecer la semilla del odio y la necesidad de venganza enraizando rápidamente y con coraje en su alma que se arremolinaba esperando el final.

Balthazar apareció entre tinieblas. Samuel se tensó, intuía los pasos que iba a seguir, pero estaba decidido a no intervenir. Sabía que él le ofrecería un pacto y solo le quedaba rezar para que Laya se negase.

Aunque la suerte no estaba de parte de Samuel y ella claudicó. El odio y el dolor eran demasiado grandes como para rechazar la oferta de Balthazar.

Altair, al averiguar que todo había sido orquestado por Balthazar, desgarró el tiempo con un alarido aterrador que nunca se borraría de la mente de Samuel.

En ese preciso instante, supo que la guerra que tanto había tratado de evitar, la guerra entre Alas Negras y Alas Blancas, se volvería a partir de ese instante más sangrienta. Una batalla que finalizaría con la extinción de uno u otro bando.

Una guerra entre sus hijos en la que los humanos se verían atrapados como meros espectadores, sin otra cosa que hacer salvo tratar de resistir.

Capítulo 1

El gran temido día llegó.

Después de bombardearlos continuamente durante décadas, advirtiéndoles de la llegada del apocalipsis o la extinción del mundo por invasión extraterrestre. De ser descrita en infinidad de libros, páramos desolados por algún arma química que destruiría a la humanidad llenando el basto terreno de zombis... el primer libro de todos, la Biblia, guardaba en sus páginas la verdad sobre quiénes causarían la devastación de la tierra.

Así, un día, bajaron del Cielo y subieron de lo más profundo del Infierno los seres que ahora atemorizaban a la humanidad: los alados.

A Alma nunca le gustó demasiado su nombre, pero después de la invasión de los alados, seres que se alimentaban de sus almas llenándose de sus esencias y dejando a cambio las suyas, lo odiaba. Sentía que su nombre era un neón luminoso que los incitaba y los llamaba a gritos y que ella no podía hacer nada más que esconderse, esperando que alguno de los buenos se molestase en salvarla y temiendo que alguno de los malos decidiese ir a por ella y llevarse su humanidad tras él.

Laya, su madre, siempre contaba la historia de cómo apareció el primero de ellos; el primer Alas Negras. Alma escuchaba embelesada sus relatos hasta que se dormía plácidamente entre sus brazos amorosos, cobijada en algún rincón oscuro bajo tierra donde ellos no pudieran encontrarlas.

Desde que su memoria era capaz de recordar, siempre habían huido; sin descanso.

Para su madre era de vital importancia lograr su objetivo, mantenerla con vida hasta que cumpliera los dieciséis años. Otro estereotipo más, pues en todas las historias siempre ocurría algo a esa edad y ella se preguntaba si acaso su vida después de esa fecha crítica dejaría de tener valor.

Nunca había visto a ningún Alado, y la verdad es que no recordaba cuándo fue a última vez que salió de la intrincada red de túneles subterráneos que su clan había ido creando a lo largo de los tiempos.

Incluso mucho antes de la llegada de los primeros alados, los visionarios buscaron refugio bajo tierra para permanecer a salvo. Eran capaces de vislumbrar retazos de sus vidas anteriores, imágenes de lo que estaba por venir y ver dentro de todos los seres su luz, su esencia.

Alma creía ser la excepción, dado que no podía ver dentro de los demás, ni las visiones acudían a advertirla de los peligros como al resto del clan. Para ella solo eran meras leyendas. Nunca había tenido la oportunidad de comprobar si existían realmente.

No tenía permitido cuestionar lo que narraban los mayores. Pero desde la desaparición de su madre, sentía el deseo de salir de los túneles y buscarla por sus propios medios con más ahínco que nunca, embriagada de una necesidad apremiante, un sentimiento que la empujaba hacia el exterior; no obstante, siempre que se encontraba junto a la trampilla de salida que le procuraría el tan ansiado acceso hacia el exterior, el pánico la atenazaba por dentro. Unas garras invisibles tiraban de ella con fuerza, dejándola anclada al suelo sin poder moverse, respirar o pestañear, logrando que la necesidad de escapar quedase relegada al olvido.

Los días pasaban mientras pensaba con tristeza cuánto echaba de menos a su madre.

La necesitaba a su lado, estaba asustada y empezaba a creer que el fin de la raza humana realmente se acercaba.

Armando, el líder del clan, siempre había estado enamorado de su madre, aunque a Laya eso no parecía importarle. Siempre hablaba del padre de Alma con devoción, de cuánto se amaron y cómo fueron bendecidos con su nacimiento. No sabía nada más acerca de su padre. Laya le aseguraba que le contaría toda la historia llegado el momento, pero ese momento parecía haberse esfumado como el humo en el aire. ¿Quién se lo contaría si ella ya no estaba?

Armando era un buen jefe que se ocupaba de todos y no permitía que ninguno sufriera ningún daño, además se preocupaba de ocultarles de los Alas Negras y sobre todo de esconder a Alma. Algo que ella achacaba a su parecido físico, más que evidente, con su madre.

El mismo pelo oscuro e idénticos ojos verdes hacían que tanto él como el resto del pueblo la trataran de una forma especial. A pesar de todo, las diferencias terminaban ahí; pues Laya era algo más baja y fuerte que Alma. Además, su madre parecía poseer una calma de la que la adolescente carecía.

Últimamente, las frías lágrimas empapaban las mejillas de Alma con demasiada frecuencia, cada vez que pensaba en su madre y en el calor que le

brindaba, algo que anhelaba sin descanso. Desde su desaparición se sentía sola, fría y vacía.

El clan vivía en una pequeña extensión de tierra fértil descubierta por casualidad mientras construían más túneles de escape. De alguna forma que desconocían, la cavidad creaba un pequeño ecosistema.

Contaban con un pozo de agua potable y las plantas lograban crecer gracias a la tenue luz que de alguna forma se colaba por los poros de las rocas, dotando a las paredes de colores rojizos y dorados. El hábitat los abastecía con todo lo necesario, exceptuando la libertad, o así lo sentía ella.

Muchas noches, cuando todos dormían y era incapaz de conciliar el sueño, se levantaba a vagabundear. En ocasiones había sorprendido a Armando con algunos de los chicos en reuniones secretas hablando sobre lo que sucedía en el exterior.

Sus protectores, los Alas Blancas, iban perdiendo la batalla. Cada vez eran menos poderosos y contaban con menos guerreros entre sus filas. Balthazar iba en cabeza y contaba con una gran ventaja y los Alas Blancas se debilitaban cada vez más ante la escasez de humanos que, después de todo, solo eran unos peones que estorbaban en la lucha por conquistar el mundo terrenal. Su universo se había quedado pequeño y, al parecer, necesitaban más.

Alma no entendía muy bien el significado de «poder», pero no dejaba de preguntarse qué tendría para enloquecer a la gente de esa manera con tal de poseerlo.

En el campamento no eran muchos, y algunos de los que se habían arriesgado a subir para proteger a los demás no habían regresado jamás. Durante las huidas habían ido creciendo como clan. Personas de todas las nacionalidades, razas, color y religión vivían juntas y en armonía como una gran familia. Ahora contaban con algo tangible en lo que creer, algo que los había unido y provocado que dejaran todo lo demás a un lado: lo único que tenía importancia era sobrevivir.

Casi todos los que estaban conviviendo bajo tierra poseían el don de la visión, algo preocupante para Alma, aunque su madre siempre le decía que su habilidad estaba oculta y que se desvelaría a su debido tiempo. Pero Alma lo dudaba.

Los supervivientes habían logrado subsistir gracias a ese don y habían mantenido a salvo a todos los que les había sido posible.

Mayko siempre contaba cómo había huido desde Japón buscando un refugio antes del primer ataque.

—Corría desesperada. Mi primera visión surgió de noche, ¡era tan real...! Podía ver sus almas oscuras, al igual que sus ropas y su cabello. Majestuosos con sus alas extendidas, imponentes. Habían llegado para quedarse, para regalar a la humanidad un último abrazo, un último aliento que se llevarían con su beso mortal mientras permanecían arropados por sus alas —la voz de Mayko suave y dulce sonaba rota mientras lo recordaba, con sus enormes y rasgados ojos negros bañados en lágrimas—. Salí a toda prisa, gritando, advirtiendo de su llegada inminente. Nadie lo creyó. Todos me miraban gritando que estaba loca y riendo de forma estrepitosa. Sentí que me hundía en la desesperación por la certeza de que todos perecerían por no creer en lo que estaba por venir.

—Era lógico —la consolaba Armando con su ceño siempre fruncido—, en el mundo en el que vivíamos había demasiada información, entretenimiento y sobre todo era un mundo escéptico. Era razonable que nadie escuchara a los visionarios.

Fue una misión delirante pretender que la humanidad creyese en algo que ellos no eran capaces de ver, imaginar o sentir. Sin embargo, se hizo realidad.

Muchas noches se reunían alrededor de una gran fogata mientras Armando narraba historias sobre cómo empezó todo. Tratava de enseñarles todo lo que sabía, para que estuvieran prevenidos por si alguna vez tuvieron que enfrentarse por separado al mundo externo.

A Alma le encantaban las historias que relataba, hacía que se transportara a otros mundos, a otras épocas donde todo parecía mágico e inventado. Pero cuando la historia acababa y miraba el espacio que ocupaba siempre su madre y lo encontraba vacío, la cruda realidad la abofeteaba y la trasladaba de regreso a la realidad, esa en la que su madre estaba perdida y sola en el exterior.

Armando siempre les explicaba que la faz de la tierra se había convertido en un lugar violento y peligroso. Los seres humanos se habían transformado con la esencia de la maldad; en seres sin razón que se atacaban mutuamente. Las violaciones, asesinatos, robos y todas las aberraciones imaginables eran ahora la tónica general que movía al mundo.

Alma era consciente de que Armando de vez en cuando organizaba partidas de búsqueda con los guerreros más cualificados para encontrar a Laya, y aunque no obtenía resultados, no cejaba en su empeño. Se lo ocultaba a Alma para no avivar su dolor y ella lo agradecía. Aun así, siempre que salían de alguna forma lo sabía. La misma intuición que le aseguraba que su madre permanecía viva en algún lugar se lo indicaba.

Los humanos que conservaban su buena esencia escaseaban, y eran custodiados por los propios Alas Blancas, que trataban por todos los medios mantenerlos a salvo de las garras de los Alas Negras y luego estaban ellos, el clan. Lo más parecido que quedaba a la raza humana. Después de todo, el apocalipsis había llegado aunque de una forma diferente: con forma humana, alas y una belleza hipnotizadora.

David, el hijo de Armando, de vez en cuando les regalaba noticias sobre el exterior; él era uno de los privilegiados a los que se le permitía salir de los túneles.

—No puedes hacerte una idea, Alma, de lo desolador que es el mundo ahí arriba, sobre todo de noche, cuando los malditos Alas Negras pueden salir con total libertad —susurraba para que nadie los oyese, y su voz se tornaba ronca al impregnarse del odio que sentía hacia ellos—. Durante el día, los pocos humanos decentes que sobreviven tratan de hallar un nuevo escondite para cuando llegue la noche.

—¿Por qué no se refugian aquí con nosotros?

—No todos confían en que vivir entre túneles sea seguro.

—¿Cómo son, David? —preguntaba curiosa.

—Los Alas Blancas tienen todos el color del cabello y los ojos amarillos como el sol y los Alas Negras tienen el pelo negro como la noche al igual que los ojos. Esa es una de las formas de saber a qué bando pertenecen. Todos tienen aspecto juvenil, casi aniñado, y muy hermoso, tanto los varones como las hembras, y es fácil dejarse seducir por ellos —contestaba David, mientras la arropaba con un brazo protector para tratar de evitar un daño que aún no había llegado.

Alma escuchaba embelesada sus historias, disfrutaba mientras las oía. A pesar de no tener otra elección que creer en sus palabras, necesitaba verlo con sus propios ojos para saber si realmente era cierto. Algo absurdo, pues cada poro de su piel gritaba que era verdad, pero deseaba tanto verlos.

David también poseía el don de la visión. Era capaz de recordar el pasado aun sin haberlo vivido, y le gustaba soñar con lo que estaba por venir.

—Me asusta no poseer el don como vosotros. Soy la única a la que aún no le ha llegado —revelaba a veces, cuando hablaban en la intimidad y se dejaba seducir por su sonrisa sincera y sus ojos marrones.

—Alma, tú eres única y especial... —decía siempre sonriendo y haciendo que su corazón quedase suspendido del tiempo, colgado de su mirada.

Estaba loca por David. Era fuerte, guapo, agradable y uno de los pocos chicos de su edad que conocía.

En el campamento vivían unos cincuenta visionarios. Cada uno tenía su cometido dependiendo de su rango o habilidades. No todo era cultivar el pequeño terreno que poseían o cuidar de los escasos animales que habían logrado rescatar. También les enseñaban a luchar. A defenderse de los despojos; así denominaban a los humanos que se habían sumido en las oscuridades del abismo, los que se habían transformado en seres ruines y violentos. Los llamaban de esa manera porque en ellos no quedaba rastro de humanidad, a pesar de tener una apariencia física casi humana.

Su piel describía sequedad al igual que el terreno cuarteado por la sequía. Sus ojos habían perdido el color convirtiéndose en dos agujeros negros. Sus colmillos eran afilados, para desgarrar la carne de sus presas como los carroñeros que eran. Seres perdidos entre las dos estirpes, la humana y la alada. Se alimentaban de cualquier cosa que tuviese vida sin importarles a qué raza pertenecieran. Su mente no concebía la diferencia entre el bien y el mal y se alimentaban del mismo mal que ellos creaban, haciéndolos más peligrosos si cabía. Por eso era tan complicado luchar contra ellos si no se tenía el don de la visión; nunca sabías a ciencia cierta si el sujeto que venía hacia a ti era amigo o enemigo hasta que era demasiado tarde.

Los despojos tenían una ventaja respecto a sus propios creadores, estos sí podían salir a plena luz del día a buscar más víctimas.

Los Alas Negras, al menos de momento, respetaban el antiguo pacto por el cual el día quedaba dividido entre ambos bandos.

Los seres de luz vigilaban a los humanos durante el día; los seres de la oscuridad ocultaban sus fechorías arropados por el suave manto de la noche.

Todo estaba patas arriba, sin orden ni concierto.

Aun así, una parte de Alma anhelaba salir. Ver qué quedaba de la tierra, de su ciudad... tratar de hallar a su madre. Sin embargo, le asustaba lo que podría encontrarse fuera y tenía la certeza de que en los túneles era donde estaba más segura.

Capítulo 2

Los días transcurrían monótonos para Alma, siempre las mismas rutinas: levantarse, realizar las tareas asignadas para ese día, ir a clases de lucha... así hasta que por fin llegaba la noche.

Esa noche en concreto, Alma tenía una cita con David y caminaba inquieta de un lado a otro con las manos sudorosas. David había cumplido ya la mayoría de edad, así que era todo un hombre, mientras que a ella aún le faltaban dos meses para los dieciséis años.

Parecía mentira que ya hubiese pasado casi un año desde que su madre desapareció de esa forma tan repentina y sin dejar pistas acerca de su paradero. Un día, estaba celebrando feliz su decimoquinto cumpleaños y al otro, lloraba desconsolada la pérdida de su madre.

Con la promesa de ser feliz, solo pensaba en que había quedado con David, y mientras se arreglaba a hurtadillas, se preguntaba sin cesar si esa sería la noche en la que él la besaría al fin por primera vez. ¡Lo deseaba tanto! Le gustaría tenerle cerca, sentir su calor y su contacto.

Muchas noches tumbada en su cama con los ojos cerrados imaginaba situaciones diferentes con él, pensando en cómo se sentiría cuándo la besara, y un sentimiento de preocupación la inundaba, pensando en si sabría hacerlo bien.

No dejaba de soñar con el lugar donde sucedería; tal vez, mientras estuviesen sentados en su piedra favorita o quizá de pie mientras se despedían en la puerta de la cueva... tantas noches en vela perdida en sus profundos ojos color caramelo, saboreando caricias inventadas que aún no había experimentado, pero que deseaba que sucedieran con toda su alma.

Anhelaba comprobar, aunque solo fuese una vez, ese fuego del que oía hablar a sus amigas. Esa pasión que podría prender una mecha para alentar un fuego en el que deseabas consumirte y que te asustaba, porque daba la sensación de que ibas a caer al lado oscuro, como si besaras la boca del mismo diablo.

Oyó el silbido, su señal.

Salió a escondidas y corrió veloz entre los tétricos túneles para reunirse con él.

Cuando se presentó en su punto de encuentro, pudo verlo sentado sobre la roca, mirando hacia la nada, tan solo oscuridad dentro de su mundo subterráneo.

Se recreó un momento en su rostro perfecto y deseó ser una mujer hermosa y atractiva como las Alas Negras de las que hablaban sin cesar, en vez de una chiquilla inocente.

Los guerreros siempre contaban de ellas que poseían una belleza arrebatadora; tanto, que hasta el más experimentado podía perder la cabeza con solo mirarlas un instante y en la mente solo persistía la misma idea: poseerlas.

Alma quería provocar esa sensación en David. No tenía la intención de robarle el alma, pero sí deseaba que él sintiera que perdía la cabeza por ella.

—Buenas noches... —susurró.

Él se giró y la miró con sus ojos pardos oscurecidos por la noche.

—Buenas noches, pequeña —susurró a su vez.

Siempre la llamaba así. De hecho, todos la llamaban igual, y a ella no le agradaba porque era la más pequeña del grupo y todos parecían empeñados en recordárselo. Pero cuando él lo decía nada más le importaba. Le gustaba; era como si en su boca esa palabra adquiriese otro significado diferente, mejor e íntimo.

—¡No soy pequeña! —replicó, sacándole la lengua—. ¿No te has dado cuenta? Pronto cumpliré los dieciséis.

—Lo sé, pequeña, lo sé. Aun así, para mí, siempre serás esa niña pequeña y llorosa que llegó y se encargó de que todos la amaran.

—No es cierto.

—Lo es, Alma. Todos aquí te quieren —musitó sonriendo.

—Echo de menos a mi madre... —dijo de repente triste, porque era verdad. Ella seguro que entendería el cambio por el que estaba pasando.

—Lo sé. Era muy buena en su trabajo.

—No tanto... al final la vencieron —su voz se rompió. La culpaba por dejar que la atraparan, por dejarla sola con todo lo que se le avecinaba.

—No pienses eso. Ella era la mejor y tú acabarás siéndolo —la animó.

—Quiero salir de aquí.

—No puedes.

—Por favor, David... —dijo acercándose aún más a él—, necesito ver qué hay fuera.

—Solo muerte y destrucción. Nada que merezca la pena como para arriesgarse a caer en manos de esos malditos despojos o de esos sucios Alas Negras.

—Sé que existe el riesgo, aun así.

—Lo siento, pequeña, no puedo. No voy a ayudarte en esa locura. Se lo prometí a tu madre y no voy a romper mi palabra.

—¿Qué le prometiste? —preguntó, intrigada.

—Que te cuidaría siempre.

El frío de la noche se cernió sobre ellos al igual que el silencio. Su vello se erizó y Alma se incorporó de la suave piedra para observar el paraje que los rodeaba. Oscuridad, tan solo eso.

David siguió el movimiento de ella con su cuerpo dejando su espalda abrigada con su pecho. Sus manos se apoderaron de su menudo torso, arropándola con su calor.

Alma notaba el musculoso pecho en su espalda, sus brazos fuertes y firmes frotaban los suyos para infundirles calor, escuchaba el latido de su corazón fuerte y su aliento cálido rozándole la nuca.

Era extraño tenerle así tan cerca y no poder verle, mirarle a los ojos para saber si en ellos se ocultaba un hambre similar a la de ella; la estaba volviendo loca.

Podía escuchar su corazón galopar con fuerza dentro de su pecho, su respiración acelerada le secaba la garganta tanto que podía incluso sentir dolor. Era ahora o nunca. Debía arriesgarse. No era algo bueno andar siempre soñando con David. Si no iba a ser posible que fuera suyo, mejor averiguarlo cuanto antes.

Alma rotó y dejó que su rostro mirase al suyo.

Sus ojos color caramelo se oscurecieron, pero no por la noche, sino por un sentimiento diferente, uno familiar. Miraba su boca y no era capaz de dejar de deseársela, su abrazo se intensificaba y la agarraba con más fuerza, casi hasta el límite del dolor, pero no le importaba. Podía percibir lo que sucedería. Su boca se fundiría con la suya.

Lo deseaba. Y él también.

David abrazaba a Alma con firmeza. Tenerla tan cerca y ver ese anhelo en su mirada era superior a sus fuerzas. Solo deseaba estrecharla y besarla sin parar. Pero debía tratar de evitarlo, lo había prometido.

El estómago de Alma estaba del revés, el corazón latía veloz como si se tratara de una bomba a punto de explotar. Sabía lo que le esperaba y estaba preparada.

Levantó la cabeza, ofreciéndose. Dejándole claro que le deseaba, que era algo mutuo.

David dudaba, aunque su boca avanzó, pero se detuvo apoyando su frente sudorosa en la de ella, helada, con los ojos entrecerrados y respirando con dificultad.

—Lo siento, Alma, no puedo.

—¿No puedes o no quieres? —su voz sonaba herida. Se sentía rechazada.

—¡Sí, lo deseo! Lo deseo desde que te vi por primera vez, pero no debo. No puedo. Alma, ¡mírame! Te deseo de una manera abrumadora, de todas las formas posibles. Quiero que seas mi compañera ahora y siempre, pero no debo. Di mi palabra.

—¿A quién? ¿A tu padre? —preguntó sorprendida.

—A Laya.

—¿Ella... lo sabía?

—Creo que todos lo saben —musitó.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé. Desde siempre, supongo. Es evidente lo que siento por ti.

—¡Pues parece que para mí no! —replicó enfadada—. Todos lo saben menos yo. Es la historia de mi vida. Parece que vosotros sabéis todo y yo nada. Es como si viviese en la más profunda ignorancia. ¡Me siento tan aislada...!

—Alma... yo... yo siento algo muy profundo por ti. Créeme —confesó en voz baja, logrando que su cálido aliento la nublara de nuevo.

—¿De verdad? —preguntó, embargada por un sentimiento de esperanza.

Él asintió.

Sus cuerpos de nuevo se habían acercado sin percibirlo. Era como si de una forma extraña e inconsciente se acercasen el uno al otro, regalándose caricias disimuladas.

Le miró a los ojos y volvió a ver el deseo dibujado en ellos. No lo pensó ni lo dudó, tal vez él hubiese prometido no besarla, pero ella no había hecho ninguna promesa.

Se alzó de puntillas rodeando su cuello con sus largos brazos y entrelazándolo a ella acercó sus labios inexpertos a los suyos sin tener claro qué más hacer excepto dejarlos allí, sobre los de él, suaves y tersos.

El contacto con sus labios fue impactante. Su interior se revolvió inquieto, avisándola de que lo que hacía estaba mal. Sintió un dolor agudo en la espalda, como si se rasgara desde dentro, no sabía qué sucedía. ¿Sería normal? ¿Besar a un chico era así?

Trataba de alejarse para aplacar el dolor, pero David la aferraba con fuerza de la cintura, la alzó y la oprimió contra su pecho desbocado. Su boca hambrienta se apoderó de la suya, dejando muda su protesta.

David sabía que había perdido el control, pero no era capaz de controlarse por más tiempo. Sentir sus labios delicados, suaves y dulces sobre los suyos había sido superior a su fortaleza. La besaba insistentemente, invitándola a unirse a él. Con su lengua recorría por entero sus labios inocentes. Saboreándola, despertándola del letargo en el que vivía.

Alma cedió a los besos de David y disfrutó el momento. Por fin sentía que estaba viva de verdad.

El dolor de la espalda se calmó un poco, dejando paso al torrente de nuevas emociones que la consumían.

Su lengua se volvió osada y jugaba con la de David, saboreando a su vez su boca masculina y dejando que los fluidos se mezclasen. Nada parecía ser suficiente, necesitaba más, quería más.

Sus besos se hicieron más intensos, como el calor que había entre ambos.

Alma era de David. Se entregaría a él si la aceptaba porque no podía imaginar que hubiese nada mejor que estar entre sus brazos, siendo torturada por su boca para siempre.

Para siempre. Esas palabras se repitieron en su mente como un eco lejano. Una sensación de desasosiego de un vago recuerdo de otros labios, otros brazos.

David notó que algo no marchaba bien y se apartó bruscamente dándole su musculosa espalda. Tratando de controlar el sentimiento que había prendido en él. Respiraba agitado, sus hombros se movían furiosos tratando de calmarse. Estaba muy afectado, había cedido por ella.

—¡No puedo, Alma! Se supone que esto no debía pasar entre nosotros. ¡No puedo sentir nada por ti! Soy tu protector y si dejas que estos sentimientos crezcan, no podré hacer bien mi trabajo.

—¿Eso soy para ti? —preguntó con la voz rota—. ¿Un trabajo? ¿Una misión que te ha sido encomendada?

—Tú no lo entiendes, Alma, todavía es pronto. Acabarás comprendiéndolo todo.

—No, no sé nada. Estoy harta de que siempre me mantengáis al margen, de que siempre me digáis que es pronto, que no tengo edad. Mírame. ¡David, mírame! ¿Te parece acaso que aún soy esa cría pequeña?

—No, no lo pareces —resopló.

—Sabes que soy capaz de vencer a todos los del clan, incluyéndote a ti, con una espada —reprochó enfadada—. ¿Qué más necesito hacer para ganarme el respeto de todos?

—No, no es eso, Alma. Tú, yo... lo siento. No puedo decirte más... no hables de esto con nadie, por favor, porque nunca tendría que haber sucedido. Hasta mañana, pequeña —su voz sonaba triste. Se marchó, dejándola desamparada, frustrada y enojada.

Esa noche se fue a la cama arropada por el manto grueso de las lágrimas que desbordaban sus ojos. Él la había herido, solo era una misión para él. Un objetivo a cumplir. Estaba destrozada; entre lágrimas y sollozos se quedó dormida.

Esa fue la primera noche que soñó.

Capítulo 3

Estaba desorientada, su cuerpo no pesada, era como si estuviera compuesto de miles de plumas.

El paraje a su alrededor era extraño, distinto al habitual.

Sintió su cuerpo aletargado y dolorido; estaba destrozado pero alerta. Una sensación extraña de la que no podía escapar, como si habitasen dos personas a la vez dentro de ella y cada una tratara de dominar a la otra para hacerse con el control.

Comenzó a llover de manera suave. Agradecía la humedad que aliviaba el dolor y limpiaba su cuerpo de los restos de sangre, sudor y semen. Agonizaba. Tenía la certeza de que iba a morir. Notaba como poco a poco la vida se le escapaba y sabía que no podía hacer nada para evitarlo.

A pesar de todo, se gritaba a sí misma que debía levantarse, no podía dejar que la muerte se apoderara de ella. ¡Debía luchar!

El frío de la noche la hacía tiritar. Su cuerpo no quería rendirse. Se lo habían arrebatado todo. ¡Todo! No le habían permitido continuar con su vida a falta de dos días para cumplir los dieciséis años. Sentía cómo los músculos de su cuerpo estaban más rígidos y entumecidos a cada segundo. Cerró los ojos. Esperaría a la muerte con resignación; ¿qué otra cosa podía hacer? Dentro de ella un deseo de levantarse y vengarse cobraba fuerza, no deseaba morir.

Los recuerdos acudieron a su mente, tan vívidos que, de haber tenido fuerzas, habría intentado escapar de ellos a toda prisa. Odiaba a esos hombres, a Dios por no protegerlos y a sí misma por no haber sido más fuerte.

La ira y la sed de venganza se apoderaron de su ser. Cada vez las sentía con más intensidad; el dolor en cada resquicio de su cuerpo no importaba, pero sí el deseo abrasador por no haber podido cambiar las cosas, por no haber sido más fuerte. Ansió poder cambiar lo que era, anhelaba ser un ser fuerte y poderoso al que todos temieran.

Comenzó a rezar, pero no a Dios, sino a todo lo que la rodeaba. Más que una oración era una súplica. Solo podía pensar en lo injusto de la situación; se

negaba a conformarse, las cosas no podían terminar así.

Estaba perdida en sus delirios, rogaba una segunda oportunidad y a la vez se sentía culpable, puesto que lo solicitado era algo pecaminoso. Pedía que la naturaleza le otorgase una fuerza que no poseía, aunque solo fuera por un corto período de tiempo. El suficiente para poder llevar a cabo su propósito: deshacerse de ellos.

Un sabor amargo y metálico impregnó todos sus sentidos. Respiraba ese olor y podía degustarlo instalado en la boca y en la garganta e incluso le pareció que podía oírlo en su estómago mezclándose con su propia esencia, corrompiéndose de una forma dulce y suave casi como un ronroneo. Era extraño, pero incluso sin tener nada a lo que compararlo, supo con certeza que era el aroma y el sabor del azufre.

El sabor del mal.

Los labios le dolían a causa de la sequedad que ese aroma le había provocado. Sintió una sed desmesurada, tanto que le dolía respirar, hasta si intentaba tragar saliva para relajarse solo conseguía incrementarla y notar más dolor. Necesitaba sangre.

La muerte empezó a apoderarse de su cuerpo repleto de esos sentimientos oscuros como el crepúsculo que la arropaba. Pero no se arrepentía, sabía que iba a morir y no en términos agradables para satisfacer a su Dios, si es que este existía. En ese momento nada le importaba, la sed la cegaba.

Y, entonces, él se apareció en penumbras.

Su imaginación todavía tenía fuerzas para jugarle una mala pasada. Su primera impresión la dejó paralizada, ¿era él? No podía ser. Lo había visto morir. Tal vez había aparecido para acompañarla en tan largo viaje, en la transición a través de la luz.

Se estaba muriendo, ya casi no era consciente de su cuerpo, solo de su mente.

El hombre se acercó a ella aún más. Las tinieblas que ya se habían apoderado de sus ojos no la dejaban verle con claridad, pero sí pudo oír su voz ronca, profunda y sensual. Sin duda, una voz creada para el pecado. Conocía su nombre, sabía lo ocurrido. De hecho, lo había presenciado todo.

Podía oírle, su voz la relajaba; entonces decidió dejarse ir, oyendo ese sonido que nunca más volvería a escuchar. De repente, esa hermosa voz se tornó ruda e imperiosa.

—¡Presta atención! —le ordenó con voz autoritaria.

Intentó concentrarse, pero casi no era capaz de percibirlo, cada vez su voz la escuchaba más remota y lejana.

—He venido a ofrecerte un trato —espetó con voz aterradora.

—¿Un trato? —musitó sin fuerzas.

Deseaba gritar que no debía aceptar, que era peligroso. Pero Alma era consciente que no podía hacer nada, sintiéndose impotente y frustrada.

—Si aceptas, podrás vengarte. Yo te regalaré esa posibilidad; te transformaré en un ser invencible, fuerte y poderoso. A cambio, solo tomaré de ti algo insignificante.

—¿Qué deseas? —escuchó su propia voz suave, rindiéndose a lo inevitable.

—Tu alma... —susurró ahora más cerca del cuerpo tendido en el suelo.

¿Su alma? Un grito silencioso atravesó la noche. No podía dejar que le entregara algo que la condenaría para siempre.

Trató de incorporarse del suelo frío, pidiendo a la muerte que acudiera a ella antes de ceder. Pero a la vez, la joven del suelo, la que perdía la vida ante sus ojos sin poder evitarlo, renació con un ímpetu nuevo repleto de esperanza. Sintió cómo su cuerpo cobraba algo de vida.

—Mi alma... —musitó sorprendida.

—¡Me pertenecerá por toda la eternidad! Para siempre... —susurró con esa voz que la hacía desear entregarle todo lo que quisiera, aunque supiera que no debía.

Trató de gritar, patalear, intentando que ese cuerpo inerte se incorporase y huyese de ese destino atroz al que se entregaba. Nada sirvió. Se había rendido.

—¡Tuya es! —dijo sin dudar, aceptando el cambio con fuerzas renovadas. Pensó que de todos modos, también en vida tenía un amo que era capaz de obrar esas aberraciones con sus vasallos, y a partir de ese momento no tendría que rendir cuentas a nadie, por lo que no tenía nada que perder.

Trató de gritarle de nuevo para que se negara, no debía ceder, pero algo arrancó a Alma de ese instante, arrastrándola de nuevo a su realidad, a su cama en la cueva.

Impotente observó cómo con su último aliento de vida asentía. Moriría pensando que en verdad podría llegar a vengarlos. A los dos. Así su boca se torció en una sonrisa macabra.

Bajo la lluvia y sonriendo perniciosamente exhaló su último aliento. Él sonrío también, triunfal.

El pacto se había cerrado.

Capítulo 4

Alma se despertó bañada en el sudor que la pesadilla vivida le había causado. Se sentía confusa y jadeante. Trataba de incorporarse, no sin esfuerzo, pues las piernas le temblaban y apenas lograban sostenerla mientras se dirigía al baño. Necesitaba mirarse al espejo y comprobar que realmente seguía siendo ella y no otra persona. Había sido tan extraño... el sueño había sido tan real que el miedo y el dolor intenso aún perduraban en su cuerpo, a pesar de estar segura de que la chica del sueño no era ella.

Cabeceó, tratando que el acto la despejase y a la vez alejase el sentimiento de malestar que tenía, pero resultaba imposible, se había pegado a su cuerpo con la intención de quedarse en ella quizás para siempre.

Usó el vaso que utilizaba a diario para enjuagarse la boca y tratar de aplacar la sed que atenazaba su garganta al igual que en el sueño. ¡Era de locos! Solo había sido una pesadilla, estaba viva y eso era lo único que importaba. Aun así la sensación de agonía que había sufrido había sido muy intensa.

Se convenció de que un cambio de aires le sentaría bien, así que agarró una chaqueta de lana con la que se cubrió el cuerpo para ocultar el pijama y resguardarse del aire fresco de la madrugada, que la envolvería al salir de su cueva.

El aire frío le azotó el rostro, pero no lo ocultó, dejó que la refrescase y calmase los nervios que la consumían. Paseaba bajo la noche oscura, pues la luz de la luna no tenía la fuerza suficiente para luchar contra el grosor de las paredes de la cueva, filtrándose tan solo algunos tenues rayos insuficientes para iluminar el lugar.

Un lugar monótono, tan solo kilómetros de túneles de roca rojiza. Un paisaje triste y desolador en el que tan solo brillaban los pequeños terrenos que no sabían muy bien cómo subsistían en las profundidades fértiles, sirviéndoles de fuente de vida, igual que los escasos focos de agua potable que se repartían por toda la red subterránea.

Otro escalofrío, al recordar el sueño, la hizo tiritar, y en ese momento una idea cruzó su mente rauda y veloz.

Tal vez no hubiese sino un sueño sino una visión, pero de ser así, ¿significaba que la chica del suelo a punto de morir era ella? ¿Un recuerdo del pasado que su alma aún conservaba? No tenía manera de saberlo porque como de costumbre nadie se molestaba en explicarle nada, ya que todavía no tenía los dieciséis años. ¡Se sentía tan frustrada!

¿Y él? ¿Qué o quién era él? Alma no había podido verle pero sí sentirle. El poder que emanaba, su seguridad y el miedo que le hizo sentir unidos a la sensación de que lo conocía lo convertían en algo real y no en un sueño del que ya había despertado.

“Por toda la eternidad”. Recordó sus palabras... nuevos temblores agitaron su menudo cuerpo al recordar esa voz tan poderosa, suave y sensual.

Tal vez debía contárselo a alguien. A Armando. Él era el jefe y un visionario, seguro que sabía algo respecto a ese extraño sueño que la había visitado, o quizás pudiese orientarla para encontrar una explicación razonable, porque en esos momentos era incapaz de inventar alguna.

Caminaba describiendo círculos sin sentido cerca del lugar donde se encontraba su piedra, su refugio, dándole vueltas al problema que la agobiaba y no le permitía respirar, cuando escuchó voces.

Una de ellas era la de David. Podría reconocerla entre millones de voces similares. La suya era especial, al menos para sus oídos. Hablaba en voz muy baja, entre susurros.

Se ocultó tras la gran piedra que estaba situada cerca de donde él se encontraba. El otro hombre era Armando; una charla de padre a hijo.

Decidió regresar a su cama para darles la intimidad que habían buscado al ir a ese sitio alejado de todos, cuando escuchó a David pronunciar su nombre.

Prestó más atención. Quería saber de qué hablaban y por qué su nombre salía en la conversación.

—¡No sabes lo que has hecho, hijo! —tronó la voz de Armando.

—Lo sé, padre, no pude evitarlo. ¡Es demasiado duro! No creo tener las fuerzas necesarias para esta misión. Desearía que le encargases su custodia a otro.

—No puedo; tú eres el más adecuado para esta misión. Además, ella confía en ti —contestó Armando, apoyando sus grandes manos sobre los hombros de su hijo.

—Padre, es muy duro. ¡No puedo seguir! Este asunto se me ha escapado de las manos; ya no puedo realizar mi trabajo correctamente. No quiero

herirla de nuevo al tener que rechazarla —confesó con la voz rota.

—¡Lo harás! No es discutible. Ya sabes que no sabemos a quién pertenecerá, así que mantente alejado, David. Por el bien de todos. En unos días todo acabará.

—Lo sé, padre. Pero ¿cómo evitarlo cuando fue ella la que se arrojó a mis brazos?

—¡Es tú obligación! Juramos un pacto. Hay que cumplirlo. Tienes que evitar esa clase de situaciones comprometidas. Ve a dormir, mañana nos espera un día muy largo. La ciudad está muy tranquila de momento, demasiado para mi gusto, pero aprovecharemos para ir hacia el norte.

—¿Vas a tratar de encontrarla? —preguntó David tan solo para que su padre le contestase a algo de lo que él estaba seguro.

—Siempre, nunca dejaré de buscarla. Ella está viva y necesito encontrarla —la voz de Armando sonaba triste.

Un nudo le apesó la garganta a Alma; sabía lo que sentía Armando porque ella compartía el sentimiento.

—¡Padre, yo quiero cambiar las cosas! —replicaba David, tratando de revelarse a lo que su padre le imponía.

—No puedes. ¡Asunto zanjado!

—Está bien, padre. Buenas noches —se despidió David compungido.

Armando y David se alejaron del lugar para dirigirse a sus respectivas cuevas.

Por el contrario, Alma no era capaz de moverse del sitio. Definitivamente era un objetivo, una misión. Y David no deseaba herirla de nuevo al rechazarla. ¿Le habría molestado que lo besara? ¿Que diese el primer paso?

Ahora mismo, le odiaba con todas sus fuerzas, y las lágrimas que derramaba por sus palabras solo acrecentaban el sentimiento de repulsa que empezaba a crecer en ella.

No debía sentirse así, se riñó, pero no podía evitarlo. Era como si David hubiese clavado un puñal afilado en su corazón y cada palabra hiriente lo hundiese más profundamente en él.

Nada de lo que pensó que tenía que ver con David había sido real. No el beso en sí, sino todos los años de confianza depositados en él como guardián de sus secretos. David le había fallado, y eso la hería con intensidad.

Estaba hastiada. Siempre obedeciendo a todo el mundo, siempre al margen. Pero no podía seguir dejando que los demás decidieran por ella. Ya había tenido entrenamiento suficiente de por vida.

Saldría sin su permiso del campamento; ya no le importaba desobedecer las órdenes, ni el peligro.

Además, ¿a quién se supone que iba a pertenecer? ¿A qué se referían? ¿Al mismo que había rondado sus sueños? No lograba entender nada, estaba herida, somnolienta y confusa.

Las palabras «todo está tranquilo por ahí arriba» golpearon su mente con fuerza. Si todo estaba calmado, tal vez ni siquiera existiese su antiguo mundo y quizá con algo de suerte encontrase alguna pista sobre su madre.

Alma necesitaba salir de los túneles. Su corazón latía lento, sufriendo por la verdad contra la que se había topado de bruces.

Tantos sueños y fantasías con él como protagonista y había sido todo un engaño de su mente confusa. David no sentía lo mismo por ella, tan solo había prometido protegerla.

Durante el beso, Alma había sentido pasión, pero ahora no estaba segura de que ese sentimiento hubiese sido mutuo. Él no había iniciado el beso, ella se ofreció. David tan solo lo había aceptado hasta darse cuenta de que no era lo correcto.

Necesitaba salir, correr y respirar un aire diferente. Aceleró el paso hasta llegar a su cueva.

A hurtadillas se puso el uniforme de los guerreros. Nunca había tenido la oportunidad de usarlo, y esa noche lo haría; se vestiría con él por primera vez.

Se enfundó los pantalones negros que se pegaban a su cuerpo como una segunda piel y se abrochó la cremallera de la chaqueta hasta arriba subiendo la capucha. Empuñó firmemente su espada y la guardó en su funda, llevándola a la espalda; escondió un puñal en su bota. En un pequeño macuto, metió agua y algo de comida.

Ya estaba lista, la incursión no duraría demasiado. Solo necesitaba satisfacer su curiosidad, despejarse y ver algo diferente a los angostos túneles por los que solía moverse y cuando regresara, sacaría fuerzas para enfrentarse a Armando y exigirle respuestas claras respecto a su madre e incluso sobre ella misma.

Estaba cansada de tanto misterio.

Capítulo 5

Alma jadeaba por el esfuerzo. ¡La maldita trampilla se negaba a girar! Parecía que hasta ella le avisaba del peligro. Un peligro que obviaba porque su necesidad de refugiarse en los brazos de su madre y llorar por el rechazo de David eran más fuertes que su miedo a lo desconocido.

Tardó más de diez minutos en dar una vuelta completa y levantarla. No entendía cómo los demás lo hacían cada día, si parecía que llevaba sellada durante siglos.

Era aún de noche. La brisa era fresca y la luna que continuaba iluminado todo con su luz presumía de su redondez. Se quedó sin aliento por el espectáculo, no recordaba la última vez que había visto la luna sobre su cabeza. Ahora, en su lugar, se conformaba con los dorados y rojizos techos de los túneles. Un suspiro le recorrió el cuerpo.

Estaba situada en mitad de una calle que alguna vez estuvo transitada por peatones, automóviles y bicicletas; ahora parecía un gran estercolero. Los edificios se tambaleaban sobre sus cimientos desgastados.

Algunos coches mal aparcados, al dejarlos con prisa, adornaban la calle sucia con los cristales rotos y las puertas abiertas invitando a cualquier transeúnte que se prestara a entrar para un último recorrido.

Los postes de madera de los que colgaban algunos cables eléctricos marchitos como los pétalos de una flor que se apagaban ululaban mecidos por el aire.

Todo a su alrededor era lúgubre, sucio y se encontraba abandonado.

Las señales de tráfico colgaban de sus pies carcomidos por el óxido, al igual que las barandillas metálicas que una vez sirvieron para proteger a los peatones, que ahora escaseaban, de las carreteras plagadas de coches. Era un espectáculo desolador.

El alma se le encogió al evocar recuerdos de su niñez paseando con su madre cogida de la mano, pasando sus pequeños dedos por los pasamanos que ahora estaban cubiertos de herrumbre y suciedad.

Había salido por una mala trampilla, eso debía de ser; se había topado con una zona abandonada. Una zona plagada de escombros. No podía creer que toda la ciudad, o lo que quedaba de su mundo, estuviese en esas condiciones sobrecogedoras. Se había preparado para toparse con despojos y con toda clase de almas perdidas en su oscuridad; sin embargo, lo que vio fue mucho peor y la dejó clavada en el sitio.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal de arriba abajo. Era espeluznante. Debía estar asustada, lo sabía, pero no podía.

A pesar de lo repulsivo que resultaba ver a los despojos, no podía moverse ni apartar la vista de la escena.

Uno de ellos yacía en el suelo. Los demás vaciaban el contenido de su cuerpo y se lo llevaban a la boca como si degustasen el más exquisito de los manjares. Tenía que reaccionar, esconderse.

Se ocultó detrás de un contenedor apestoso; el hedor era insoportable y tuvo que taparse la boca y la nariz con la mano para evitar vomitar, pero pensó que ese mismo mal olor disimularía el suyo.

Una ráfaga de aire elevó una nube maloliente a su alrededor, provocando nuevas ganas de vomitar. Se tapó la boca con fuerza para evitar que las arcadas la sacudieran de nuevo. No debía hacer ruido, si la descubrían no estaba segura de ser capaz de hacerles frente. Caminó hacia atrás, despacio, tratando de pasar inadvertida.

Los despojos estaban tan afanados en comerse de su compañero todo lo que pudiesen que no prestaban atención a lo que les rodeaba.

Echó un último vistazo al cadáver, lo que fue un error, pues advirtió horrorizada que le devolvía la mirada. Se lo estaban comiendo, ¡aún vivo! Era más de lo que pudo soportar y así, mientras aquellos seres daban buena cuenta del otro que aún seguía con vida, su cuerpo no resistió más los envites y comenzó a regurgitar de forma sonora.

Trató de detenerse, de obligarse a parar y salir de allí a toda prisa, pero las continuas sacudidas incontroladas no le permitían alejarse.

Los despojos dejaron su cena a medias y decidieron perseguir al postre; a ella.

«Corre, sal de aquí», se repetía una y otra vez sin éxito.

Antes de darse cuenta ya estaban rodeándola. En ese momento, tenía la seguridad de que su vida iba a terminar por culpa de sus escrúpulos mal controlados. Inmediatamente dejó de vomitar. Se limpió como pudo con la manga de la cazadora, desenvainó la espada y contó: seis. Más el que había en el suelo, siete.

Así que era cierto, se movían en grupos de siete pero no dudaban en acabar con uno de los suyos si no encontraban algo más apetitoso con lo que saciarse. El semicadáver trataba de arrastrarse. Alma no podía creerlo, incluso a punto de dejar la vida trataba de hacerse con algo que llevarse a la boca.

Cerró los ojos y se relajó, respiró profundamente y trató de imaginarse que se encontraba en clase, con Armando de profesor, y que David y algunos más eran los atacantes, solo que esta vez si fallaba perdería la vida. No habría segundas oportunidades. Debía aprovechar la ventaja. Ella era aún un ser racional, y ellos carecían de seso. Eran solo unas cabezas vacías y huecas.

Uno de ellos, el más osado, se acercó demasiado y sin dudar lo ensartó con la espada. Chorros de sangre oscura y con un olor intenso le salpicaron la cara y las malditas ganas de vomitar regresaron. No tenía tiempo para malgastarlo... después, cuando estuviese a salvo, dejaría que su cuerpo se vaciara.

Otro se acercó demasiado y le hirió primero en una pierna, haciendo que se tambaleara, y acto seguido aprovechó para clavarle la espada en el pecho todo lo profundo que pudo. No resultaba fácil, una cosa era un entrenamiento y otra muy diferente herir a alguien de verdad aunque ese alguien fuera un despojo.

Un segundo de distracción, viendo ese cuerpo retorciéndose sobre sí mismo y supurando ese líquido negro que llenaba sus venas en lugar de sangre, bastó para que uno de ellos la agarrase por la cintura, inmovilizándole los brazos a su vez.

La espada resbaló de sus manos, y Alma quedó indefensa. Trató de no perder la calma, tenía que hallar alguna manera de liberarse. Pataleó, intentó zafarse con todas sus fuerzas e incluso pensó en morderle si se le presentaba la ocasión, pero no era capaz de deshacerse de su amarre, parecía que cuanto más luchaba, más apretaba el despojo su abrazo en torno a ella. Tal vez carecían de inteligencia, pero su fuerza e instintos básicos eran suficientes para haberle hecho perder la batalla.

Iba a morir. Algunas lágrimas causadas por el peso de la realidad salieron de sus ojos y empañaron sus mejillas.

Miró al cielo, al menos moriría viendo algo hermoso y diferente. Un cielo plagado de suaves parpadeos plateados.

—Parece que necesitas ayuda —dijo una voz entre las sombras.

—Déjala, no merece la pena. Está muy enfadado. ¡Debemos encontrarla ya! Apenas nos queda tiempo.

Alma dirigió su mirada hacia el lugar de donde procedían las voces. Entonces los vio.

A unos metros sobre el suelo, majestuosos, hermosos y peligrosos.

Los despojos también miraban hipnotizados hacia las voces. Sus Alas Negras brillaban con destellos plateados. Sus cabellos y ojos oscuros los hacían parecer más peligrosos de lo que ya eran. Todo en ellos, incluso sus ropas, eran oscuros.

Un escalofrío le recorrió de arriba abajo como una brusca caricia, no sabía qué era peor si morir a manos de los despojos o convertirse en uno de ellos. Ninguna elección parecía la adecuada.

Uno de ellos, con la cabeza oculta bajo una capucha similar a la que ella usaba, habló de nuevo. Su voz era suave, algo ronca y muy sensual. Tenía una cadencia que la dejaba sin aliento.

—¡Luego os alcanzaré! —ordenó—. Tengo ganas de divertirme.

Esa frase hizo que su cuerpo se tensase. ¿Qué iría a hacer con ella? ¿Primero iba a torturarla y después la convertiría en un despojo? ¡No! No lo permitiría. Antes lucharía, trataría de acabar con su propia vida si era necesario, antes de convertirse en un ser despreciable y sin sentimientos anegado del único deseo de sobrevivir a cualquier precio.

—Hay que encontrarla antes de que despierte, señor —insistió otro de ellos.

—Sí, vamos a seguir buscando, señor —ratificó el primero.

—Partid y encontradla. Ya os encontraré.

—Lo intentaremos pero.

—No hay peros que valgan, Caín. El tiempo apremia. ¡Marchaos o acabaréis en mi bolsa de polvo de Alado!

—Pero, señor... ella no merece la pena, es solo una Frágil más, deje que los despojos sigan a lo suyo —replicó de nuevo el que habían llamado Caín.

El Alas Negras al que se dirigían como señor sacó una pequeña daga oscura y la clavó en el corazón de Caín.

—Te lo he advertido, Caín —susurró mientras la vida del Alado empezaba a apagarse—: ¡Nada de peros!

Ante su mirada sorprendida, el Alas Negras comenzó a deshacerse en un polvo oscuro que su asesino recogió y guardó en una pequeña bolsa del color intenso de la sangre.

El acto la pilló desprevenida y gimió aterrada mientras trazaba en su mente algún plan con el que librarse del cruel e inesperado final.

Los demás Alas Negras desaparecieron sin más. Solo quedaron el asesino, los despojos y ella. Ahora sí que había llegado el fin, cerró los ojos y pensó en su madre.

De repente, se sintió libre; el Alas Negras se deshizo de los despojos que la rodeaban excepto del que la apresaba, aunque su agarre se había suavizado.

¿Cómo podía ser tan rápido? Ni siquiera estaba segura de qué movimientos había utilizado. Y... ¿a dónde habían ido a parar? Por más que miraba en todas las direcciones no podía ver rastro de ellos.

—¡Déjala y no correrás la misma suerte que tus compañeros! —ordenó de nuevo, y su cuerpo quiso obedecerle, a pesar de que la orden no iba dirigida a ella.

¿Le hablaba al despojo? ¿Para qué? Armando siempre decía que eran incapaces de comprender.

El despojo, para dar intensidad a sus pensamientos, soltó un alarido aterrador como si le partiesen en dos. Su abrazo se aflojó, dejando el tembloroso cuerpo de Alma libre.

Ella no lo pensó, cogió la espada y echó a correr a toda prisa sin mirar atrás, no le importaba lo que le había sucedido y no se iba a quedar para averiguarlo. Solo quería llegar hasta la tapa de la alcantarilla por la que había salido al exterior, aunque ahora mismo estaba desubicada y no sabía muy bien por dónde debía regresar.

—¿Por qué huyes de mí? —dijo mientras le cortaba el paso.

¡Mierda! La había pillado. Había sido muy ingenua al pensar que tenía alguna oportunidad. Trató de mirarle a la cara. Si iba a morir lo haría con valentía.

Su rostro quedaba oculto por la capucha y por las sombras que acompañaban la noche. Una nube, escuchando su plegaria silenciosa, se apartó de su camino para dejar que algunos rayos de luna iluminaran el rostro del que sería su verdugo.

—¿Por qué huyo de ti? ¡Acabas de acabar con la vida de uno de los tuyos sin pestañear! —su voz temblaba y sonaba entrecortada por el terror que la invadía.

—¿Qué pretendías? ¿Vencer tú sola a un grupo de despojos? —interrogó, ignorándola.

—Me estaba yendo muy bien. En realidad no necesitaba tu ayuda —le plantó cara.

—¿No? Yo diría que sí, Frágil. ¿O pensabas quizá acabar con ellos usando tu olor corporal a basura como arma química? —Él la miraba curioso.

¿Era una Frágil? Tenía algo en su esencia que lo atraía con fuerza, en su interior podía ver la tempestad que se arremolinaba.

¿Qué? Alma no podía creerlo, era un imbécil engreído y sin modales. Pero, ¿qué esperaba de un Alas Negras?

—Quiero verte —dijo sin pensarlo.

—¿Quieres verme? —su voz sonó sorprendida.

—Sí, así es. Si voy a morir, deseo al menos ver el rostro de quien me va a arrebatarme la vida.

—Me parece justo —dijo, incrédulo aún por la extraña petición. Se acercó hasta donde estaba y posó suavemente sus pies sobre el ajado cemento. Plegó sus alas para obtener una apariencia más humana, menos etérea, y se deshizo de la capucha.

Su pelo, de un rojo abrasador como las llamas del mismo infierno; y sus ojos, de un verde intenso, sorprendieron a Alma. Contrastaba con la oscuridad de todo lo que les rodeaba. Era extraño. Era hermoso. Era letal.

Pensaba que todos ellos tenían el pelo y los ojos negros, al igual que sus almas, pero este Alas Negras que tenía frente a ella era diferente. Era tan atractivo y a la vez tan peligroso que la dejó sin aliento.

Tenía los ojos grandes, rasgados y con largas pestañas. Su mentón era fuerte y sus labios carnosos, parecían muy suaves. Estaba mirando a la muerte directamente a los ojos y le gustaba. Era la muerte más atractiva que podría haber imaginado.

Sin darse cuenta, alzó su mano y extendió la yema de los dedos para acariciar la suave piel de sus mejillas. Necesitaba saber qué se sentía al tocar a uno de ellos. Qué se sentía al tocarle a él.

Estaba siendo una inconsciente, y lo sabía. Se encontraba frente al primer Alas Negras que había visto de cerca en su vida, y era consciente de que él podría acabar con su vida en un instante. A pesar de todo, no podía evitar sentirse atraída por él como si la hubiesen hechizado con algún tipo de magia que la mantenía en trance.

No era capaz de entender qué sucedía, anclado al suelo se sentía pesado y no era capaz de hacer ni el más leve movimiento, únicamente podía observar, sorprendido, la mano de esa Frágil acercándose a él.

Alma no dejaba de imaginar cómo sería su piel, estaba segura de que tenía que ser suave y deseaba tocarle por encima de todo, incluso sabiendo que él podría arrebatarle su humanidad con un simple beso; pero la atracción que sentía por él era inevitable. La tenía atrapada. De todas formas estaba a punto de morir, y ese sería el último deseo que podría pedir.

Él no se movió, se quedó quieto, permitiendo que las puntas de sus dedos paseasen suavemente por su rostro. Alma creyó que estaba bajo el mismo influjo extraño que ella, sumiéndolos en una atracción inexplicable.

Suspiró complacida cuando sus dedos le acariciaron la piel y advirtió que era más suave aún de lo que había imaginado. Describió las líneas de su rostro hasta llegar a la barbilla, donde notó la aspereza del vello que comenzaba a nacer.

Alzó la mirada y se encontró con sus ojos. Ahora sabía por qué ellos iban a ganar la batalla, estaba segura de que ni siquiera un Alas Blancas era capaz de resistirse a tanta belleza.

¿Qué pretendía esa niña? Acababa de acariciarle y se encontraba casi sin aliento. La caricia había dejado una estela cálida en su fría piel. Se asustó, se suponía que no debían sentir calor, pues era algo que les estaba prohibido. Agarró la mano de la mortal y, a pesar del brusco movimiento, ella no se sobresaltó.

Alma dejó que la piel helada y algo áspera de las manos del Alas Negras la envolvieran, sabía que debía asustarse, pero solo deseaba sentirle más cerca, era algo extraño.

—¿No me temes? —preguntó con voz suave y sensual.

—¿Debería...? —susurró con un hilo de voz. No era dueña de su cuerpo, sus actos o de sus pensamientos. Era como si fuese otra persona diferente dentro de su mismo cuerpo.

—Soy un Alas Negras. ¡Todos nos temen! —rompió con su voz penetrante la noche.

—Supongo que debería temerte, de hecho he visto de lo que eres capaz, pero cuando uno sabe que ha llegado su fin, ¿a qué más puede temer?

—¿Quién eres? —preguntó sorprendido.

—¿Acaso importa? Solo estoy de paso y mi tiempo se ha terminado.

—Importa. Dime tu nombre. ¡Necesito saberlo! —El ansia hacía mella en su cuerpo.

—Alma, me llamo Alma —contestó, y vio que sus pupilas se dilataban un segundo—. ¿Y tú?

—No tengo nombre —sabía que había en ella algo especial y ahora lo había confirmado. Era ella, a la que buscaban desesperadamente. La había encontrado, al fin.

—¿Y cómo se dirigen a ti? —interrumpió Alma sus pensamientos.

—Unos me llaman señor Oscuro, otros Muerte, algunos incautos Destino... ¿cómo prefieres llamarme?

—Supongo que señor Oscuro está bien, aunque todos sois seres oscuros.

—Unos más que otros. ¿Has visto lo que he hecho con esos despojos?

—Sí, sé que te has librado de ellos.

—Y aun así aquí estás. No tratas de huir.

—¿Adónde? ¿Dónde podría ocultarme de ti? Imagino que lo más sensato por mi parte sería desenvainar la espada y tratar de defenderme, tratar de herirte... pero no lo deseo.

—Sin embargo deseas tocarme —él no entendía la locura que guiaba la mente de Alma, era extraña para ser una Frágil, y no le importaba arriesgar ni apostar su propia vida. Asumía que había llegado su fin, sin miedo.

—Sí, deseaba saber antes de morir si tu piel es tan suave y tersa como lo había imaginado. También me pregunto... —se interrumpió a sí misma.

—¿Qué te preguntas, Alma? —Ahora estaba interesado. Cada vez lo intrigaba más.

¿Por qué su nombre en su boca sonaba tan dulce? Sentía el vello de la nuca erizado tan solo porque él había pronunciado su nombre, ese que tan poco le gustaba.

—Nada, no tiene importancia... —respondió, arrepentida del arrebato.

—Puede que sí, dímelo... —susurró muy cerca de su rostro, y su aroma la envolvió, atontándola.

—Me pregunto cómo sabrán tus besos.

¡Oh no! ¡Lo había dicho en voz alta y le estaba acariciando los labios con los dedos! ¿Qué demonios le pasaba? Estaba loca, de eso no había duda.

Él sonrió divertido y sorprendido. Desde luego, no era como las demás frágiles, no estaba acostumbrado a un ataque tan directo por parte de una humana.

—Parece ser que el Frágil no sabe besar —musitó, y en seguida, por la expresión de disgusto se arrepintió, pero le había servido para confirmar que el Frágil había roto el pacto.

¿Se refería a David? ¿Cómo podía saberlo?

—Te ha besado, ¿verdad? Puedo sentir su olor por todo tu precioso cuerpo, ni siquiera el olor a desperdicios puede ocultar el olor del Frágil —replicó, sorprendido de que no le agradara que el humano la hubiese besado.

Alma pudo ver en sus ojos un destello color esmeralda. ¿Satisfacción? ¿Ira? No tuvo tiempo de adivinarlo.

—Mírame, Alma —susurró, y de nuevo hizo lo que le pidió. No tenía otra opción—. ¿Te ha tocado el Frágil?

—¿Hablas de David?

Él asintió, serio.

—¿Te ha besado?

—Sí —musitó—. Me besó.

—Ha roto el pacto... —murmuró, y se dio cuenta de que le molestaba que el humano se hubiese llevado el privilegio de ser el primero en besarla—. ¡No, no tendrás recuerdos de ese beso! ¡Me encargaré de borrarlos! ¡Nunca sentirás deseos de besar a nadie más! —gritó, de repente, fuera de sí, algo que le pilló desprevenido porque él nunca, jamás, perdía el control.

Todo pasó tan deprisa que Alma no apreció lo que sucedía. El Alas Negras desplegó sus alas grandes y oscuras, la agarró de la cintura estrechándola contra él y dejando que su frío la traspasara. Alzó el vuelo con ella en sus brazos y la elevó muy alto.

Ella no era capaz de asustarse... era como si entre sus brazos y envuelta por su oscuridad fuese donde tuviese que estar.

Bajó su boca buscando la de Alma y la besó. No fue un beso suave ni dulce, sino un beso abrasador y posesivo, un beso que hizo que su cuerpo entero se rindiera a él. Fue un beso que hizo que el mundo se tambaleara y que no le importase; un beso donde le estaba entregando su alma.

Él la besaba y ella le devolvía el beso bajo el firmamento, abrazados, el uno junto al otro, sin poder separarse de él porque entonces caería y sin embargo, incluso entre sus brazos, estaba cayendo a un abismo del que nunca más saldría porque sabía que su beso había cambiado su vida. Su beso, se estaba llevando su alma y su corazón con él.

Sus brazos fuertes le acariciaban la espalda mientras Alma se derretía por su beso. Su lengua se enredaba con la suya, sin miedo o vergüenza. Sin rastro de arrepentimiento.

Él notaba el cuerpo cálido de Alma junto al suyo, los brazos de la Frágil se enredaron en su cuello y sus dedos en su cabello.

No podía continuar el beso, estaba perdiendo el control que había forjado a base de duro entrenamiento y castigos severos. Esa simple humana le hacía sentir calor con un insignificante beso, un calor que parecía derretirle la piel allí donde ella posaba sus manos.

Cuando el beso culminó Alma estaba exhausta. Necesitó apoyar la cabeza contra su pecho; podría haber jurado que su corazón latía tan deprisa como el suyo, y con los ojos cerrados trató de calmarse. Cuando creyó que su corazón latía a un ritmo normal y no iba a agujerearle el pecho para salir a toda prisa, levantó la mirada y le vio.

Los primeros rayos del sol iluminaban su tez y sus ojos permanecían cerrados, parecía en paz. Relajado y disfrutando de un momento de tranquilidad.

Sonrió al verle. Le hacía feliz verle así sin saber por qué. De nuevo sus manos se elevaron para poder acariciarle un pómulo, dejando que su vello incipiente le arañase la palma de la mano. Era muy agradable.

—Pensé... —consiguió pronunciar— que no podíais salir en las horas de luz.

—No debemos, es parte del pacto —susurró—. Mi nombre es... —no terminó la frase cuando empezaron a descender, Alma no sabía qué sucedía, y se agarró con fuerza a su cuello, pero de repente, antes siquiera de tener la oportunidad de gritar, se dio cuenta que estaba de pie en el mismo sitio desde donde habían alzado el vuelo.

—¡Debemos irnos! Ellos te buscan y también a mí. Cuídate, Alma. Por ti y por mí. Me gustaría volver a verte. Aquí, en este lugar. ¿Vendrás? —estaba confuso, necesitaba verla de nuevo y aún no se habían despedido.

—No sé si podré escapar de nuevo.

—Inténtalo. Yo vendré todas las noches cuando esté a punto de amanecer, cuando la noche y el día se confunden.

—Está bien... —susurró.

—Escóndete en el contenedor y pase lo que pase, oigas lo que oigas, quédate ahí, por favor.

¿En el contenedor? ¿El mismo donde se ocultó de los despojos?

Hizo de tripas corazón y se metió dentro. Si él le pedía que se ocultase, habría alguna buena razón. Estaba a punto de amanecer, por lo que aún era peligroso.

Alma escuchó suaves susurros, volvió la vista hacia el sitio donde Kennan permanecía y vio al grupo de Alas negras regresar en busca de su Señor.

—Kennan, Él está enfadado. ¡Mucho! Debemos encontrarla ya. Apenas nos queda tiempo.

—No sabemos dónde más buscar, mi señor. Es como si no existiese. Como si fuese un mito.

—Pues es real. Hay que encontrarla antes de que despierte —dijo el Alado misterioso del que ahora Alma conocía el nombre.

—Lo intentaremos, pero...

—¡No hay peros, Abel, debéis encontrarla o acabaréis dentro de mi bolsa de polvo de Alado al igual que Caín! —rugió. Estaba desesperado, necesitaba alejarlos de allí antes de que la descubrieran.

—Señor... —balbuceó de nuevo Abel.

Kennan se giró ágilmente, agarrándolo por el cuello, y lo sacudió en el aire como si de una pluma se tratase.

—He dicho... —dijo entre dientes— que la busquéis sin descanso. ¡Ahora marchaos todos a la guarida, está a punto de amanecer! —tronó.

Los Alas Negras obedecieron a Kennan y se marcharon en un espectáculo impresionante. Alma estaba boquiabierta, era un desfile admirable verlos partir. Eran hermosos, y de entre todos ellos, destacaba él. El más atractivo y el más peligroso, lo sabía.

Su pelo rojo brillaba con más fuerza, gracias a la luz temprana que se mezclaba con la oscuridad que retrasaba su marcha morosa, enredándose con la luz.

—¡Alma! —la llamó con su sensual voz.

Salió del contenedor sucia y llena de restos de comida y otros desperdicios que no se detendría a evaluar que eran, pues no deseaba vomitar delante de él.

—¿Sí? —dijo, avergonzada por su aspecto.

—A esta hora, en la que la noche se confunde con el día, te esperaré. Vuelve a mí, deseo verte de nuevo.

—Yo... lo intentaré —contestó.

—Mi nombre es Kennan —confirmó.

—Kennan, el nombre de mi muerte —dijo en voz alta.

—Alma, nunca te haría daño —confesó.

¿Hablabas en serio? ¿Un Alas Negras podía elegir no hacer el mal? No estaba segura de ello.

Su boca se acercó a la de ella y Alma se alejó.

—¿No deseas que te bese? Pensé que te había gustado —le oyó dudar.

—No, no es eso... claro que deseo que me beses de nuevo —me gustaría que me besases hasta que me doliese la boca por tus besos—, pero es que estoy cubierta de porquería.

Él sonrió, agarrándola por la nuca, y la atrajo con fuerza hacia él, besándola de nuevo, como si su existencia dependiera de ello.

El beso acabó tan rápido como había comenzado.

Los primeros rayos de sol calentaban el rostro de Kennan y el suyo, llenándolo de vida. Sin más, desplegó sus alas, acarició su mejilla a modo de despedida, alzó el vuelo y desapareció de su vista.

Alma contemplaba cómo se alejaba mientras sus dedos rozaban los labios aún cálidos por el beso y su mano se apretaba contra el estómago, alborotado

y revuelto.

Entonces, descubrió que también se podían sentir mariposas en la oscuridad.

Capítulo 6

—¡Joder! —exclamó Alma una vez a solas. Estaba hecha un puñetero asco, olía fatal y decidió por su propio bien ignorar qué era eso tan sospechoso que colgaba de su pelo.

Necesitaba una ducha con urgencia. Era consciente de que debía volver a casa; se suponía que era lo que tenía que hacer. Sin embargo, el sol había salido y lo bañaba todo con su dorada luz, tentándola.

Decidió que indagaría un poco más, dado que estaba casi segura de que no iba a tener la oportunidad de salir de nuevo. Además, Armando siempre les decía que no tenían mucho que temer bajo la luz del día.

El paisaje iluminado, ahora con la luz reluciente del sol, no dotaba a las cosas con un mejor aspecto. Con la claridad del día, todo era más triste si cabía, porque los detalles de la dura realidad que la rodeaban resaltaban brillantes.

A su espalda quedaban los restos de los despojos, la prueba que le demostraba que Kennan había sido real a pesar de lo extraño del suceso. Los restos del despojo masacrado a manos de sus propios compañeros se amontonaban unos metros más lejos de donde lo vio por última vez.

—Desde luego, amigo, no se puede negar tu gran fuerza de voluntad —le dijo al despojo inerte.

Los demás despojos estaban destrozados. No lograba entender cómo Kennan había podido hacerles esas horribles heridas tan rápido, aunque tal vez hubiesen sido sus compañeros carroñeros aprovechando la inesperada cena gratis y sin esfuerzo que el Alas Negras les había regalado.

Kennan... Hasta su nombre le parecía perfecto. Había sido toda una locura, era un Alas Negras peligroso, vil y rastrero, cuya única misión era acabar con la vida de los humanos que aún preservaban sus almas. Entonces, ¿por qué no la había matado a ella también? ¿Y su beso? ¿Cuántas veces había escuchado que un beso de un Alas Negras era mortal para los humanos? Miles. Y desde luego había sido un beso de muerte, pero no mortal. Aún perduraba en los labios de Alma su sabor.

Pasó las manos por ellos para asegurarse de que seguían ahí y no habían volado junto a él. El estómago le dio un vuelco ante el recuerdo.

¿Qué habría sido eso? Quizás el hambre. Lo había vomitado todo, estaba sucia, harapienta y aun así la había besado... desde luego no se podía decir que fuese sumamente irresistible. ¿Por qué lo habría hecho?

La verdad es que no tenía ni idea, pero se sentía muy agradecida. Ese beso había sido lo mejor que le había sucedido en toda su vida y había conseguido que el beso de David, junto con su rechazo, quedasen relegados, olvidados y catapultados al fin del mundo.

Sabía que debería estar agotada tras la intensa noche, sin embargo, la adrenalina corría salvaje por sus venas, manteniéndola despierta y alerta.

El dolor por la traición de David había dejado de importarle, y ahora era otro el que ocupaba sus pensamientos de una forma tan abrumadora que no dejaba espacio para nada ni nadie más. Sabía que era peligroso hasta límites insospechados, pero al parecer el destino había tejido un hilo invisible que la arrastraba sin poder evitarlo a su lado, porque no era capaz de explicar de otra forma lo que había sucedido.

Tropezó distraída en sus recuerdos con una gran piedra.

—Mejor me concentro en el camino, no deseo tener un accidente sin que nadie sepa dónde estoy, porque ese ha sido otro de mis fallos. Irme sin dejar siquiera una triste nota —musitó al percatarse de lo mal que lo había hecho todo.

Observó las calles que estaban desiertas, sin rastro de actividad humana ni alada.

—¿Dónde estarán todos los demás? No puede ser que mi clan sea el único que habite el planeta... —susurró para sí, pues necesitaba escuchar el sonido de una voz, aunque fuese la suya.

Los altos rascacielos la rodeaban, yaciendo a sus pies, plegados sobre los hierros carcomidos por el óxido que antaño los sostenían y que ahora simulaban esqueletos que podían verse a través de la carne acerada.

Tampoco escuchaba trinos de pájaros o ladridos de perros tras una marchita pelota... con tristeza pensó en lo feliz que hubiese sido en un parque con sus padres, un cachorro color chocolate y una pelota mordisqueada. Un sueño más a la lista de deseos imposibles de cumplir.

Después de caminar durante horas y no ver a nadie, desistió en su empeño de encontrar a alguna persona que le facilitase información sobre su madre. Sin duda, los pocos humanos que todavía conservaban sus almas, sobrevivían ocultándose de los alados, al igual que su propio clan.

Cansada, se dejó caer sobre una piedra y contempló el paisaje quizás por última vez.

A lo lejos, divisó los restos de lo que habría sido un parque infantil del que no quedaban columpios, árboles o fuentes. Solo una extensión de tierra vacía y yerma. Exactamente igual que se sentía ella. Sin pasado y con un futuro incierto.

De repente, advirtió que había andado dando vueltas; justo a su espalda estaba el callejón de los despojos y el contenedor volcado. Suspiró.

—Me rindo... regresaré a casa, ya casi es la hora en la que sol me va a retirar su protección —incorporándose, volvió a escuchar varias voces que la inmovilizaron e hicieron que las dudas le asaltasen, plateándose si serían amigas o enemigas.

Nerviosa y sin saber cómo actuar, se repetía que debía calmarse y alegaba a su conciencia que serían Alas Blancas pero, ¿y si no lo eran? ¿Corría peligro? Pensamientos absurdos que la hacían dudar y sopesar si debía correr a hundirse de nuevo en la mugre del contenedor.

Al fin y al cabo, un poco más de suciedad no la iba a matar.

Se zambulló de nuevo entre la porquería. Al parecer, eso ocultaba su olor y la hacía pasar inadvertida.

Sin duda, el grupo buscaba algo, podía verles otear en todas direcciones, frustrados al no encontrar lo que buscaban. De nuevo, se sorprendió al ver lo jóvenes que parecían todos. ¿Ninguno iba a aparentar más de veinte años?

Estaban enfadados, tal vez por no hallar lo que fuera que estaban buscando.

Alma se obligó a calmarse y a no respirar más de lo necesario. El olor era insoportable por el calor del sol, y estaba segura de que si no se largaban pronto, iba a desmayarse, ya que a pesar de llevar allí unos minutos, sus fosas nasales aún no se habían acostumbrado al olor.

«¿Cuántos baños tendré que darme para quitarme este olor del cuerpo? ¿Y del pelo? ¿Tendré que cortar mi larga melena? Probablemente».

—El rastro se pierde aquí, señor —comentó una voz suave algo aniñada.

—¿Estáis seguros? —respondió al que llamaban señor. Su voz era más profunda, aunque no tanto como la de Kennan.

—Sí, señor. No consigo encontrar de nuevo el olor.

El grupo lo formaban tres individuos. Estaban de espaldas a ella y vestían uniformes parecidos al suyo pero en color blanco. Dos de ellos, los más bajos, se giraron y se encontró con sus cabellos oxigenados y sus ojos color vainilla.

Alas blancas... ¡menuda suerte!

De repente, sin saber por qué, el más alto y fuerte, que continuaba de espaldas, levantó la mano derecha y los otros dos se esfumaron instantáneamente. Al igual que con los Alas Negras, verles partir fue un espectáculo asombroso. Sus Alas Blancas brillaban con el sol, reflejando tonos irisados.

Cuando se marcharon, se dio cuenta de que solo se había quedado uno, al que llamaban señor, y eso le asustaba sin comprender muy bien por qué.

«¿Me habrán visto? ¿Sentido? ¿Oído? ¿Todo a la vez?»

Intentó relajarse y le dio la espalda, enterrándose más profundo entre la espesa masa de desperdicios, consiguiendo al moverse que una ola cálida y fétida se extendiera a su alrededor haciendo la atmósfera que la rodeaba irrespirable. Trascurrieron algunos segundos interminables, sin escuchar ni ver absolutamente nada. Tal vez se había marchado tras los otros.

Se giró para tratar de ver y cerciorarse de que podía salir de allí y descubrió con desagradable sorpresa que había cometido un error garrafal al dejar de vigilarlo.

Justo frente a sus ojos, él la observaba. El Alas Blancas al que no había podido verle la cara se encontraba en cuclillas, mirándola con curiosidad.

Alma sintió un intenso nudo en el estómago, al final acabaría vomitando de nuevo. Mejor sería que se apartase, porque si no lo hacía su atractivo rostro iba a quedar cubierto por vómito, una estampa poco alentadora.

—¿Por qué te escondes? ¿De qué huyes? —preguntó serio al notar que algo andaba tramando.

«¿Es a mí? ¡Pues claro, tonta! ¿A quién va a hablar si solo estás tú?», gritaba una voz repelente en su mente.

—¡No huyo de nada ni de nadie! —contestó valiente.

—Pues deberías. ¡Sal! —ordenó.

Obedeció, porque no le quedaba otra, además se moría de ganas por salir de ese agujero inmundo en el que se había ocultado.

—¿Te han hecho daño? —preguntó con voz preocupada. No podía creerlo... la tenía frente a él, sucia y asustada con su hermosa esencia tan luminosa que competía con los rayos del sol.

Ella lo miraba desconfiada.

—¿Quiénes? ¿Los despojos? —dudó.

—Despojos, Alas Negras... ¿qué diferencia hay? —dijo socarrón.

—Supongo que ninguna —susurró, avergonzada y herida. Para ella sí la había, pero se guardaría el detalle.

El Alas Blancas se detuvo para mirarla con detenimiento, sin duda se parecía a su madre. La Frágil le devolvió una mirada seria.

El Alado tenía los ojos de un tono azul frío como el metal y su cabello era plateado como la luz de la luna y no dorado como los rayos del sol. Sus ojos eran grandes y redondos, su nariz recta y sus labios delgados.

«Es muy guapo, aunque no tanto como Kennan», pensó.

—¿Te han lastimado? ¿Por eso te escondías ahí? —continuó con su interrogatorio.

—Me topé con unos despojos y pensé que el olor de la basura ocultaría el mío y estaría a salvo.

—Al parecer funcionó... —murmuró, aunque dudaba de esa explicación.

—Sí, eso parece. Ahora me marcharé con mi clan.

—Me pregunto quién habrá sido el causante de semejante destrozo... —inquirió mientras señalaba con su brazo musculoso a los despojos desmadrados que yacían esparcidos por el suelo.

Él sabía que estaba mintiendo, la cuestión era por qué. De lo que estaba seguro era que esa masacre no la había podido hacer sola.

La joven estaba nerviosa, no sabía qué contestar. Estaba claro que era suspicaz y no iba a creer que los había derrotado ella sola a todos. Pero había algo en él siniestro, a pesar de ser de los buenos, que le advertía que guardara silencio.

—No tengo la menor idea. Me enterré en basura —para corroborar la historia, el objeto no identificado que prendía de una de las guedejas de su oscura melena cayó al suelo.

—Sin tener en cuenta la mugre que te cubre y el olor a rancio, eres bastante hermosa. Te pareces a tu madre —señaló, mientras observaba y trataba de identificar lo que acaba de desprenderse de su sucia melena golpeándolo con el pie.

—¿Mi madre? ¿Tú conoces a mi madre? —preguntó, sorprendida y esperanzada.

Él asintió sin decir nada más.

—La estoy buscando —dijo Alma.

—Pierdes el tiempo —contestó. Sus ojos no mostraban ningún sentimiento, pero su boca se torció en una media sonrisa.

—¡No es asunto tuyo! —replicó enfadada. Por muy inmortal que fuera, él no tenía ni voz ni voto en ese asunto. Buscaría a su madre sin importarle lo que los demás opinaran.

—Te equivocas de nuevo, sí que es asunto mío —dijo con suficiencia.

—No veo en qué puede afectarte —replicó con voz dura. Le estaba empezando a caer mal ese Alas Blancas.

—Debemos cuidar de ti, Alma. Y si te escapas, nos dificultas las cosas, y ya están demasiado revueltas por aquí fuera.

—¿Cómo sabes mi nombre? —interrogó.

—Lo sé, eso es algo que no es de tu incumbencia.

—¿Sabes una cosa? ¡Estoy harta de que todo el mundo me diga lo mismo! ¡Ninguno tenéis nada que decir con respecto a lo que puedo o no hacer! —no pudo evitar llorar mientras defendía su postura. Todo el mundo se creía con poder para darle órdenes y ninguna respuesta aceptable.

El Alas Blancas parecía sorprendido por las lágrimas que bañaban su rostro.

—No llores... sé que es duro, es muy difícil permanecer al margen, pero créeme —dijo mientras se acercaba despacio—, es lo mejor para todos. Incluida tu madre —situado junto a ella, la rodeó con sus fuertes y cálidos brazos sin importarle su olor o la porquería que embozaba su ropa.

Su contacto era tierno, como un fuego suave que no quema, pero abriga. Su olor dulce como el algodón de azúcar. No podía hacer nada más, salvo rendirse. Acunándola suavemente entre sus brazos, parecía a punto de romperse.

Cerró los ojos, estaba cansada, y estar entre esos brazos que la rodeaban de calor era agradable, le resultaba tan fácil dejarse llevar y olvidarse de todo... de todos.

Alma levantó la vista y se encontró con su mirada fría, penetrante y furiosa. De repente la calidez se había transformado en frialdad, la misma que mostró al empujarla lejos de él dejando su cuerpo helado al arrebatarse de forma brusca el calor.

—¡Apesta a ellos! —gritó furioso. Estaba molesto. Había estado con ellos, con él. A pesar del intenso olor a basura su olor destacaba entre todos. ¡No podía creerlo! De nuevo la furia que trataba controlar con todas sus fuerzas había aparecido.

Alma estaba desconcertada. ¿Qué había hecho para que la empujara con fuerza y gritara de esa manera?

—¿A ellos? —preguntó, confusa.

—Sí, hueles como los Alas Negras. ¿Lo has visto, verdad? ¡Hueles a él! —la miraba perplejo mientras apuntaba con un dedo acusador—. ¿Verdad? —repitió, ahora gritando más fuerte.

—Sí, he visto Alas Negras desde el mismo sitio que os he visto a vosotros —mintió enfadada.

—¡Mientes! Todo su olor te rodea como un manto protector. Eso solo sucede cuando uno de ellos te toca —su boca tensa dejaba su mandíbula marcada, resaltando los pómulos.

Alma estaba asustada, parecía letal, muy lejos del concepto de bondad que tenía de ellos. No le gustaba el tono que empleaba y no entendía como él, un Alas Blancas, era capaz de enfurecerse tanto, empujar deliberadamente y asustar a una simple Frágil.

—Debo irme —dijo alejándose despacio de él—. Mi clan me estará buscando.

—No puedes, ahora no. Deberías haber permanecido donde estabas; ahora que te he encontrado no puedo dejarte marchar. Menos aún sabiendo que él también te ha encontrado. A saber qué magia ha utilizado para que trates de protegerlos —siseaba mientras trataba de acortar la distancia entre ellos.

—¡En ningún momento te he pedido permiso! —dijo enfadada.

—Tienes que venir conmigo. ¡No hay más discusión! —gritó, apresando la mano de Alma entre las suyas.

—¡No! ¡No iré contigo, regresaré con los míos! —contestó, dando un fuerte tirón para liberar su mano.

Él sonrió de nuevo con suficiencia.

—Igual de tenaz que tu madre.

—Parece que la conoces bien... sin embargo, dices no saber dónde está. Pero ¿es cierto? ¿Los puros podéis mentir? ¿O no os deja vuestra alma? —dijo burlona.

—No, no debemos mentir. Pero podemos hacerlo. Ahora ven, no te resistas —ordenó mientras la agarraba por las muñecas con fuerza de nuevo—. Puedo olerle por todo tu cuerpo. También huelo a Frágil. ¡A ambos! ¿Te han besado? Hijos de... Han roto el pacto —murmuró, sin esperar respuesta.

De repente, sostuvo su cara con fuerza y acercó su boca a la de ella. Su beso fue arrollador, brusco. Su lengua invadía la boca de Alma; quería convertirse en su dueño y a Alma no le gustaba. Él podía ser cálido, pero su beso era frío y distante. Intentó zafarse de su sucio abrazo, pero era mucho más fuerte que ella.

Mientras la besaba contra su voluntad, Alma solo podía ver, sentir y desear a Kennan. Volvió a revelarse, inquieta, tratando de alejarse.

—¡Suéltame! —gritó, ahogada por su boca y tratando de golpearle.

—¡Déjala, Adriel! —tronó una voz familiar.

El ángel blanco la soltó de inmediato.

Las lágrimas inundaban los ojos de Alma; la había besado sin su consentimiento y se sentía sucia. Quería limpiarse los restos de su saliva con la manga de la cazadora, pero estaba pringada de basura.

Se cuadró para mantener a salvo algo de dignidad y se dirigió con paso inseguro al refugio que le brindaban los suyos.

—Armando, cuánto tiempo... —dijo Adriel malhumorado.

—¡No el suficiente! —escupió el jefe del clan sin ocultar su enfado.

—Los buenos modales no son tu fuerte, pensaba que después de tanto tiempo habrían mejorado.

—¡Todavía no es la hora! —replicó, ignorando su provocación.

—Directo al grano, así me gusta. No es la hora, es cierto, aunque no pienso dejarla ahora que la he encontrado. ¡La necesitamos!

—Eso no implica nada. No es la hora. Hay un pacto que pienso respetar.

La chica miraba anonadada al grupo. Su clan era más numeroso de lo que imaginaba. Le hacían frente sin miedo. Solo era capaz de reconocer a Armando, David y Mayko. Los demás eran para ella solo caras sin nombre. Ellos se conocían, no cabía duda.

—Él no ha respetado el pacto. Lo niega pero ha estado con él. Tampoco tu hijo. Yo he sido el último en romperlo. Deberías estar mejor informado.

—¿Eso es verdad, Alma? —preguntó Armando preocupado y serio.

—Un grupo de Alas Negras se acercó... pero como ya he dicho, me oculté. Los vi pasar, nada más.

—Está bien, Alma, te creo —la apoyó Armando—; ya lo has oído, Adriel, nadie ha roto el pacto, solo tú. La tregua sigue en pie. Ahora deja que nos la llevemos.

Adriel se volvió hacia ella, con sus ojos azules brillando de impotencia, dedicándole una mirada furiosa y a la vez triste.

—Alma —dijo con su voz sensual—, somos tu familia, elige bien. —Y desapareció sin más.

Tan solo había pestañeado y ya no estaba.

—¿Estás loca, pequeña? —gritó Armando sin contener la furia que sentía a causa de su desobediencia—. ¿Por qué has desobedecido las órdenes? ¿No eres consciente del peligro que has corrido?

—Padre, déjala. Es demasiado para ella, más tarde, cuando estemos a salvo, hablaremos —interrumpió David.

David se sentía triste y furioso a la vez, no le había gustado verla entre los brazos de Adriel mientras la besaba. Se le habían revuelto las tripas y había

deseado poder golpear a ese estúpido aunque, por otro lado, parecía que Alma se estaba resistiendo.

—¿A salvo? ¡Lo dudo! Hasta que no me expliquéis qué sucede no estaré a salvo, y estoy deseando escucharlo —dijo enfadada con todos.

—Primero volvamos —fue la respuesta de Armando.

—No sé si quiero volver. ¡Me habéis mentido todos, incluida mi madre! —gritó dolida y sin poder contener de nuevo las lágrimas.

—Nadie te ha mentado... —musitó David.

—Creo que sí —le contestó enfadada.

—Está bien... luego hablaremos. ¿Has visto... a alguien más? —la interrogó Armando.

—¿A alguien más? ¿A quién?

—¿Te has encontrado con algún Alado más? ¿Es cierto que has hablado con un Alas Negras?

—Solo ha pasado lo que les he contado: escuché ruido y me oculté. Un grupo pasó cerca pero no advirtieron mi presencia. Estaban ocupados con los despojos. Con el único que he hablado ha sido con ese Alas Blancas impertinente. No estoy tan segura de que los Alas Blancas sean todos puros... —algo en su mirada la hizo mentir de nuevo.

—Siempre hay desertores. ¿Qué te ha dicho? —fue la fría respuesta de Armando.

—Nada que no hayáis oído.

—Está bien. Vamos antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

El jefe inclinó la cabeza hacia el cielo, exasperado sin duda por su comportamiento rebelde poco habitual.

—Antes de que nos sorprenda la noche, porque si los Alas Negras te descubren aquí fuera, no somos bastantes para defendernos.

—Adriel ya me ha visto. Se ha ido. No hay peligro y aún es de día.

—Siempre hay peligro.

David apareció a su lado y la rodeó con el brazo los hombros.

—Ven... —susurró—. Estás cansada.

—Sí, lo estoy, y prefiero que no me toques, David. No necesito tu protección —contestó mientras se sacudía su brazo de encima.

David la miró con los ojos agrandados por la sorpresa.

Alma estaba resentida, sus palabras resonaban en su mente con fuerza. Ella solo era una misión.

—¿Qué te sucede, Alma? Tan solo quiero... —trató de explicarse David.

—¡No me sucede nada que te interese, David! —le cortó llanamente, y comenzó a andar con paso seguro.

No deseaba tenerle cerca porque al final le escupiría a la cara que le había escuchado, que sabía que ella era solo un objetivo y no tenía que mostrar ningún sentimiento falso y obligado hacia ella. Pero no quería precipitarse, tenía que guardarse la información para poder formar su propio puzle y aclarar algo la situación tan confusa en la que se encontraba.

—¡Armando! —lo llamó cuando lo hubo alcanzado—. Solo quiero dar una vuelta, por favor.

—No debes. Estás en peligro —su voz ahora sonaba a ruego.

—Pero no logro entenderlo, ¡es de día! Siempre habéis dicho que de día no hay peligro —se quejó.

—A tu madre se la llevaron de día —contestó serio.

—¿Cómo? ¿Quién? ¿Los Alas Blancas? —las preguntas se agolpaban en su mente.

—No lo sabemos. Alma, las cosas están muy revueltas y nadie respeta los pactos, así que pudo ser cualquiera.

Las lágrimas comenzaron a caer por sus pálidas mejillas, la imagen de su madre entre las garras sucias de los despojos acudieron como un torrente a su mente. Escenas de lo más variado del muestrario de torturas que se le ocurrían plagaron su cabeza aturdida. Su madre agonizando, muerta, violada, devorada por los despojos al igual que el incauto del callejón.

Un temblor le recorrió el cuerpo, haciéndola estremecer.

—¡No, Armando! Eso significaría que ella podría estar muerta —dijo, negando con la cabeza.

—No lo creo. Es muy fuerte, como lo serás tú. Estará a salvo... —susurró, mientras le frotaba los hombros para consolarla.

—Estoy tan confusa.

—Mírame, Alma. Confía en mí solo un poco más, después lo entenderás todo.

—¿Por qué es tan importante que cumpla los dieciséis?

Armando le dedicó esa mirada paternal que utilizaba con ella desde que tenía memoria. Suspiró y posó sus manos en la cara de Alma.

—No puedo contarte nada, aunque me gustaría —no esperó una réplica, se agachó y abrió la trampilla a sus pies.

Antes de entrar, la joven echó un último vistazo a su alrededor. Todo era desolador: edificios derruidos, basura por todos lados, vegetación muerta... Suspiró y bajó sin rechistar.

Abajo, el paraje, aunque también desolador, al menos, era seguro.

Capítulo 7

Tras la larga noche en la que no durmió nada, el día que se había hecho eterno y todas las informaciones confusas que había recibido y que le hacían dudar de cuál podía ser la verdad, su cuerpo dijo basta. Estaba agotada.

Desconfiada, no se aproximó a David en todo lo que restaba de día, lo evitó en las ocasiones en las que presentía que se acercaba buscando conversación inventando excusas. No deseaba tenerle cerca, no le apetecía tener que recordarse a sí misma que había sido una tonta besándolo. David había sido su primer beso y su primera decepción. Todo a la vez.

Él parecía triste, y la verdad era que Alma le echaba de menos como amigo, pero era incapaz de confiar en él después de saber que los cimientos sobre los que se apoyaba su amistad estaban fabricados en mentiras y habían crecido alimentados de obligaciones.

Alma vagó como un fantasma triste y extrañando a su madre más que nunca, perdida entre pensamientos sangrientos y poco alentadores sobre su destino. Pero sobre todo, lo recordaba a él.

Le habían besado tres chicos, todos en un periodo de tiempo demasiado corto; aun así, solo recordaba a Kennan. No sabía nada acerca de aquel Alas Negras, solo que sus labios aún guardaban el sabor picante de sus besos.

Al recordarlo, las mariposas de su interior revolotearon furiosas clamando libertad y formando un huracán que parecía querer arrastrarla y llevarla volando en cualquier momento junto a él, para fundirse en otro abrazo bajo el firmamento estrellado, sintiendo cómo su frío se mezclaba con su calor. Había sido una sensación extraña, un fuego interno que la consumía a causa de sus besos y sus caricias que la hacían desear más de él. Tenerle dentro de ella. Quizá, ese fuese el verdadero peligro de los Alas Negras; eran capaces de hacerte perder la cabeza por ellos con un simple beso.

Un simple beso... ¿por qué continuaba viva? ¿Cómo era posible que no se hubiese transformado en un despojo después del beso? Se suponía que ellos te robaban el alma con ese acto, ¿o no sería así siempre?

De nuevo, estaba desorientada, y un torbellino de ignorancia y confusión la rodeaba, recordándole a cada segundo que pasaba que desconocía cuál era la verdad, y las respuestas incompletas la sacaban de quicio.

Hasta ahora, irónicamente, el único que le había dicho la verdad había sido el misterioso Alas Negras pero ¿cómo confiar en un ser rastrero, mentiroso y vil por naturaleza? Por más vueltas que le daba a la cabeza no iba a llegar a ninguna conclusión, para eso debía de hablar con alguien que le fuese sincero, y no se le ocurría nadie en quien confiar algo así. Tal vez a su madre... aunque ella no estaba, así que tristemente iba a tener que conformarse con contárselo a ella misma una y otra vez.

La noche estaba a punto de anunciar su llegada, y aunque no podía ver la luna, no lo necesitaba para ser consciente de que era la hora de retirarse a su cueva, y hoy lo anhelaba más que nunca. Tantos años encerrada ahí abajo, guiándose por el reloj interno que las actividades del clan imponían le bastaban para saberlo.

Siendo sincera consigo misma debía admitir que ni siquiera le apetecía ver a Claudia o Adriana, sus amigas, sus hermanas, en ese oscuro infierno alejado de todo.

La cueva susurraba silenciosa mientras se colocaba el raído pijama para irse a la cama dentro del agujero en la pared que hacía las veces de dormitorio.

Se coló entre las sábanas del catre tapándose hasta las orejas. No estaba de humor para nada, solo deseaba cerrar los ojos y descansar, pero unas manos frías tiraron de la tela que la cubría con fuerza, bajándola hasta los pies y dejándola helada. Tan fría como la piel de Kennan.

—Buenas noches —protestó, haciéndose la dormida.

—No nos engañas, Alma, sabemos que no estás dormida, no se oyen tus ronquidos —comentó Adriana divertida.

—¡Yo no ronco! —afirmó ofendida.

—Sí, sí... No roncas —se burló Claudia.

—¿Qué queréis?

—¿Que qué queremos? ¡Que nos cuentes todo! —exclamaron las dos a la vez mientras se miraban incrédulas.

—No hay nada que contar.

—Te has escapado y sabemos que te has encontrado con un Alas Blancas que parecía querer raptarte, con despojos, y se rumorea que has visto a un Alas Negras... ¿No hay nada que contar? —replicó Adriana.

—No estoy segura de nada, la verdad, ha sido todo de locos. Pero no ha sucedido nada tan interesante que no pueda esperar hasta mañana. ¡Dejadme dormir!

—¡Ni lo sueñes, levántate ahora mismo para ponernos al día! —sentenció Claudia con tono autoritario.

—Venid... —resopló—, iremos a un lugar más apartado —de todas formas en ese plan no iba a poder dormir, y como no lograba calmarse lo suficiente para conciliar el sueño, decidió desahogarse con sus amigas.

Se puso un pantalón y un jersey que le quedaban algo grandes, pues pertenecían a su madre, y se dirigió con ellas hacia su piedra. A su lugar de paz.

Allí, sentadlas frente a la oscuridad comenzaron a bombardearla con miles de preguntas que Alma trató de contestar.

—¡Por partes! —las frenó—. A ver... La otra noche besé a David. Y él me besó a mí, supongo... —soltó de repente.

—¿Os besasteis? Pero eso es bueno... ¡muy bueno! —dijo Claudia más alto de la cuenta.

—Baja la voz, por favor, esto que os cuento queda entre nosotras.

Ellas asintieron; las miró un momento a los ojos. Habían sido su más grande apoyo cuando quedó destrozada por la pérdida de su madre, y ahora iba a mentirles.

Claudia, con sus ojos almendrados y su pelo color avellana que le caía rizado y salvaje sobre los hombros; y Adriana, con una melena que evocaba un campo de maíz maduro y unos ojos azules que parecían el fondo transparente de un cálido mar, uno en el que jamás podría nadar, la miraban sin apartar los ojos de ella, expectantes.

—Sí, nos besamos. Y yo estaba contenta hasta que le escuché unas horas después, sin pretenderlo, hablar con su padre —dijo apesadumbrada al recordar el dolor.

—¿Qué decían? —inquirió Claudia sorprendida.

—Le reñía por dejarse llevar, por besarme. Le recordaba que yo soy su misión.

—¿Una misión? No lo entiendo... —susurró Adriana llevando sus dedos largos a los labios.

—Ni yo. Pero al parecer él es mi guardián, aunque no sé por qué razón.

—¿Y qué dijo David? Se enfrentó a su padre, ¿verdad? —preguntó Claudia.

—No. Solo se disculpó. Le dijo que yo me había lanzado a sus brazos. Además, estoy enfadada porque parece ser que no tengo ni idea de nada del mundo exterior. ¡Me siento frustrada!

—Tampoco hay mucho que saber... fuera somos presas fáciles, no queremos convertirnos en despojos. Al menos yo no —sentenció Adriana con un escalofrío que le recorrió su esbelto cuerpo.

—Sí, estoy de acuerdo pero ¿por qué no podemos salir de día? Si de día reina la paz junto a los Alas Blancas, ¿por qué no podemos salir? Y he de decir que el Alas Blancas con el que tuve la mala suerte de cruzarme no me pareció muy amistoso.

—¿Viste a uno de ellos de cerca?

—Sí, muy de cerca —asintió, guardándose el detalle del beso y del pacto roto. Al menos hasta que tuviera más detalles.

—¿Cómo era? —preguntaron las chicas a coro.

—Pues no sé... muy atractivo y diferente. Su pelo es plateado, no dorado. Sus ojos son similares a los zafiros, iguales de fríos. No encontré nada cálido o acogedor en su mirada.

Adriana y Claudia la miraban con ojos soñadores, aunque eso no le extrañaba, todas en algún momento habían fantaseado con besar a un Alas Blancas.

—¿Le besaste? —preguntó Claudia agitando sus largas pestañas.

—No, no le besé —contestó. Otra mentira más.

—He escuchado historias sobre Alas Blancas que pueden cambiar —continuó Adriana.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Claudia. Su voz era ahora un tenue susurro.

—Pues no lo tengo claro. Creo... que pueden cambiar de bando.

—La verdad es que fue Armando el que me salvó, si no llega a aparecer no sé qué hubiese sido de mí.

—Bueno, no pienses en eso. Ahora estás a salvo.

—Supongo.

—Oye, no cambies de tema. ¿Qué tal besa? —interrogó de nuevo Adriana, pestañeando de manera cómica.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? ¡Pues David!

—¡Ah, claro, qué tonta! Supongo que bien, aunque no tengo con quién comparar —otra mentira que añadir a su saco que se iba llenando demasiado deprisa—. Bueno, ya es hora de ir a dormir, que hace mucho frío y no quiero

que se os congele el cerebro que escondéis en algún lugar dentro de esas cabecitas huecas.

Las tres rieron y se marcharon a dormir o, por lo menos, a intentarlo.

Capítulo 8

El aire olía a moho, a sucio. Una sirvienta con un vestido ajado y polvoriento llevaba en sus manos una gran bandeja de plata repleta de diferentes platos. Su camisa sucia y rota le colgaba indecentemente sobre el corpiño caído, dejando sus pechos casi al descubierto. Su cofia, mal colocada, permitía que algunos mechones oscuros escapasen del recogido.

Alma observaba la estancia y divisó frente a ella a cuatro hombres que se atiborraban de comida, parecían animales comiendo con las manos y restando importancia a que el jugo de los manjares que engullían resbalasen por sus descuidadas barbas. Los cuatro estaban ebrios, el olor a vino y cerveza inundaba la habitación.

Tenía de nuevo la misma sensación extraña de habitar el cuerpo de otra persona, la misma lucha interna de su mente al colisionar con la dueña del cuerpo.

El odio con el que la chica los miraba era tan profundo que podía verlo. Volvió la cabeza hacia la izquierda, cerrando las manos en apretados puños envueltos en una desconocida neblina oscura.

Otra chica a su lado afirmaba con la cabeza, infundiéndole ánimos. De nuevo, giró el rostro hacia el frente y se dirigió con paso seguro a los indeseables.

Alma no los había visto nunca, no sabía quiénes eran, pero el sentimiento de odio hacia ellos y la ira que sentía en ese momento era desmedida y le abrasaba el interior.

Los cuatro hombres hablaban con las bocas atiborradas de las viandas que la chica les había traído y a la que habían despedido regalándole un sonoro cachete en las nalgas.

Los trozos de comida salpicaban todo a su alrededor, disparados con fuerza por las potentes carcajadas que emitían sus sucias bocas mientras recordaban a la última doncella a la que habían obligado a pagar el tributo.

Se clavó las uñas en la piel con tanta fuerza que dejaron marcas blanquecinas en ella, la rabia la consumía y no podía controlarla, un aura

negra la envolvía.

No era capaz de entender lo que estaba sucediendo, pero debía obligarse a no inmiscuirse y dejar que todo siguiera su curso, solo así tendría la oportunidad de averiguar qué sucedía realmente. Su respiración se relajó y consiguió que la tensión de sus manos disminuyera.

Los hombres seguían hablando del asunto que les ocupaba, alardeaban orgullosos de cómo habían poseído contra su voluntad una y otra vez a la muchacha, asegurándose entre todos de que las entrañas de la joven hubiesen quedado rebosantes de sus fluidos y así tener a certeza de que alguno de ellos sería el padre de la criatura que sin duda se estaba gestando en su interior.

Al escuchar esas palabras no pudo resistirse más y salió del lugar donde se hallaba oculta, envuelta en esa extraña bruma oscura.

Los hombres interrumpieron su conversación y la miraron boquiabiertos, como si ahora de repente fuese visible para ellos, Alma estaba desconcertada.

Comenzaron a mirarse intercambiándose sonrisas maliciosas mientras se acercaba a ellos, parecían encantados. Seguramente pensaban en el festín que iban a darse con ella. Podía ver con toda claridad sus almas tan negras como la boca de un lobo. Oscuras y brillantes como la bruma que la envolvía.

Miraba directamente a los ojos de los hombres que debido a la evidente alegría que les había ocasionado su presencia obviaban su inesperada aparición, aunque también mostraban sorpresa. Sin duda se preguntaban cómo y por qué había aparecido ante ellos sin ser anunciada.

Uno de ellos, el que supuso era el dueño y señor del hogar, fue el primero en hablar.

—¡Mujer! —espetó—. ¡Ven, acércate! —dijo con su estridente voz demasiado grave.

Alma trataba de alejarse, estaba asustada; sabía que eran peligrosos, pero a pesar de las sensaciones intensas, el cuerpo que habitaba no le pertenecía y no respondía a las órdenes que su mente gritaba, solo era una espectadora privilegiada sentada en primera fila.

Cuando estaba tan cerca de ellos que podía olerlos, se detuvo. Sus aromas eran acres y rancios como la atmósfera que la rodeaba, resultándole familiar. Se dio cuenta de que podía reconocer los olores con mucha facilidad, distinguía el olor a sangre de la mujer a la que habían robado la virginidad, los restos de los fluidos que habían depositado en el cuerpo de esta e incluso podía oler levemente a orina y a saliva.

Todos sus sentidos se habían agudizado.

—Acércate más, ¡perra! —gritó la orden.

El hombre miró a sus acólitos y comenzó a hablar de ella como si no estuviese presente, una fea costumbre que al parecer tenía bien arraigada.

—Es muy hermosa. A esta me la quedaré para mí, no quiero que os acerquéis a ella al menos mientras yo la quiera usar —se jactó frente a los demás.

Los otros tres farfullaban porque también querían el juguete nuevo. Continuaron sumergidos en su estúpida disputa, sin sospechar siquiera que esa sería la última.

Se acercó aún más, pero no temerosa, sino altiva. Caminaba mirándoles a los ojos despacio, sin prisa. Quería disfrutar cada segundo que durase su venganza. Volvió su paso felino y seductor, le gustaba lo que sentía en ese preciso instante: poder, seguridad y venganza.

En esos momentos Alma no era a dueña de la situación, había sido relegada a su asiento de espectadora y se rindió a la visión.

El amo, al percatarse de su soberbia, se incorporó enfurecido.

—¡No seas insolente, mujer! ¡Agacha la mirada! —mientras gritaba la orden le asestó lo que pretendía que fuese un fuerte golpe en el rostro.

La sorpresa e incertidumbre estaban grabadas en su cara, su mano aún temblaba y, sin embargo, ni el rostro de ella ni la mirada habían perdido su posición ante el golpe. La verdad era que ni siquiera lo había percibido.

Seguía mirándole a los ojos, con una sonrisa dibujada en su cara que se volvió juguetona, maliciosa. Quería y necesitaba sentirse aturdida por el golpe, pero no podía, tan solo le quedaba dejarse llevar por la situación y que el sueño acabase sin interferir. Notaba cómo la boca se le hacía agua al pensar en las torturas a las que los sometería.

Diego estaba confuso, no entendía muy bien la insolencia de la mujer ni por qué el golpe no la había lastimado; ni siquiera había logrado enrojecer su pálida piel. Observaba con detenimiento el lugar donde la había golpeado, esperando ver aparecer alguna magulladura.

Alma pudo leer en su rostro el miedo; había descubierto algo en ella que inconscientemente le aterraba. Se iba a divertir mucho.

—¿Quién eres mujer? ¿Por qué no te he herido? ¿Acaso eres una bruja? ¡De ser así, arderás en el fuego del infierno! —gritaba preso del pánico con la voz envuelta en la misma desesperación que trataba de ocultar.

Una risa gutural se escapó del interior de Alma, el muy imbécil había dado en el clavo, de pleno además. Sus estrepitosas carcajadas hicieron que Lylh saliese de su escondite. Sin duda, su compañera pensaba que se había vuelto loca o algo incluso peor.

Los hombres apartaron la atención de ella al ver aparecer a Lylh. Ya había contado con eso.

Diego volvió a pensar en sus juegos amorosos.

—¡Tú! —vociferó dirigiéndose a Lylh— también calentarás mi cama esta noche. ¡Las dos!

—¡Diego! —le llamó. Ya estaba cansada de que no le prestase atención.

Él la miró con la furia escrita en su rostro. Sin duda nadie, y mucho menos ninguna mujer, le había hablado así. ¡Jamás! Si alguna había cometido esa osadía, seguramente estaría sepultada bajo capas de tierra.

—¡No me hables así, perra estúpida! —graznó de nuevo.

—¿Aún no sabes quién soy, verdad?

En el escrutinio de su rostro algún rasgo de su vida anterior debió de hacerle notar el parecido.

—¿Te conozco, mujer? —preguntó el amo.

Sonrió. Finalmente la había reconocido, podía ver cómo cambiaban sus sentimientos, cómo el miedo iba apoderándose de él lentamente al asumir su mente lo que sus ojos le mostraban. Una garra deformada lo aprisionaba desde abajo, sujetándolo con fuerza por las piernas. Ese era su poder.

—Hola, Diego... —susurró.

Algo en su expresión, quizás la mirada o la frialdad que destilaba su voz, le asustó. Comenzó a estremecerse, los dientes le castañeteaban con mucha fuerza.

En un gesto maternal se acercó y le frotó los brazos para infundirle calor mientras sonreía maliciosa, deleitada por el sentimiento de temor que le infundía únicamente con su presencia. No solo lo sentía como una fragancia por su piel, podía verlo formando dibujos en su alma que se desdibujaban y confundían.

—¡No me toques, bruja! ¡Arderás en el infierno! —repitió, prisionero de un pánico imposible de contener.

—¿Quién te dice que no estoy ardiendo allí ya? —se burló con crueldad.

Se desabrochó la capa que le cubría el cuerpo, dejándola caer a sus pies, apartó suavemente el largo pelo que flotaba como una suave pluma más abajo de la cintura y dejó el hombro izquierdo al descubierto. Él no necesitó más para recordarla.

—No... puede ser. Estás... ¡muerta! —su voz sonaba muy asustada, y eso la satisfacía, hacía que se calmase un poco la sed.

—Sí. Estoy muerta. Tú lo sabes muy bien —se acercó a él, victoriosa, el pánico le hacía retroceder sin ser consciente de ello.

—No puede ser, ¿qué eres? —preguntó horrorizado.

—Adivínalo —rió—. No soy una bruja pero ¿sabes? —susurró melosa—. Ardo como ellas.

Diego trastabilló y cayó sobre su trasero.

Ordenándole con la mano que se pusiera en pie, continuó guiándole, le acosó, acercándose de forma sinuosa como la serpiente en la que se había convertido. Ronroneó, excitándolos con sus movimientos suaves de caderas y él, a cada paso que ella daba, retrocedía. Notó el calor mucho antes que Diego y decidió torturarlo aún más.

—¿Notas el calor? —preguntó disfrutando de su miedo—. Es el calor del infierno que arde en mi interior, el mismo fuego que te va a abrazar a ti por dentro.

Los otros hombres comenzaron a murmurar muy rápido, intentaban encontrar una forma de huir. Cuchicheaban sobre ella.

—¡No puede ser! —murmuró uno.

—¡Pero tiene la marca! —susurró otro.

No les prestó la más mínima atención, el único que le interesaba, de momento, era el cabecilla. Sabía que el recuerdo seguía vivo en sus mentes, les desconcertaba porque eran conscientes de que algo extraño pasaba en ella y no eran capaces de comprender qué.

Miró de reojo a Lylh, aunque no era necesario.

Se situó frente a ellos y les obligó a permanecer de rodillas. Lylh se divertía de lo lindo contemplando la escena de los tres hombres aterrados ante su presencia. Todos advirtieron en la mirada feroz de Lylh el peligro que destilaba y no intentaron moverse.

—¡Eres la muerte! —gritó Diego fuera de sus cabales señalándola con un dedo tembloroso. El miedo estaba empezando a enloquecerle.

—Lo soy, mi señor —respondió mientras deliraba de placer ante su miedo y acompañaba el gesto con una reverencia.

Los hombres agrandaron sus ojos al comprender que estaban en lo cierto. El pánico los dominaba, intentaron huir, pero tan torpes les había vuelto el miedo que sentían que tropezaron los unos con los otros.

Lylh se acercó a ellos a gran velocidad y de un golpe derribó a los tres.

—¡Arrodillaos! —les ordenó. Decidió inmovilizarlos, obligándoles a permanecer en el suelo ateridos por el pánico.

No lo dudaron ni un momento y se inclinaron ante ella, que los miró a los cuatro; todos con la cabeza agachada evitando su mirada. Desconocían que

ella podía sentirlos. Sus expresiones variaban desde la incredulidad a un pánico abrumador casi tan grande como el que ella sintió.

La sequedad de su garganta se relajó un poco, sintiéndola menos rígida. La oscuridad que ardía en ella se proyectó hacia el exterior y ciñó el cuerpo.

Diego comenzó a notar el calor, podía adivinarlo por su expresión, que se tornó cetrina; el pánico se había adueñado de su cuerpo y de su mente.

—¿Lo notas? —preguntó de forma cruel—. Es el calor que te va a consumir por toda la eternidad —susurró mientras apoyaba el pie en su hombro y lo empujaba con fuerza hacia atrás.

Diego cayó sobre los rescoldos de la chimenea, y sus ropas empezaron a quemarse muy rápido. Gritaba y agitaba su vestimenta, desesperado por apagar el fuego que sin duda acabaría con su vida, pero ella no iba a permitir que la diversión terminase tan pronto.

—¿No pensarás que vas a tener una muerte tan rápida, verdad? —preguntó mientras apagaba el fuego con un simple soplido de los labios.

Los otros tres observaban la escena angustiados, temiendo lo que les acontecería más tarde. Los ojos parecían salirseles de las órbitas.

Diego la miraba horrorizado; sin apartar su mirada gélida de su asqueroso rostro y sirviéndose de la bruma, le hizo recordar todo el daño que les causó, y no solo eso, hizo que rememorara a la perfección todo el dolor que les había causado. También le mostró el infierno que le esperaba, el abismo donde sufriría por toda la eternidad. Reveló el sitio oscuro y frío donde su alma vagaría eternamente sin posibilidad alguna de escapar... un alma recluida a la que no borraría los recuerdos para condenarla el resto de su vida a la soledad y perdición junto con sus compañeros.

Su expresión se congeló en una mueca horrorizada; volvió a empujarlo contra el fuego del hogar, y esta vez no lo apagó.

El cabecilla corría por la habitación, amenizándolos con un espectáculo de alaridos y movimientos frenéticos, tratando de apagar el fuego que ya empezaba a abrasarle la piel y suplicando que lo librara de la tortura. Se tumbó sobre el frío y duro suelo de piedra tratando de rodar para extinguirlo, pero era demasiado tarde.

Sus secuaces hicieron el amago de incorporarse para auxiliarle, pero con tan solo una mirada, lo impidió.

Saboreó la excitación; su sabor le llenaba la boca por completo. Temblaban. ¡Qué situación tan extravagante! ¡Ellos, los amos de este nuestro tiempo, inclinados, humillados y aterrorizados por una mujer!

Estaban arrodillados suplicando por sus vidas. Les dejaría intentarlo para divertirse porque no iba a concederles el perdón al que aspiraban. Iban a pagar con creces el sufrimiento y el dolor que ellos causaron. Era su momento. Había cumplido su parte del trato y era recompensada por ello. Podía hacer con ellos lo que creyera conveniente y su cuerpo le gritaba que lo adecuado era hacerles sufrir más de lo que sufrió ella.

Ellos serían los siguientes. Ninguno se iba a librar de su destino, un final que ellos mismos habían elegido. Temerían al ser en el que la habían obligado a transformarse y se aseguraría que ese terror los acompañara más allá de la muerte. No era el final, sino el principio de su sufrimiento.

—Per-perdónanos —balbuceaban. El pánico les impedía hablar con claridad.

Mientras suplicaban clemencia miraban de soslayo hacia el sitio donde Diego se había rendido cubierto por las llamas. Tan solo sus pies continuaban moviéndose, y sus débiles quejidos eran la única señal de que todavía no había muerto.

—¿Igual que nos perdonasteis a nosotros? —preguntó irónica. Intentaba sonar sarcástica mientras se acercaba con paso lento hacia el lugar donde Diego yacía a punto de expirar.

Apagó el fuego de su cuerpo y se aseguró de que quedaba en él algo de vida.

—Bien... Diego, mi querido señor y amo, mientras agonizas, vas a ver cómo mueren tus queridos secuaces. ¡Dame una daga! —pidió a Lylh.

Lylh le acercó uno de los muchos estiletes que había sobre la mesa junto a la fruta.

Cuando lo sostuvo en sus manos se agachó cerca de ellos y les miró uno a uno. Sus caras estaban transformadas en muecas de horror, y eso le provocó otra sonrisa.

Uno tras otro sufrieron el mismo castigo: les cortó las manos. Primero, a los títeres de Diego, y mientras estos agonizaban en el suelo impotentes al ver cómo la sangre brotaba sin control por sus muñecas, se acercó hasta él.

—A ti —espetó— te dolerá más que a los otros, ya que tu piel y tu carne están quemadas.

El eco de la estancia era igual que una música macabra, chillidos de dolor y desesperación acompañaban la danza fúnebre que no conseguía detener el flujo de sangre que resbalaba de sus muñecas sesgadas. Los aullidos desesperados lograron que el moribundo entreabriese los ojos y advirtiera que aún no había terminado con él.

Apoyó la daga en sus muñecas y le miró un instante a los ojos, dejando que la frialdad y satisfacción que la embargaban por el sufrimiento que iba a infligirle le paralizase la sangre a Diego. Cuando la carne quemada se desgarró de su cuerpo carbonizado, reaccionando ante el estallido de dolor con furia, arrancando de sus labios resacos alaridos brutales que hubiesen conseguido helarle la sangre si fuese capaz de sentir compasión, pero había perdido eso, entre otras muchas cosas.

—Estas manos han sido las causantes de todo el pesar que me corroe por dentro, que me envenena día y noche —susurró a Diego en el oído, como si fuesen amantes en vez de enemigos, mientras se las cortaba—, y quiero que sepas que esto se va a repetir una y otra vez mientras yo exista. Buscaré vuestras almas hasta dar con ellas y repetiré la tortura. Vosotros me hicisteis sufrir una vez, pero aún os queda una eternidad de sufrimientos infligidos por mí.

Los otros hombres, incapaces de moverse por el miedo que los inmovilizaba, miraban con ojos desorbitados cómo la sangre escapaba de sus cuerpos y cómo poco a poco la vida les abandonaba sin que pudieran hacer nada para evitarlo.

Para dar un efecto de mayor dramatismo, arrojó los miembros amputados al fuego del hogar, que permanecía encendido, y añadió leña para avivarlo. Las extremidades chisporrotearon al entrar en contacto con el calor intenso, y se unieron a la leña para alimentarlo.

Sus cuerpos no soportaban más el dolor, y cuando estaban a punto de abandonarse a la muerte y expirar su último aliento, se acercó a ellos. Uno tras otro los envolvió con sus alas, uno a uno los besó. Ese sería el último beso que recibirían. El beso de la muerte.

Dejó a Diego para el final, deseaba que sufriera hasta el último segundo de vida.

Absorbió sus esencias malignas y putrefactas y se llevó hasta la última gota de vida que poseían, condenándoles a otra vida más oscura, fría y dolorosa. Una eternidad de tormentos.

Miró un vez más a su alrededor, despidiéndose en silencio. Ahora todo estaba en su sitio.

Se alejó, abandonando en el suelo los cuerpos desmadejados que se semejan a tristes títeres a los que les habían cortado las cuerdas que les sujetaban a la vida. Se recreó mirándoles una vez más, disfrutando en silencio de su venganza.

Advirtió que la sed que la ahogaba se había calmado, aunque no del todo. El volcán de su interior en permanente erupción se había apagado, aunque solo fuese por un momento.

La satisfacción la recorría: había cumplido su objetivo. Había vengado la muerte de su esposo y la suya misma.

Lylh la llamó, sacándola del trance en el que se encontraba. Debían partir, casi amanecía y los Alas Blancas acudirían sin duda al lugar para tratar de descubrir por qué un Alas Negras había acabado con la vida de esos humanos.

—Sí, ya voy —contestó con un tono tranquilo. La excitación se había ido calmando poco a poco.

Antes de alzar el vuelo echó una última mirada al lugar. Cuatro hombres yacían en el suelo desangrados y sin manos y además uno de ellos carbonizado. Era un espectáculo atroz que arrancó una sonrisa secreta en su interior, pensando que era una gran obra que, sin duda alguna, lograría escandalizar a los Santurrones.

Partió con la satisfacción de que nunca más volvería a ese lugar.

Ahora cada pieza estaba en su sitio.

Capítulo 9

Un grito desgarrador rompió la quietud de la estancia y arrastró a Alma de regreso a la realidad. Sacudida por violentos temblores y aterrada por lo vívido de la experiencia, miraba frenética sus manos tratando de hallar algún rastro de la sangre que momentos antes las teñía o de la bruma oscura que la cubría.

Desorientada, tratando de discernir entre la realidad y el sueño se incorporó con esfuerzo, pues sus piernas eran incapaces de sostenerla, y al hacerlo una nueva oleada de imágenes la sacudió con fuerza, transportándola de nuevo a ese lugar impregnado por el olor a carne quemada, donde podía observar de nuevo a Diego, en llamas, tratando de apagar el fuego; las súplicas desesperadas de sus secuaces al comprender, al fin, que la muerte había ganado la partida y estaba dispuesta a cobrar una deuda, reclamando venganza.

Sobre todo recordaba con claridad el poder que había sentido y que aún corría libre y salvaje por sus venas, desatado.

—¡Ha sido tan extraño! —exclamó al vacío.

La visión la había dejado agotada y con un sabor amargo y metálico en la boca, evocando el de la sangre que la había rodeado durante la experiencia y del que necesitaba deshacerse, junto con el sudor pegajoso que la empapaba igual que a la cama.

Trató de convencerse de que había habitado el cuerpo de otra persona, mientras conseguía llegar, no sin esfuerzo, hasta la oquedad excavada en la roca que usaban como baño.

A pesar de la escasa iluminación, pudo ver el reflejo que le devolvió el ajado espejo. Una imagen que le asustó y que arrancó de nuevo un grito de su pecho que trató de contener, colocando sus frías manos sobre la boca en un acto inútil de estrangular el alarido.

Su rostro estaba translúcido y las ojeras oscuras que adornaban sus ojos no hacían más que incrementar la sensación de palidez; pero lo que más le asustaba era su propia expresión transformada en una mueca dantesca.

Sacudida de nuevo por una oleada de temblores, agarró el vaso que usaba para su aseo diario y lo llenó de agua, dando un sorbo con el que pretendía acabar con ese sabor en la boca, y escupió el agua con rabia, intentando que desapareciera el mal gusto que sentía.

—¡El maldito sabor no se va! —se oyó quejarse. Ni siquiera su voz parecía la suya.

Aturdida y desesperada comenzó una carrera silenciosa hacia los pasillos de los oscuros túneles tratando de hallar esa bocanada de aire fresco que tanto necesitaba para despejar su mente atorada de esos recuerdos espeluznantes.

En su prisa, olvidó abrigarse, y el fresco de la noche en la cueva alimentaba sus temblores. Observó los parpadeos plateados de las paredes de la cueva y el techo tratando de aferrarse a algo conocido.

Sin necesidad de pensar hacia dónde dirigirse, sus pies, que conocían el sendero de memoria, la guiaban a su lugar preferido: su roca. Su refugio.

Cansada por los sentimientos fuertes y dispares que la embargaban se desplomó sobre la fría y húmeda superficie de granito, flexionando las piernas y enterrando entre ellas la cabeza. Una vez a salvo, dejó que las lágrimas contenidas le arrasaran el rostro, llevándose tras ellas los restos de ese maldito sueño.

Durante un largo tiempo permitió que su mente se calmase una vez que los espasmos habían perdido intensidad. Trató de comprender qué le había sucedido; sin embargo, no lograba darle sentido a lo que había experimentado.

La brisa fría de la noche provocó en sus ojos un leve escozor, obligándola a cerrarlos durante un instante que su mente aprovechó para pensar en él, en Kennan, el peligroso Alas Negras al que había besado y al que no podía alejar de sus pensamientos ni un instante, se había grabado a fuego en su mente y probablemente en su alma.

Había besado la boca del diablo y no le había importado.

Se sentía desconcertada, no imaginaba qué había podido ver un ser como él en ella, una simple Frágil sin nada que ofrecerle. Quizás, se trataba tan solo del cortejo que realizaban para dar más emoción a la caza, y una vez que la presa se sentía segura, entonces, les regalaban el zarpazo mortal que acabaría con su vida.

No obstante, ese beso que se dieron suspendidos en el aire, bajo el manto de estrellas que resplandecían con fuerza, arropada por sus hermosas alas y el calor que seguía tatuado en sus labios, parecía tan real... él, jadeaba con los ojos cerrados y el corazón acelerado, ¿se podía fingir eso?

Lo dudaba, aunque la experiencia con David le hacía pensar que era posible y además se había dado cuenta de que no conocía nada acerca del exterior y mucho menos de los Alados, tan solo la minúscula parte que Armando le había permitido descubrir. ¡Maldita ignorancia!

De nuevo, el recuerdo del beso le hizo sentir ese leve aleteo de mariposas en el estómago.

—¡El beso! —gritó ahora con la voz envuelta por el pánico.

Aún no había reaccionado correctamente al hecho de que la había besado un Alas Negras, los mismos que robaban el alma con un beso e instalaban en tu alma la semilla de su propia esencia, transformándote en un despojo.

—¿Acaso sucede poco a poco? ¿De repente? ¿Será este sueño y este torbellino de sensaciones el principio de mi conversión? Seguro que esto que siento que no puedo explicar es obra de ese beso, me engañó con su... su... lo que sea que utilizan para atontar a sus presas, por eso me siento tan atraída, por eso no dejo de pensar en él. ¡Maldito Armando! ¿Cómo quiere protegernos manteniéndonos en la más absoluta ignorancia? —gritó a la oscuridad.

Su cuerpo se retorció, sacudido por el miedo. Quizás estaba empezando a dejar de ser humana, si sucedía progresivamente al menos podría despedirse de los suyos, excepto de su madre.

Al recordarla, el sentimiento de añoranza se intensificó, sin embargo era extraño notar que cuando pensaba en ese abrazo que ahora mismo tanto ansiaba no podía evitar recordar a Kennan, pues a pesar de todo había sido el único en hablarle con claridad. El único en tratarla como una mujer y no como a una niña.

Su interior se revolvió de nuevo analizando la idea que había cruzado su mente; salir a verlo. A pesar de todo lo negativo que tenía en contra, su necesidad de volver a encontrarse con él ganó la batalla.

Así que dejó sobre la roca los restos de lágrimas y miedo y corrió tan aprisa como pudo hacia la salida más cercana, rogando en su alocada carrera que no estuviese vigilada para poder encontrarse con Kennan y que al menos le aclarase las dudas que inundaban su mente en ese momento.

Cuando llegó al lugar, casi sin fuelle, se topó de bruces con la realidad y se ocultó en silencio para no ser vista y maldecir su suerte: la trampilla estaba

vigilada.

Observó, tratando de discernir la identidad del vigilante, y descubrió que era David.

«¡Genial! ¿Habrá cambio de turno? No, no es probable; además el relevo llegará hasta donde está David, al pie de la escalerilla que representa mi libertad, y no tendré la suerte de que la salida quede sin vigilancia. ¡Mierda! Encerrada en mi propio hogar de nuevo... ¡Es frustrante! No entiendo por qué no puedo salir sin permiso; parezco una niña pequeña castigada mirando hacia la pared en una esquina de la habitación».

Agotada por el largo día y la noche tan desagradable y enfadada por su frustrado intento de fuga, decidió que ya era suficiente por ese día.

Cabizbaja, regresó a su triste y vacía cama, sola y con la incertidumbre de no saber si por la mañana seguiría siendo humana.

Capítulo 10

El invernol frío del día que llegaba a su fin se acrecentaba con la llegada de la noche. En unos instantes, los débiles rayos de sol que lograban traspasar la mullida capa de nubes, más espesa a esa altura, se transformarían en rayos plateados que al reflejarse en la montaña nevada despedirían brillos nacarados como si de un gran diamante se tratara.

A pesar de que durante el día ningún humano se atrevía a llegar hasta allí y los Alas Blancas solo en contadas ocasiones, los Alas Negras nunca bajaban la guardia.

La gran guarida, tallada en roca oscura y afilada, contrastaba con el banco cegador que cubría la montaña que la albergaba. Sus ocho torres afiladas, al igual que agujas dispuestas a ensartar a sus enemigos, se elevaban majestuosas, en un intento fallido de Balthazar por rasgar el tan amado cielo de Samuel.

Kennan, situado en una de las torres frontales, descansaba su peso sobre el soportal fabricado en metal, que atravesaba la punta afilada de la torre esperando culminar su día de guardia; en el extremo opuesto, Nell, más que su amigo, su hermano, esperaba ansioso que el sol se ocultase y el peligro para los Alas Negras fuese inexistente.

—Ya es la hora, señor —rompió con quietud la voz ruda de Nell.

—¡Te he dicho que no me llames señor! Cuando estemos solos no es necesario —riñó Kennan a su amigo.

—Lo sé, pero es que lo olvido constantemente —dijo burlón—. ¿Sabes? Estás raro desde la otra noche.

—¿Raro? ¿Por qué iba a estarlo? —en realidad temía la respuesta de su amigo. No deseaba que supiese lo que le carcomía por dentro desde hacía varios días, y no pretendía que fuese tan evidente para los demás.

—No lo sé, amigo mío, quizás si llego a tierra antes que tú logre que me lo cuentes —sonrió guiñándole un ojo—. ¡Allá voy, libertad! —gritó mientras se lanzaba al vacío insondable.

Kennan, sin dudarlo, se lanzó tras Nell, persiguiéndolo en una carrera imaginaria cuya meta era el frío suelo. La sensación de volar era única, y lo mejor de su sombría vida, sometido a la voluntad de Balthazar y enganchado a la necesidad de tomar esencias puras para poder calmar un poco la sed que consumía su interior.

Cada vez el suelo se distinguía con más caridad, ambos se miraron un instante y un cruce rápido de miradas retó al otro, comprobando así cuál de los dos sería capaz de llegar más cerca del suelo. Alcanzaron una velocidad asombrosa.

Nell sabía que no tenía nada que hacer contra Kennan; siempre había sido el más osado, el que menos miedo había tenido al dolor, el que había permitido que su cuerpo, a pesar de sanar con rapidez, quedase destrozado contra las afiladas rocas en más de una ocasión.

El suelo se acercaba a gran velocidad, Nell iba a rendirse de nuevo, a dejar que su amigo y jefe de escuadrón venciese una vez más cuando, de repente, algo insólito sucedió.

Kennan había abandonado el juego antes que él. Había abierto sus alas, hasta ahora plegadas, para darle más velocidad y había frenado en seco, antes de que Nell siquiera comprendiese por qué.

—¡Casi lo tenía! —protestó Nell, mientras Kennan le sujetaba por una pierna colgado boca abajo.

—Sí, casi —dijo socarrón provocando a su amigo, cuyos ojos negros refulgían de ira.

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

—Vamos, Kennan, sé que algo sucede ¡no estás bien! Estás distraído, desganado y... ¡Joder! Es la primera vez que pierdes en este juego. ¿No deseabas que se te estropease esa bonita cara?

—Calla, Nell, o tendré que soltarte con fuerza contra las rocas y entonces será tu bonita cara la que quede destrozada.

—No, no... déjalo. Prefiero conservar intacto mi rostro, no me gusta coleccionar cicatrices, como a ti.

—Sí, el dolor es lo único que hace que me sienta vivo y además... —sus palabras se interrumpieron.

De repente, el aire llevó consigo un olor provocador, la bestia que hasta ahora estaba tranquila se despertaba sobresaltada, tomando las riendas de su mente y dejando que los sentidos se adueñasen de su cuerpo. El aroma dulce y cálido desprendía promesas de paz, la que le otorgaría cuando su semilla

oscura fuese depositada en el lugar donde ahora yacía la suya, pura. La sed de venganza se calmaría unos instantes y, tal vez, el colicón de ponerse con un alma pura, tan difícil de hallar en estos días de escasez, hiciera que el recuerdo de esa Frágil insignificante se borrara.

«Alma, hasta su nombre es una provocación a mis sentidos».

La rabia le consumía, no había podido deshacerse de su caricia, aún sentía la piel cálida allí donde osó posar sus dedos, tan frágil y a la vez tan fuerte como para desarmarlo. Plantándole cara, a pesar de saber que podía acabar con su vida en un abrir y cerrar de ojos... orgullosa al no reconocer que los despojos la habrían masacrado.

Pero lo más impactante fueron esos ojos verdes tan intensos como los suyos; nunca antes se había encontrado con unos ojos como esos y, de repente, los encontraba escondidos bajo esa capucha zarrapastrosa y que apeataba a basura.

Lo que más le asustaba era el brusco tirón que sintió hacia ella, como si su cuerpo delicado guardase en su interior un potente imán que lo atraía irremediabilmente hacia ella.

Dejó que el monstruo tomase las riendas porque necesitaba despejar su mente de su recuerdo, su nombre se había grabado a fuego en su mente y se negaba a desaparecer. Los días pasaban tortuosamente lentos, perdidos en la inmensidad de sus ojos sin hallar consuelo o una salida. Sintiendo unas horribles ganas de ella.

Kennan sobrevoló en silencio la zona. La bestia sabía lo que hacía; era un cazador consumado. El mejor de todos. Más eficaz que Balthazar, aunque él nunca lo reconocería.

Se posó sobre un edificio con cuidado de no desprender parte de su rocosa pared, que se desmoronaba irremediabilmente.

Nell se situó a su lado, esperando que su señor se saciara y le dejase algunas migajas con las que conformarse.

Oculto entre las sombras la percibió, no podía ver su rostro, aunque llevaba el uniforme de los guerreros frágiles. Solo percibía su esencia, pura, refrescante, atrayente y muy tentadora.

Respiró profundamente y una bocanada de éxtasis, parecido al clímax sexual, se apoderó de él... le excitaba su olor, ¡lo deseaba dentro de él! aliviando un poco esa puta sed que lo consumía y le hacía parecer un yonki de almas que necesitaba un buen subidón de vez en cuando.

—Kennan, ¿vas a quererla? —susurró Nell con la voz ronca de deseo.

—Sí, esta será para mí. ¡La necesito!

—Estás raro estos días, desde nuestro encuentro con la Frágil y los despojos, ¿salió algo mal y no me has hablado de ello?

Le miró un instante.

Nell era muy perceptivo a pesar de que parecía estar siempre en las nubes, era el único en quien confiaba de verdad. También en Lydia, aunque en ella algo menos, era una mujer y por lo tanto caprichosa. Sin mediar palabra, eludiendo la pregunta que quedó sin respuesta, levantó el vuelo y, sin hacer ruido, dejó que la atmósfera enfriase su cuerpo, que había llegado a alcanzar temperaturas extremas solo por recordarla.

La presa yacía inmóvil, escondida. Su respiración era agitada, estaba asustada y eso le excitaba más si cabía, se relamía solo de pensar en su sabor, se podía hacer una idea del dulce néctar que acariciaría su garganta.

Por su figura menuda parecía una niña, aunque la oscuridad y su ropa le ponían difícil vislumbrar si poseía curvas o músculos. Pero daba igual al sexo al que perteneciera, solo le interesaba su esencia.

—Parece que te ha sorprendido la noche... —escuchó susurrar a la voz del monstruo.

La figura envuelta en oscuridad se giró lentamente, podía escuchar cómo sus latidos se ralentizaban, paralizándola por el miedo, el leve olor a sudor que le empapaba ahora mismo las manos y la nuca confirmaban su sospecha. Sabía que era el monstruo que iba a terminar con su vida y dejaría en su lugar un triste despojo de lo que era.

Al girarse pudo verla, era una chica joven con ojos rasgados, profundos y marrones. Su mirada aterrorizada al verlo le excitó aún más. El placer que le regalaba el miedo que sentían al enfrentarse a él era algo que no podía explicar con palabras, hacía que la excitación alcanzase límites insospechados recordándole lo poderoso que era y el daño que podía causar.

—No te acerques a mí... —susurró con voz temblorosa. Y la súplica solo logró que la bestia se removiese expectante de satisfacción.

—¡Ahora nada puede evitar tu destino, insignificante Frágil! —extendió las alas para arroparla y la agarró con fuerza.

La Frágil se retorció entre sus brazos, mientras se deleitaba con su aroma y con la lucha de la presa que pronto caería víctima de las garras de la bestia que habitaba bajo su piel.

—¡Lucharé! —jadeó—. No dejaré que ganes la batalla sin pelear, ¡maldito Alas Negras!

Su tono provocador le evocó a Kennan recuerdos de Alma, esa misma actitud valiente y kamikaze. En su forcejeo, la capucha que ocultaba su rostro

cayó y dejó que su larga melena oscura resbalase por sus hombros.

—¡Observa el rostro que va a acabar contigo! —gritó.

Imágenes de Alma le embriagaban, tenía la misma actitud, el mismo color de pelo... y por un instante la bestia perdió el control y ese segundo de duda que le hizo retroceder hacia atrás fue el que aprovechó ella para herirle en la pierna y salir corriendo.

Antes de caer al suelo, Nell estaba a su lado, sosteniéndole.

—¿Voy a por ella, señor? —preguntó preocupado.

—No, déjala, se ha ganado vivir una noche más.

—Creo que deberíamos hablar... —sugirió Nell.

No es algo que sucediese habitualmente, pero en esta ocasión su amigo tenía razón, y Kennan no podía negarlo. Debía contarle lo que sucedía, quizá estuviese enfermo y Nell era el único en el que podía confiar. Su hermano en la batalla, su amigo hasta la muerte.

—Sí, tienes razón. Iremos al pozo.

Levantaron el vuelo sin mirar atrás y se dirigieron hacia el sitio que más les gustaba de esa sucia ciudad.

El aire fresco de la noche aliviaba el malestar que sentía Kennan, no deseaba seguir pensando en Alma, pero... ¡maldita fuera! No lograba sacarse a esa pequeña y delicada Frágil de la mente.

Sus pies tocaron el suelo sin hacer ruido, estaban acostumbrados a moverse sigilosamente como las serpientes venenosas que eran, siempre en busca de víctimas.

El frío de la roca que formaba el pozo no debería traspasar la piel de Kennan ni la ropa que llevaba puesta. Sin embargo, desde ese maldito beso que no era capaz de borrar, había una parte de él más cálida que conseguía abrumar y desconcertar su mente.

—¿Estás bien, amigo? —la voz de Nell sonaba preocupada y rasgaba el silencio que los rodeaba.

—¡Maldita sea, no! ¡Por todos los putos ángeles! ¡Me voy a volver loco! —Kennan no podía dejar de gritar.

Nell le miraba confundido, expectante. Sin duda veía la locura que consumía a su amigo.

—¿Qué sucede, Kennan? ¿Es por algo que te hizo esa Frágil? ¡No debimos dejarte a solas con ella! ¿Qué te ha hecho? ¿Te envenenó? ¿Te ha herido como esta? ¿Es que los frágiles han encontrado una forma de dañarnos? —gritaba Nell desesperado sin saber qué le sucedía a su amigo.

—Nell, deja de gritar, vas a atraer a todos y sabes que prefiero que este lugar siga intacto, solo para nosotros. De nadie más.

—Lo siento, es solo... que... ¡mierda! No me gusta verte así, me hace sentir raro.

—Esa Frágil resultó no ser tan frágil. Es hermosa, orgullosa, valiente... ¿te puedes creer que me hizo frente? A pesar de que los despojos iban a terminar con ella, seguía empeñada en que tenía la situación bajo control.

—¿Te gusta! ¿Es eso? ¿Te sientes atraído por una Frágil? Bueno, eso no es muy grave, búscala, tómala y haz con ella lo que te plazca, después despójala de su humanidad, de sus recuerdos y a seguir adelante.

—No es eso Nell, es algo más. No soy capaz de olvidar su mirada, ni su beso, ni siquiera su maldita caricia de mi piel, de mi mente.

—¿Se atrevió a tocarte? ¿Te besó por propia voluntad? ¡Vaya! Eso es nuevo... ¡Sí que es valiente! No puedo creer que no temiese a la bestia.

—Ni yo... pero lo más extraño es que cuando la besé no robé su alma. No sé cómo lo logré, pero así fue. Tan solo disfruté del beso, de su caricia, de su calor. ¡Calor, Nell! Ha hecho que sienta calor... ¿sabes qué sensación tan maravillosa y extraña es esa?

—Lo que me parece extraño, señor Oscuro, es que hables como una niña enamorada... —su tono burlón enfureció a Kennan.

—¿Amor? ¡Sabes que nosotros no podemos albergar ese sentimiento!

—Si todo lo que sucede es que la deseas para ti, desvírgala, seguro que después de una buena noche de sexo se te olvida.

—Quizás tengas razón. La verdad es que fui incapaz de llegar más allá del beso, aunque no podía dejar de imaginarme dentro de ella. Sin embargo, me dejó sin fuerzas, sin aliento —Nell le miraba sonriendo—. ¡Maldita sea, Nell! ¡No te burles de mí! Estoy asustado, amigo, no sé qué es lo que sucede... ¿habré enfermado?

—Deberías hablar con Balthazar.

La sugerencia de Nell hizo que Kennan reaccionase. Raudamente, desplegó sus alas y se elevó con Nell entre sus garras hacia la noche infinita.

—¡Si hablas de esto con alguien, te arrebataré la vida, Nell! —rugió la bestia.

—Tranquilo, Kennan, sabes que tus secretos están a salvo conmigo.

El animal salvaje se apaciguó con las palabras de su compañero. Sabía que no mentía porque era capaz de oler la mentira a kilómetros. Eso le tranquilizaba y se sorprendió; era la primera vez que la bestia y él estaban de acuerdo en algo: protegerla.

—A partir de ahora, la custodiarás; te encomiendo esa misión. Vigilarás las salidas y si la ves no te separes de ella hasta que yo llegue. Necesito estar solo con ella aunque sea solo una vez más y descubrir qué es este sentimiento extraño, nuevo y desgarrador que ha nacido a raíz de su beso.

Nell asintió asustado aún y Kennan, sin saber qué decir, pues era consciente del miedo que causaba la bestia cuando se desataba, se alejó, dejando libre a su amigo.

—Lo siento, Nell. Pero es que tan solo pensar en que Balthazar le ponga una de sus sucias garras encima... o cualquier otro ose hacerle daño, me enloquece —Kennan se sorprendió al comprender el sentimiento de posesión que le embargaba.

Ella era suya, le pertenecía y no deseaba que nadie tuviese la oportunidad de tocarla ni lastimarla. No tenía claro por qué, pero algo en su interior le gritaba que ella era suya. Al reconocer que la deseaba solo para él, un nuevo sentimiento hizo su aparición: los celos.

Celos al pensar que estaba ahí abajo encerrada con más frágiles, que tenían la posibilidad de tocarla, hablar con ella, incluso atreverse a besarla... y eso de repente le hizo perder el control de nuevo.

Piedras de gran tamaño volaron ligeras hasta hacerse añicos contra el suelo, contra los árboles... se sentía fuera de control y le desagradaba. Él nunca perdía el control. Trató de calmarse, dando grandes bocanadas de aire, pero nada parecía apaciguarle.

—Calma, hermano, yo protegeré a la Frágil si es tan importante para ti — escuchó la voz de Nell, preocupada y seria.

—Lo es... —reconoció a su pesar—, al menos hasta que descubra por qué tengo la necesidad urgente de levantar todas las malditas tapas de alcantarilla de la ciudad y bajar en su busca, de gritar su nombre hasta quedarme sin voz. Repetir su nombre una y otra vez. ¡Alma, Alma! Ese nombre que como ella es pura tentación para mí.

—¡Pues hazlo! Yo te apoyaré.

—Lo sé, pero no debo hacerlo. Recuerda que existe un pacto que hay que respetar, y si lo rompiese, no solo me castigaría a mí Balthazar sino que la destruiría sin pensarlo, y eso es algo que sé que no voy a consentir, aunque aún no tenga claro el motivo.

Nell miraba con compasión a su amigo. Veía en su rostro las marcas del dolor que lo embargaban, era un sentimiento nuevo para ellos: pasión, lujuria, desenfreno, odio... sí. ¿Amor? Estaba prohibido para ellos, un castigo impuesto por Samuel para los que osaron sublevarse.

El sol comenzó a luchar contra la oscuridad, los tonos plateados se entremezclaban con los rojizos y naranjas.

Alzaron el vuelo sin mediar palabra; Nell miraba de reojo a su amigo, parecía más tranquilo y él también. Al menos esta noche Kennan había hablado de lo que le sucedía y ahora Nell podía entenderlo mejor.

Kennan varió el rumbo de su trayecto como cada jornada desde hacía unos días. Cuando la noche abrazaba al amanecer, acudía al lugar indicado, sin faltar a su promesa, ¿desde cuándo los Alas Negras otorgaban valor a eso? Otra locura que hacía por ella. Pero ¿cómo no tener ganas de verla si era única?

El sentimiento de verse reflejado en esos hermosos ojos verdes y no atisbar temor sino deseo hizo que de nuevo ese extraño calor inundase su cuerpo.

De repente, se vio atraído hacia una tapa de alcantarilla, una que no era muy usada por el clan. Detuvo su vuelo sobre ella y se agachó, tratando de escuchar algo que le indicase que ella estaba ahí abajo. Había sentido la fuerza de atracción que de nuevo lo arrastraba sin control. Le hacía imaginar que tal vez ella estuviese ahí abajo, justo bajo sus pies.

Pero el instante pasó, efímero, y frustrado se obligó a alejarse de la tapa antes de arrancarla de cuajo.

Triste por otra oportunidad perdida, elevó el vuelo y, junto a Nell, se dirigió a la guarida a lamer sus heridas.

Capítulo 11

Las primeras luces del alba y el ajetreo por los pasillos avisaron a Alma de que el día ya había llegado. No había conseguido dormir, en parte por el nerviosismo que le causó su extravagante sueño y también por su intento fallido de fuga. Arrastrándose, consiguió llegar al baño, necesitaba una ducha de agua fresca que eliminase las huellas que la horrible noche había dejado grabadas en su rostro, aunque basándose en la imagen que le devolvía el ajado y desconchado espejo, estaba segura de que no había nada que hacer.

La necesidad de escapar se había incrementado, pero no le quedaba más remedio que asearse y seguir con su vida monótona dentro del refugio, por muy miserable que le pareciera en esos momentos.

Desnuda, dejó que el agua fría de uno de los cubos resbalase por su piel. Frotó su larga y oscura cabellera con fuerza y repitió la operación minuciosamente por su esbelto cuerpo, decidida a eliminar de una vez por todas el olor a basura que continuaba impregnando su piel.

Tomó un segundo cubo repleto y lo derramó por su cuerpo para liberarse de los restos de jabón y una sensación límpida la embriagó, relajando sus músculos tensos.

Invadida por la tristeza, no podía dejar de pensar en lo que le costó reunir el valor suficiente para tratar de escapar y descubrir, a su pesar, que de nuevo era presa en su propio hogar. Si había sacado en claro algo de todo eso, era que Armando no la iba a dejar salir aunque se revelase, gritase o patalease. El pensamiento de que lo más conveniente era mantenerse alejada de los Alas Negras y más concretamente de Kennan, culpable de su insomnio, no dejaba de golpearla con insistencia.

Suspiró con fuerza para vaciar su cuerpo de las emociones que la embargaban sin control y se dirigió con paso cansado a realizar las tareas matutinas que le habían sido encomendadas antes de comenzar el entrenamiento.

—¡Alma! ¡Alma, espera! —Una voz familiar interrumpió sus pensamientos.

David la llamaba, pero Alma no deseaba hablar con él. No estaba de humor para aguantar sus bravuconadas, y además el dolor por su rechazo aún escocía un poco.

Continuó su camino como si no lo escuchase, pero David insistió.

—Buenos días, Alma. ¿No me has oído llamarte? —preguntó, tanteando el terreno.

—Sí, te he oído y no, no son buenos días —contestó, sin disimular el enfado en su voz.

—Si me has oído, ¿entonces...? —La cara de David mostraba una sorpresa que Alma no comprendía.

—¿No está claro, David? No deseo hablar contigo.

—¿Por qué?

—¡Porque no!

—Esa no es una respuesta —se quejó.

—Puede, pero es lo único que pienso decirte —Alma sabía que probablemente no estuviese siendo justa en estos momentos con David, pero aún no era capaz de hacerle frente.

No deseaba confesarle que durante mucho tiempo él lo había significado todo para ella y tampoco pretendía contarle cómo se había sentido al averiguar que todo había sido una cruel mentira para no levantar sospechas sobre la verdadera causa de la cercanía; ella era su misión, un objetivo autoimpuesto al que soportar y al que proteger. Nada más.

—Alma... háblame, somos amigos, ¿no? Acaso... ¿no te gustó mi beso? Porque la verdad, parecías estar disfrutando mucho —su tono bravucón solo consiguió enfadarla más.

—¡Eres un imbécil, David! ¡Un idiota consumado y un ignorante! ¡Y puede que me gustara tu beso, aunque no tenía con qué comparar!

—¿Y ahora sí? —su voz destilaba veneno.

Por un instante, que se hizo eterno, Alma observó a David; su rostro añorado, sus ojos color chocolate que ahora no brillaban dulces sino amargos... Parecía triste, confuso, a pesar de lo que creyó sentir, ahora estaba segura de que sus sentimientos, al menos hacia David, estaban muy claros: David no era Kennan.

Solo pensar que todos los años de amistad habían sido falsos, tantos secretos contados, tantos temores confesados... le revolvía el estómago.

Su mirada se volvió suspicaz mientras esperaba ansioso una respuesta, Alma lo sabía con certeza, pues los continuos golpes de su pie contra el suelo rocoso eran una pista más que suficiente. A partir de ese instante debía ser

más cuidadosa con lo que decía, había metido la pata por no meditar sus palabras antes de hablar y no había que subestimar a David que, a pesar de los insultos que le había regalado, era muy suspicaz e intuitivo y la conocía muy bien.

—Llego tarde a realizar mis tareas —musitó mientras se daba la vuelta y continuaba su camino. Debía alejarse de él, no deseaba contestar su pregunta porque sabía que si la forzaba su lengua se soltaría y le diría cosas de las que luego se arrepentiría.

De repente, una molestia aguda le atravesó el brazo, que ahora permanecía preso por los fuertes dedos de David, que con un brusco tirón hizo que girarse como si fuese una peonza, dejándolos cara a cara. Observó los ojos del joven, que despedían chispas enfurecidas... estaba enfadado, pero eso no asustaba a Alma, que había sido partícipe y espectadora en primera fila de sus estallidos de mal humor incontrolados.

—¿Qué has querido decir, Alma? ¿El beso de ese Alas Blancas te gustó? —siseó mientras apretaba su brazo con más fuerza.

—¡No es asunto tuyo lo que sucedió entre él y yo! Suéltame, David, o tendré que obligarte.

David la miró con suficiencia y sonrió travieso, causando más enojo a Alma, que de repente sintió un pesar que inundó su estómago y la hizo notar que a David le gustaba tenerla a su merced, algo en lo que hasta ahora no había reparado, tal vez por su ceguera con él, y eso la asustó.

Confundida y sin saber muy bien qué hacer, dio un fuerte tirón para alejarse de su agarre, pero David la sostenía con fuerza y no sirvió de nada, salvo para lastimarle más el brazo.

—Está bien, ¡te lo has ganado por imbécil! —advirtió Alma.

David la miró socarrón, esperando una respuesta que no llegó y que fue sustituida por un fuerte rodillazo entre sus dos largas y musculosas piernas, fulminándolo.

—Alma... me las... pagarás —amenazó David desde el suelo, postrado sobre sus rodillas. Sus manos agarraban sus genitales lastimados y de sus ojos brotaban pequeñas lágrimas.

Alma sonrió al verlo doblarse de dolor; en momentos así los músculos no servían de nada.

—Lo siento, David, pero te has pasado de la raya y me has hecho daño —se excusó, mostrándole el brazo con la huella de sus dedos marcados para justificar su acto.

David no dijo nada, aunque tampoco podía pronunciar con fluidez, maldecía en su interior mientras impotente observaba alejarse a Alma, que caminaba hacia el huerto a realizar sus tareas y no se molestó en mirar atrás, lo que no impidió que notase la mirada furibunda que David le dedicaba a su espalda.

Cuando llegó al huerto, dispuesta a cuidar de las plantas y a asegurarse que crecían sanas, lo primero que hizo fue buscar con la mirada a Claudia y Adriana, las echaba de menos y necesitaba verlas, sentir que estaban ahí, pero no fue capaz de encontrarlas.

Decidió centrarse en sus tareas limpiando el huerto de malas hierbas, arrancando las hojas estropeadas o enfermas y dejar que su mente saturada se liberase por un instante.

La semana pasaba tranquila y aburrida como siempre. Alma no volvió a saber nada de David y lo prefería, aunque en el fondo sentía lástima. Pero bastante tenía ya con Kennan, que se había adueñado de su mente y sus pensamientos. Tal vez era otro poder de los Alas Negras, te envenenaban la mente y solo podías pensar en ellos y sentir algo... por ellos. Era un infierno esa necesidad que tenía de él, como una sed que no era capaz de apagar con nada.

Solo encontraba algo de paz y diversión a la hora de la comida, con Adriana y Claudia parloteando sin cesar, distrayéndola de sus propios pensamientos y contagiándola de su felicidad. Tan solo podía sonreír mientras las escuchaba fantasear sobre cómo querían que fuese su primer beso y ella, no podía dejar de pensar en el segundo: el beso de Kennan.

A veces dudaba y se planteaba contárselo a sus amigas, pero esas mismas dudas le hacían oscilar sobre a quién preguntar o dónde buscar información. Al menos, los días pasaban, y ella seguía siendo ella y no un despojo.

—¿Sabéis mucho de los Alados? —interrumpió Alma la conversación animada que estaban teniendo ese mediodía.

—Un poco —contestaron Claudia y Adriana al unísono.

—Supongo que como todos —se encogió Claudia de hombros—, pero tú los has visto. Al menos a los puros —sonrió.

—Sí, pero llevaban capuchas y apenas les vi el rostro —contestó Alma, tratando de sonar indiferente—. Bueno, no hay mucho que decir, son todos iguales, como clonados —continuó para restar importancia—. Altos, fuertes, hermosos, de ojos color caramelo y con el pelo tan amarillo que parece desteñido por los propios rayos del sol.

—¿Todos son iguales? —preguntaron ambas con ojos soñadores.

—No hay diferencias entre ellos —sentenció Mayko, uniéndose a la conversación.

—¿No sentís curiosidad? —preguntó, para no dar el tema por zanjado.

—¿Por ellos? Pues no sé... Quizás, pero mejor mantener las distancias —dijo Mayko seria—. Son peligrosos.

—Pero... se supone que ellos nos ayudan a sobrevivir —protestó Alma.

—Eso quizás fuese antes, ahora sus filas están mermadas y solo cuidan de las almas puras y de que Balthazar no gane más terreno —explicó Mayko.

—Balthazar... —musitó Alma.

—Sí, el primer Alas Negras. Él ha esperado su oportunidad durante siglos y ahora parece que la venganza está cerca. La otra noche escuché a los chicos hablar sobre lo peligroso que es ahora estar arriba. Todos los alados andan como locos buscando una llave.

—¿Una llave? —preguntó Adriana.

—Sí, una llave. Pero no sé más —contestó Mayko encogiéndose de hombros.

—Yo he oído a David hablando esta mañana con Armando. Han dicho que van a salir esta noche. Las cosas están mal. Hay algunos Alas Negras desesperados —susurró Claudia.

—Hay algo que no comprendo. ¿Por qué no entran aquí? —preguntó Alma en voz baja.

De repente tres pares de ojos la miraron confusos, como si hubiese dicho algo tan lógico que por serlo había pasado desapercibido.

—No lo sé, tal vez... ¿no pueden? —sugirió Adriana.

—Me pregunto qué tendrá de especial este sitio. No creo que las pesadas tapas de las alcantarillas sean un obstáculo para ellos.

—La verdad es que nunca se me ha pasado por la cabeza, pero tienes razón, ¿por qué no entran en las cuevas? —intervino Claudia.

—No lo sé, lo he pensado y no consigo llegar a ninguna conclusión —bajó la voz más aún, mientras miraba nerviosa en todas direcciones.

—Tal vez haya algo que los mantenga alejados... —musitó Adriana.

—¡Alma! —las interrumpió una voz—. Armando te espera.

—¿Qué has hecho? —preguntó Claudia con la mirada asustada.

—¡Nada! ¡No he hecho nada! —se defendió.

—¡Suerte! —dijeron todas al unísono mientras Alma se levantaba y seguía a Nicolás, el joven que había ido a buscarla.

—¿Sabes qué ocurre, Nico?

—No puedo hablar de ello —contestó con aire militar, y Alma pensó que solo le había faltado cuadrarse... era raro verle con sus ojos aniñados y la cara llena de pecas vistiendo el uniforme de guerrero.

—Ya, lo supongo, aquí no se puede hablar nunca de nada, ni se sabe nada, ni se puede salir... sin una orden de Armando —se quejó de nuevo, hoy era el día de las reivindicaciones.

—Bueno, él es el líder —dijo de forma natural.

—¿Y quién lo eligió? —refunfuñó—. ¡Yo no!

Nico, como era de suponer, no contestó, por lo que Alma no se llevó una gran sorpresa.

Sabía que era la tónica general en los túneles, y hasta ahora no le había molestado ni importado cómo eran las cosas; era su hogar, y Armando lo más parecido a un padre que había tenido, ya que como de costumbre, nadie nunca había querido hablarle sobre su verdadero padre. Ella siempre lo aceptó todo sin rechistar y ahora, de repente, le parecía que todo estaba del revés.

La necesidad de libertad era cada vez mayor, la necesitaba para poder estar con él de nuevo, aunque solo fuese una vez más, y tener la posibilidad de averiguar qué había de real en sus palabras, en su beso. Cerciorarse de que en realidad él sintió el beso con la misma intensidad que ella, y sobre todo deseaba averiguar si Kennan la echaba de menos tanto como ella a él. Se había introducido en su organismo, logrando que lo necesitase casi como precisaba el aire o el agua para vivir. El estómago le dio un vuelco al evocar su recuerdo.

Estaba frente a la puerta de la estancia que hacía las veces de despacho de Armando y, cogiendo una gran bocanada de aire, llamó a la puerta. Después de unos eternos segundos, la puerta se abrió, y tras ella divisó a David con el ceño fruncido y los ojos cansados. Alma, al verle así, derrotado, olvidó lo que había sucedido entre ellos esos últimos días y deseó preguntarle qué tal estaba y tratar de recuperar algo de lo que habían perdido en el último tramo de camino, pero él la interrumpió antes de que pudiese decir nada.

—Pasa, Alma, mi padre... digo, Armando, llegará ahora —la voz de David sonó seria, al igual que la expresión sombría de sus ojos.

—Da igual. También es tu padre.

—No mientras estoy de servicio —masculló.

—Como quieras.

—¿Se pude saber qué demonios te pasa, Alma? —preguntó David malhumorado—. Hace unos días estábamos genial, éramos buenos amigos,

me gustabas, te gustaba... Nos besamos, ¡joder! Y ahora huyes de mí, te enfadas y me atacas... —le recriminó.

La frustración le inundaba. Tenía la certeza de que la estaba perdiendo, y no sabía cómo remediarlo, estaba completamente seguro de que la culpa era de ese Santurrón que puso sus sucias manos sobre ella. Ahora, por culpa de sus malditas ganas de salir, ella había cambiado tanto como para atacarlo.

—No, no te atacué —se defendió—. Todavía tengo la marca de tu mano alrededor de mi brazo, si quieres te la enseño —se justificó mientras le apuntaba con un dedo acusador.

David vio la marca de sus dedos en su brazo y no le gustó. A veces le resultaba tan fácil perder el control sobre sí mismo cuando esa ira, que él trataba de manejar, se expandía descontrolada por todo su cuerpo haciéndole perder el poder de decisión sobre sus actos.

—Lo siento si te hice daño, no lo pretendía; es solo que me siento impotente, no entiendo qué te ha pasado. No debiste salir nunca... ¡ese maldito Alas Blancas! Algo allí arriba te ha cambiado —su tono era frustrado mientras se pasaba una mano por la nuca.

—No, David, nada arriba me ha cambiado. Simplemente escuché algo que no debía y que me hirió.

—¡Pues dime de una maldita vez qué ha pasado! Al menos no estaré todo el día volviéndome loco tratando de saber qué te ha ocurrido. Si te han hecho algo... no puedo seguir así, no estoy concentrado y al final van a herirme... —Ahora su voz sonaba preocupada.

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué?

—Por la misma razón que vosotros me ocultáis tantas otras cosas.

—¿Como por ejemplo? ¡Yo nunca te he mentido! —aseguró mientras se cruzaba de brazos.

Alma enarcó una ceja, enfadada. ¿Cómo podía mentirle de forma tan descarada?

—Está bien —dijo para ponerle a prueba—. ¿Por qué ellos no pueden entrar aquí?

—Sí pueden —contestó David, y esa muestra de sinceridad pilló a Alma con la guardia baja.

—Entonces, ¿por qué no lo hacen?

—Hay un pacto y hasta ahora lo están respetando.

—¿Qué pacto y por qué?

—De eso no puedo hablar.

—Lo imaginaba. Nunca podéis hablar. Pero vosotros lo sabéis todo y a los demás nos mantenéis al margen.

—El único que puede informarte es Armando, pregúntale a él.

—¿Hay alguna forma de acabar con ellos?

—Nosotros no podemos matarlos, pero sí hay una forma de paralizarlos. Si hieres a un Alas Negras y sobre la herida pones polvo de un Alas Blancas, la herida se infecta y tarda mucho en curarse. Eso los deja fuera de juego y ocurre lo mismo con un Alas Blancas; lo llaman polvo de Alado.

—¿Por qué enferman?

—No lo sabemos.

—¿Por qué no podemos salir de día?

—Sí podemos, yo salgo todos los días.

—Replantaré la pregunta: ¿por qué yo no puedo salir todos los días? — Alma estaba cansada de que la tomaran por tonta.

—¡Ya puedes retirarte, David! —tronó la voz de Armando, enfadado.

David acató la orden sin rechistar y se alejó de Alma de mala gana, sin apartar su mirada de ella. Alma le observó, parecía abatido y a la vez furioso, como cada vez que regresaba sin noticias de su madre, aunque no podía estar segura; probablemente en esta ocasión fuese por lo que había escuchado de su conversación con David.

—¿Qué sucede? —osó Alma preguntar.

—¿Qué ocurrió fuera? ¿Por qué saliste sin permiso? —la riñó Armando con aire paternal.

—Quiero encontrar a mi madre.

—No estás lista para salir, es muy peligroso, Alma.

—Regresé sana y salva, así que supongo que sí que estoy lista. Si no quieres que salga sola, llévame contigo.

—Hacemos todo lo que podemos para encontrarla, y te recuerdo que regresaste gracias a que llegamos a tiempo.

—Me las hubiese apañado. Además, no es suficiente, Armando, ¿cuánto tiempo ha pasado? Yo te lo diré; ¡diez meses y cuatro días! La echo de menos... —musitó entre sollozos, no soportaba más la tensión y se rompió como un delicado cristal.

—Y yo también, Alma... —susurró, y pudo ver en sus ojos que era verdad—. Alma, no salgas sola, por favor, es importante que por ahora permanezcas aquí abajo, a salvo.

—Pero, Armando, ¡quiero saber por qué! —exigió derrotada.

—Ya lo sabrás a su debido tiempo. Cuando estés preparada.

—Estoy cansada de escuchar lo mismo una y otra vez, Armando, muy cansada.

—David me ha dicho que estás enfadada con él.

—Sí, lo estoy.

—¿Puedo saber por qué?

—A ti te lo diré, pero prefiero que él no lo sepa —Armando asintió—. Sé que solo soy para él un objetivo, una misión. Os escuché la otra noche.

—Alma.

—No, no importa, no te disculpes. Es solo que creía que éramos amigos, pero al parecer nada de lo que sé es verdad.

—Todo es muy complicado, y parece que nada está bien, pero al final todo se aclarará.

—Eso espero —fue su escueta respuesta—. ¿Puedo irme?

—Sí, puedes retirarte.

—Armando —le llamó—, voy a salir cuando quiera. Espero no tener que luchar con ninguno de los chicos; sabes que no hay ninguno que pueda hacerme frente cuando llevo mi espada, así que te agradeceré que no me lo pongas difícil.

—Alma, no debes.

—Lo sé, a pesar de todo... quiero —dijo con firmeza, quería que le quedase claro que ya no podía impedir que saliese.

—¡Está bien! Supongo que no puedo prohibírtelo. Pero, entonces, quédate esto —le ofreció una pequeña bolsa.

—¿Qué es?

—Una bolsa de polvo de Alado. Es una mezcla de ambos. Así nos aseguramos de acertar y no perdemos tiempo. A veces es nuestra única oportunidad, y recuerda, si te ves en una situación difícil métete bajo tierra, siempre. Ellos aquí no entran.

—Gracias, Armando —agradeció mientras cogía la bolsa—. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Alma.

Alma salió de la habitación aún más confundida que cuando había entrado, se encaminó hacia su rincón, necesitaba pensar y poner en orden las ideas, ese caos interno que la dominaba en los últimos días.

No deseaba pensar mal de Armando, al fin y al cabo, se suponía que él solo deseaba cuidarla. Sin embargo, no le había puesto pega a su advertencia de salir, y eso no le había dado buena espina.

Capítulo 12

Alma respiraba profundamente mientras, incrédula, sostenía la pequeña bolsa oscura que contenía el polvo de Alado entre sus manos. Quedaban aún muchas horas para que la oscuridad llegara a su fin, y ya temblaba de expectación.

Deseaba verle, sentir de nuevo su helada piel junto a la de ella, más cálida.

Llevaba sopesándolo un largo tiempo, y ahora había encontrado por fin la fuerza para decidirse, a pesar del miedo que le causaba descubrir si lo que Kennan sentía por ella era falso o tal vez algo insignificante que su mente se había encargado de engrandecer, no deseaba que pasara otro día más sin verle.

Había transcurrido una semana eterna, en la que no había dejado de evocar el encuentro una y otra vez, de anhelar con una fuerza sobrecogedora sus besos y de imaginar las palabras tiernas que Kennan le susurraría confesándole que la había extrañado tanto como ella a él.

Las palabras de Armando otorgándole permiso con su silencio para salir afuera resonaban en su cabeza mientras se dirigía a su cueva. Una vez allí, se colocó la ropa que usaba para los entrenamientos. Si alguien la veía a esas horas deambulando, mejor que creyese que estaba de guardia.

Se aseguró de colocar escondida en una de sus botas altas una pequeña daga, la misma que su madre le regaló al cumplir los catorce años. Guardó con cuidado la bolsa con polvo de Alado que Armando le había dado en un bolsillo que la cazadora con capucha llevaba en su interior, cerca de su corazón. Para finalizar, recogió su larga y oscura melena en una cola alta y dejó que las guedejas se rizaran perezosas sobre su espalda. ¡Ya estaba lista!

No, no lo estaba. Sentía como las rodillas le temblaban por lo que iba a hacer; salir de nuevo en la oscuridad, sola y con la seguridad de que todo el exterior estaría plagado de despojos.

Lo peor de todo era que en realidad deseaba encontrar al más peligroso de ellos, y sabía con certeza las amenazas que la podrían acechar. Por desgracia, ahora sabía cómo de sanguinarios podían llegar a ser los despojos; pero también había aprendido una lección importante: si jugaba bien sus cartas alguno de ellos le proporcionaría información que sería incapaz de conseguir encerrada dentro de los túneles.

Se colocó la capucha y buscó la salida más lejana del campamento sin saber hacia qué parte de la ciudad la dirigiría. Su respiración estuvo agitada todo el trayecto, durante el que intentó pasar inadvertida ocultándose en las sombras. Con la fortuna a su favor llegó hasta la trampilla sin ser vista y que, por suerte, no estaba vigilada.

Después de un largo rato tratando de abrir la maldita puerta que le regalaría un soplo de aire fresco, al final la condenada cedió y rugió agonizante, antes de mostrarle un cielo donde los colores rojizos y anaranjados perdían su fuerza para dar paso a los violetas y plateados que comenzaban a brillar suaves entre las centelleantes estrellas.

Cerró la trampilla con el mismo esfuerzo que había usado para abrirla y al otear a su alrededor descubrió una parte de la ciudad totalmente desconocida para ella, aunque eso no era nada raro, pues no conocía mucho del que había sido su hogar cuando fue una niña.

Apenas tenía cuatro años de edad cuando todo se derrumbó y la mayoría de sus recuerdos habían sido introducidos de forma artificial a través de las historias que los mayores del clan narraban para que los jóvenes no olvidaran y de las crónicas detalladas que su madre le contaba acerca de su casa y de sus amigos, que le narraba una y otra vez para ayudarla a no olvidar.

Le hablaba de todo, excepto de su padre; achacando que el recuerdo era muy doloroso, y no tenía la fuerza necesaria para soportarlo.

Lo primero que llamó la atención de Alma fue un edificio ennegrecido, seguramente a causa de un gran fuego. Algunos de los árboles que aún quedaban en pie morían lentamente, dejando sus miembros enmudecer sobre los socavones del asfalto agujereado.

En esta parte de la ciudad todo estaba desollado también, nada se había librado del desastre, apagando los colores brillantes y reinando los claros y oscuros.

Alma respiró profundamente para infundirse valor y se colocó la capucha sobre la cabeza. Deseaba pasar desapercibida, no necesitaba tener problemas, tan solo averiguar cómo era la situación real de la que nadie quería hablarle. Aunque por lo que veía, era desoladora.

Estaba segura de que si se encontraba con despojos no iba a tener problemas. Ahora no la pillarían desprevenida, al menos le quedó claro cómo actuar. Pero si se topaba con un grupo de Alas Negras y Kennan no se encontraba entre ellos, las cosas podían volverse complicadas para ella.

La brisa era fresca y húmeda. Caminaba despacio, empapando su mente de todo lo que observaba. Quería recordar cada detalle para poder después situar en su mente un plano de lo que había encima de cada trampilla de salida.

La calle permanecía desierta y no sabía cómo interpretarlo, ¿sería normal? Se sentía desconcertada por la falta de actividad, por lo general siempre escuchaba a los chicos hablar de lo movidas que eran las noches ahí arriba.

Siguió su camino, sin tener muy claro cómo se las iba a apañar para llegar al sitio donde había quedado con él. Con su Alas Negras, ese ser tan atractivo era capaz de hacer magia, convirtiendo el frío en calor.

Al pensar en Kennan, las mariposas volvieron a batir sus alas con furia, las rodillas de nuevo le fallaron y un profundo suspiro de expectación escapó de su interior. Las mariposas aletearon malhumoradas, ahogándola con sus alas por no tener la misma suerte del suspiro.

—No deberías andar sola en la oscuridad. Es fácil perderse en ella, dejarse engatusar... la noche tiene un encanto del que carece el día, y es que guarda los secretos de todos, arrojándonos con su penumbra y dejando al descubierto bajo la luz de la luna tan solo los que deseamos que salgan a la luz —susurró de repente una voz oscura y sensual.

Alma sintió la garra del miedo paralizándola, su respiración se transformó en jadeos y se giró precavida, con los brazos cruzados bajo el pecho en un acto inútil de protegerse y evitar que le arrancasen el alma para poner en su lugar un borrón oscuro.

Se encontró con un chico alto, aparentemente de unos dieciocho años de edad. Sus ojos eran negros como la noche al igual que sus ropajes, desvelando que era un Alas Negras. Su rostro era atractivo como ya suponía que sería, de rasgos angulosos, nariz algo aguileña, cejas separadas y ojos rasgados, casi orientales. Su sonrisa era penetrante, atractiva y a la vez amenazadora.

—¿Quién eres? —preguntó en vez de echar a correr.

—Al parecer, soy tu niño esta noche —dijo, sin ocultar que ella no era de su agrado.

—¿Mi niño? —preguntó, sorprendida.

—Sí, esta noche mi misión es cuidar de ti.

—¿Quién te lo ha ordenado?

—Eso a ti no te importa —contestó airado.

—¡Sí! ¡Sí me importa!

—Está bien, te lo diré de otra manera, Frágil. ¡No voy a decírtelo! —contestó, ahora enfadado.

—Esto es el colmo... ¡sois todos unos imbéciles! Da igual que seáis humanos, Alas Blancas o Negras, sois unos dementes. Engreídos, orgullosos, vanidosos y un sinfín de calificativos que me voy a guardar. Porque sino estaría aquí toda la noche sin hacer nada más —resopló, cansada de que todos se creyesen con derecho a ocultarle todo.

—¿Tantos insultos conoces? —preguntó burlón.

—Créeme, la lista es interminable —le retó, con las manos en las caderas.

El Alado se rio a carcajadas, incrédulo. ¡Sí que tenía valor esa Frágil! No le extrañaba que Kennan se sintiese atraído por ella, parecía... diferente.

—Quítate la capucha —ordenó curioso.

—No —negó con una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

—Solo quiero ver tu cara. No me obligues a arrancártela yo mismo.

—¿Para qué?

—Para ver a cuál de los dos te pareces —soltó de repente.

El sentimiento que embargó a Alma al advertir el sentido de sus palabras fue semejante al que hubiese sentido si un cuchillo afilado le rebanase el cuello.

«¿A ver a cuál de los dos me parezco? ¿De qué habla? ¿Conoce a mi madre y a mi padre?»

Alma sopesó la situación. A pesar de sentirse sorprendida, debía tratar de controlar su ansia. Si ese extraño Alas Negras, que por lo que presumía conocía a sus dos progenitores, advertía su nerviosismo y su ignorancia, perdería la única oportunidad de averiguar cualquier cosa, por pequeña que fuera.

Con un movimiento suave de la mano, apartó la capucha de su cabeza, dejando que cayese hacia la espalda y permitiendo que la luz de la luna bañase su rostro.

El Alas Negras se acercó a ella, despacio. El frío lo envolvió todo a su alrededor, incluyendo a Alma, que de repente se sintió abandonada en mitad de la nieve y sin más abrigo que su propia piel desnuda.

Desconcertada porque el Alas Negras la miraba de forma curiosa, como si fuese una pieza de exposición y porque los dedos de él tocaban su mejilla cálida, fue incapaz de hacer o decir nada. Cuando la caricia terminó, le giró el rostro para poder contemplarla mejor.

Alma esperaba nerviosa; la gélida caricia le había recordado a Kennan y las malditas mariposas agitaban sus alas desordenando su interior.

—Sin duda tus ojos son los de ella. Por el color, la forma y la fuerza —musitó, y sus ojos mostraron el impacto que Alma le había causado.

—¿Conoces a mi madre? —su voz temblaba de la emoción.

Él asintió.

—Te pareces a ella —sentenció—. No podía creerlo, pero Kennan tenía razón.

«¿Kennan? ¿Habla de mi Alas Negras?»

—¿En qué? —dijo tratando de sonar tranquila sin mucho éxito.

—En que eres puro fuego —susurró demasiado cerca para su gusto—. Mi nombre es Nell.

—Soy Alma —susurró.

—Lo sé —su tono estaba lleno de suficiencia, y se apartó de ella bruscamente.

—Sí, parece ser que todos saben quién soy, pero yo no tengo ni puta idea de nada —la voz de Alma resonaba en la noche, furiosa, y Nell se giró de nuevo para contemplarla.

Ella era puro fuego, no solo por su comportamiento osado e inconsciente del peligro, sino porque en realidad era capaz de hacer notar calor a los fríos Alas Negras.

—Te han tenido al margen por tu bien, supongo... aunque yo no soy muy partidario de tantos secretos —ahora su tono se había vuelto más... amigable.

—¿Tú puedes responder mis preguntas?

—Sí, podría —se encogió de hombros, indiferente.

—¿Sabes dónde está mi madre?

—Sí, sé dónde está Laya.

—¿Dónde? ¿Entonces sigue viva? ¿Está bien? —el ansia la consumía.

—Está bien. Pero, por ahora, no puedo decirte dónde.

—¿Por qué?

—Porque ella no desea influir en tu decisión.

—¿Qué decisión?

—Ya lo entenderás.

—Todos dicen lo mismo.

—Porque es la verdad —dijo sin más.

—¿Y eso me lo dice un Alas Negras? —preguntó con sorna.

—Es cierto que a veces embaucamos y forzamos las situaciones, que somos rastrosos, ambiciosos y muchas cosas más. Pero también somos libres

y no acatamos órdenes de los Santurrones. No tengo ningún motivo para mentirte, solo es que no puedo adelantarme a los acontecimientos.

—Sabes, Nell, no entiendo nada. ¡Absolutamente nada! En realidad, ¿qué deseáis los Alas Negras? ¿Para qué toda esta destrucción?

—La destrucción de la Tierra no ha sido nuestra culpa, han sido los Frágiles los que no han sabido cuidar el planeta. Nosotros solo hemos aprovechado la situación.

—Pero... Armando siempre dice que vosotros asolasteis la tierra —su voz sonaba ahora confundida.

—Nosotros no, los humanos.

—Los despojos... —susurró, cayendo en la cuenta—. Armando dice que los despojáis de todo rastro humano.

—Tan solo se revela su verdadero ser. Ellos son conscientes del mal que hacen, y su alma se alimenta de ese mal. Eso hace daño a Samuel y feliz a Balthazar.

—¿Por qué Kennan tiene el pelo rojo y los ojos verdes?

Nell sonrió de nuevo. Era un chico muy atractivo, sus ojos se rasgaron más al sonreír, otorgándole un aspecto inocente, casi angelical.

—Kennan es superior —dijo orgulloso.

—¿Superior? —preguntó—. ¿Qué quieres decir?

—¿Tampoco sabes nada acerca de grados de poder? Desde luego los Frágiles han hecho un gran trabajo al tenerte sumida en la más profunda oscuridad.

—Tan profunda, al parecer, como el agujero donde resido —protestó enfadada.

—Kennan es un Arcángel, igual que Adriel. Ellos son del mismo rango, solo que de bandos opuestos.

—Arcángeles... ¿Y eso significa...? —inquirió de nuevo.

—Su poder es mayor. Ellos tienen la fuerza suficiente para controlar al resto. Pueden someternos y además pueden acabar con la vida de otros Alados.

—Entonces, ¿vosotros podéis morir? Pensé que erais inmortales.

—¿De dónde crees que sale el polvo de Alado? —confesó, como si fuera algo obvio que ella había sido incapaz de relacionar.

—¡Está claro que no sé nada! —se quejó apesadumbrada.

—Lo sabes todo, Alma, es solo que todavía no has despertado.

—¿Hasta cuándo tienes que hacer de niñera? —preguntó, ahora más relajada.

—Hasta ahora. Se acabó tu turno. ¡Largo, perro! —resonó una voz fascinante.

Ante la vista de Alma apareció una chica. Resplandecía con su melena color ébano a juego con sus ojos. Su traje contenía a duras penas las curvas sinuosas de su cuerpo. Era realmente extraordinaria.

—¡Cierra la boca, Frágil! —espetó—. Ya te acostumbrarás.

«¿Que cierre la boca? ¿En qué momento la he abierto?»

—Lo siento, es que eres tan... hermosa —musitó avergonzada—. ¿Te conozco? —preguntó Alma de pronto.

—No lo creo hija de Laya.

—Me resultas familiar. Como si hubiésemos sido amigas.

—Olvídalo, Frágil, y calla. No me gusta tu voz —respondió seria.

—No voy a irme, Lydia —replicó Nell—. Tengo ordenes de Kennan, no deseo enfurecerlo. Aún recuerdo lo que le sucedió a Caín.

—Pero ¿está bien la muñequita o la han roto de nuevo?

«¿Habla de mí? Es una imbécil».

—Es legal, Lydia —intervino Nell cuando Alma iba a protestar.

—Como su madre —habló en tono despectivo.

—¡A ella no la menciones, Alada engréida! —replicó Alma con una furia inesperada. De nuevo se sentía invadida por esa extraña furia, igual a la del sueño, y una extraña tensión en su espalda apareció de nuevo.

Nell y Lydia la miraron un instante, sorprendidos, no estaban acostumbrados a que un Frágil, solitario y desarmado, les plantase cara.

—Tiene agallas, desde luego. No quería ofenderte, Alma —se disculpó Lydia.

—¡No podrías aunque quisieras! Tu opinión me trae sin cuidado. Pero no te permito que menciones a mi madre —escupió Alma, furiosa todavía.

—Yo también la echo de menos... —susurró, dejándola desconcertada—. ¡Vamos al punto de encuentro! Kennan me ha dado órdenes precisas. Vamos, Nell, nos toca caminar —comentó sin más.

Alma se mordía la lengua mientras sufría por todo aquello que deseaba preguntar, gritar y discutir. Pero la verdad era que anhelaba tanto ver a Kennan que no le importaba que la guiaran al fin del mundo.

Kennan... le gustaba tanto cómo sonaba su nombre que no dejaba de repetirlo en su cabeza y sentirlo en el corazón, así que decidió aislarse imaginando una vez más el reencuentro que por fin tendría lugar en pocos minutos.

Capítulo 13

Alma caminaba detrás de ellos, nerviosa. Miraba en todas direcciones tratando de averiguar si realmente aparecería, dónde y cómo. Jamás en su corta vida había sentido una ansiedad parecida, el deseo por verle la consumía. Recordó sus labios acercándose a los suyos, la reacción de su cuerpo, extraña para ella y tan diferente de lo que sintió cuando los labios de David y los suyos se rozaron.

—Creo que también lo sabe, que lo ha visto.

De repente las palabras de Nell la sacudieron, obligándola a prestar atención.

—¿Has visto a Adriel? —preguntó Lydia—. Es a ti, Frágil. ¡Oye! ¡Regresa a este mundo! —gritaba mientras chasqueaba los dedos frente a su cara.

—Perdona, ¿qué decías? —disimuló Alma.

—Que si has conocido a Adriel —repitió Lydia—. Adriel, ya sabes, pelo color plateado, ojos del color del hielo, muy guapo, un cuerpo para lamerlo entero y con el defecto de ser un Santurrón.

—¡Ah, ese! Sí, lo he visto.

—¿Te ha tocado? —continuó Lydia con el tercer grado.

—¿A qué te refieres?

—Nada. Una tontería, él nunca lo haría. Es uno de los puros.

—No tan puro... —murmuró entre dientes.

—¿Qué quieres decir? —interrumpió Nell. Parecía furioso y en su rostro había un expresión de agresividad parecida a la que vio en Kennan tras luchar contra los despojos para liberarla.

—No solo me tocó, también me besó —en ese momento Alma se arrepintió de sus palabras.

—¡Vaya! Eso no me lo esperaba. ¡Sí que están desesperados! Mejor que Kennan no lo sepa —comentó.

De repente, la marcha se detuvo en seco.

El paraje era extraño, no había destrucción ni caos; para variar estaba lleno de vegetación, los árboles resplandecían y todo alrededor rezumaba vida. Un antiguo pozo de agua se situaba en el centro de ese maravilloso lugar, dándole armonía al conjunto.

Alma se acercó a él, maravillada por lo hermoso que era. La estructura de piedra y madera estaba coronada por una cúpula de pequeños trozos de piedras en diferentes colores y adornada con un puntero que, supuso alguna vez, habría acomodado en él una veleta.

La piedra estaba bastante bien conservada; el cubo de madera no había tenido la misma suerte y yacía en el suelo, desmadejado.

—¿Que no sepa qué? —resonó una voz profunda y sensual a su espalda.

El cuerpo de Alma reaccionó ante el sonido de esa voz que tanto había añorado. Comenzó a buscar en cualquier dirección hasta que, al fin, frente a ella, lo vio: Kennan se alzaba a unos centímetros del suelo, majestuoso.

Su pelo rojizo resplandecía, recordándole las llamas del fuego, el mismo que en ese instante la derretía. Sus ojos verdes como dos esmeraldas centelleaban y las alas negras relucían plateadas gracias a la luz de la luna. Era deslumbrante y así se sentía: completamente fascinada. Se obligó a cerrar a boca de nuevo.

—Ha conocido a Adriel —soltó Lydia de repente.

Kennan la miró furioso, pero tan solo un instante. Su expresión ahora era más diabólica.

—¿Te ha tocado? —preguntó con voz letal.

—¡No! —contestó Alma tratando de no dejar que le afectase su expresión hostil.

—¡Mientes! —siseó—. No lo hagas. ¡No a mí!

Alma se quedó en silencio sin saber cómo actuar, Kennan pareció advertir la incomodidad que la embargaba.

—¡Marchaos! —ordenó.

—¿Estás seguro? —preguntó Lydia.

—Sí.

Lydia levantó el vuelo de mala gana y Nell antes de irse se acercó a Alma y le besó la mejilla.

—Encantado de conocerte, Alma —susurró de nuevo muy cerca de su boca.

Antes de que la joven pudiese sentirse incómoda por la cercanía, Nell salió disparado hacia atrás. Alma no entendía lo que sucedía, hasta que vio la

mirada de Kennan inyectada en sangre y sus rasgos deformados por el odio. Él lo había empujado, y Nell había salido lanzado al instante.

—Lo siento, mi Señor... —se disculpó Nell, tratando de recuperarse del golpe.

—No ha sido nada, Nell —intervino Alma.

—¡Nadie toca lo que es mío! —rugió Kennan enfurecido.

—Lo siento, mi señor... —volvió a disculparse Nell.

—No soy tuya, ni de nadie —protestó, mientras se posicionaba frente a él, haciéndole frente. Algo sin sentido por su parte.

Él podría hacerla añicos con una mirada, pero su cuerpo y su mente se mantenían ajenos a esa obviedad. Estaba furiosa por su forma de tratar a Nell, no había actuado con ninguna maldad a pesar de su naturaleza.

—¡Sí, lo eres! Solo que todavía no lo sabes... —susurró Kennan con voz penetrante a escasos centímetros de su boca.

—No. Al parecer, todavía no sé muchas cosas —replicó de nuevo.

—Lo sé. Por eso te enfrentas a mí. Y por eso no te lo tengo en cuenta —su voz sonó tan bravucona que de nuevo la encendió.

—Me enfrento a ti porque no entiendo tu comportamiento. Nell no me ha hecho nada, Kennan.

Sus ojos se dilataron por la sorpresa. Un destello brillante cruzó por su mirada. Kennan no podía dejarse llevar por la ira, al fin y al cabo ella no sabía toda la verdad.

—¿Sabes, Alma? Me gustas... mucho —siseó mientras se acercaba a ella de nuevo, dejándola paralizada en el sitio—. Me gusta que te enfrentes a mí, que no me temas y me encanta porque eres.

—¿Puro fuego? —acabó la frase por él. De nuevo su mirada era traviesa.

Estaba tan próximo a ella que su frío lo envolvía todo, incluido su cuerpo. Era curiosa la sensación cuando exhalaba; el vaho se volvía visible gracias a la atmósfera gélida que la rodeaba. Sin embargo, dentro de ella había un volcán en plena erupción, por sus venas la burbujeante lava recorría todo su interior. Sentía la boca seca, ansiosa por probarle de nuevo.

Sus manos, grandes y suaves, se ciñeron a su cintura y acariciaron la espada de Alma de abajo arriba; después le quitó la capucha, dejando su rostro al descubierto.

Primero deshizo el peinado, dejando que la melena rebelde y despeinada cayese libre por la espalda. Alma cerró los ojos, la sensación de sus manos sobre su cuerpo era tan placentera.

—Me gusta ver tu pelo suelto —susurró junto a su oído, y posó sus labios fríos sobre la sensible piel del cuello. Dejó en él un suave beso, dulce, tranquilo y pausado. Después, otro y otro más.

Alma no pudo contener sus sensaciones, dejando escapar un tímido jadeo.

—¿Te gusta, Alma? —la voz de Kennan era como el suave terciopelo.

—Sí, Kennan... me gusta —contestó sin aliento.

—A mí también. Me encantas. No sé qué tienes, pero me has hechizado. He intentado creer que era simplemente porque no te había hecho mía. Pero la verdad es que no he dejado de pensar ni un solo instante en volver a verte. Incluso se me pasó por la cabeza romper el pacto y bajar ahí abajo para sacarte de ese agujero infecto.

—También he pensado en ti —confesó, sin poder evitarlo.

Kennan la miró de nuevo a los ojos y Alma sintió su cuerpo febril. Era muy apuesto, sus ojos brillaban, su sonrisa traviesa acentuaba su hoyuelo, sus labios carnosos y suaves que ella ya había besado... invadida por una sensación desconocida, alzó la mano y rozó con los dedos su boca, estaba muy fría y suave.

Eso era Kennan; un Dios del inframundo tallado en mármol, igual de sobrecogedor, igual de frío, pero con vida.

Kennan cerró los ojos y disfrutó del momento, se dejó llevar por su contacto, que encendía en él un sendero cálido que perduraba tatuado en la piel por donde ella lo tocaba. Ese calor que había ayudado a su escasa paciencia a no perder el control y a entrar en los túneles para raptarla y enardecer la guerra entre ambos bandos. Su cuerpo temblaba, albergaba un nuevo sentimiento desconocido para él hasta el momento que lo hacía sentirse unido a Alma. Necesitaba permanecer junto a ella y no era capaz de averiguar qué era.

Alma se elevó, poniéndose de puntillas, y le besó en el mismo lugar donde apenas unos segundos antes habían estado sus dedos, advirtiendo que la zona estaba menos fría que el resto de su piel. Posó un beso suave y dulce.

Sus manos la estrecharon con fuerza, haciendo que su cuerpo se fusionase con él sin espacio siquiera entre ambos para el aire. Repentinamente, desplegó sus alas y de nuevo se elevó del suelo con ella entre sus poderosos brazos.

Las manos de Alma se enredaron en su cuello y profundizó el beso. Buscó su lengua con desesperación, necesitaba sentir de nuevo su sabor impregnando su cuerpo, llenando su alma.

Ante el contacto tan íntimo, las manos de Kennan enloquecieron y la acariciaron con deseo. Alma las notaba en su espalda, en su cintura,

acariciando justo la zona debajo de sus pechos, que ahora clamaban turgentes por el deseo. Sintió que la ropa era un obstáculo abismal y deseó que las manos de Kennan se deslizaran por debajo de las prendas y acariciaran su piel desnuda. La imagen se hizo muy real en su mente, que dibujó a ese ser perfecto con el cuerpo desnudo enredado con el suyo.

Kennan no podía detenerse, sus manos necesitaban saciarse del deseo que ella provocaba, apropiándose de caricias y prodigándole otras a cambio, aunque eran egoístas, pues lo único que pretendía era que las formas de su cuerpo permanecieran grabadas en las palmas de sus manos.

Las caricias consiguieron que Alma gimiese, abrazándolo aún más fuerte, su lengua se adentró más en el interior de Kennan, tratando de no dejar ni un solo rincón sin saborear. Él sintió que iba a estallar en miles de cristales helados, arrasado por el calor que ella despertaba en él. Debía tratar de detenerse, si no la desvirgaría ahí mismo, sobre el pozo. Su entrepierna palpitaba furiosa y hambrienta. El anhelo no se había apagado con los besos o caricias, al contrario, Alma estaba consiguiendo que le faltara el aire y tuviese más ganas de poseerla.

Alma se sintió extraña. De repente creyó que su cuerpo podría romperse. La espalda le dolía con mucha intensidad justo en la zona de los omóplatos. Le faltaban el aliento y la razón. Estaba sumergida en la vorágine descontrolada de deseo que Kennan despertaba en ella. Agarró con fuerza la cabeza masculina entre sus manos y se obligó a alejarlo de ella, no sin esfuerzo, pues luchaba contra el potente anhelo de tenerlo cerca y el dolor que ahora mismo la partía en dos.

El frío se intensificó en el momento en el que Kennan dejó de besarla.

Alma estaba muy excitada, no podía dejar de jadear; lo necesitaba, quería más de él, pero no debía continuar porque apenas lo conocía. No podía entregarse a él así sin más.

Agotada, apoyó a frente en la barbilla de Kennan, obligándose a mirar hacia abajo, cerrando los ojos para calmarse y concentrándose en insuflar aire a sus pulmones.

Kennan era incapaz de hablar. Dejó que el tiempo pasara para tratar de apaciguar el huracán de lava que Alma había despertado en él. Se sentía desarmado. Ella le había vencido con un simple beso, al mejor de todos los Alas Negras invicto hasta ese momento.

Después de unos segundos, Alma pensó que estaba en condiciones para enfrentarse de nuevo a su mirada, y cuando la buscó, se encontró con sus ojos

aún cerrados y tratando de respirar con normalidad. Al parecer, no era la única a la que ese contacto había afectado.

—Ha sido... —comenzó Alma— muy intenso.

—Puro fuego, Alma. Eso eres para mí —su voz ronca por la pasión la sorprendió. Su mirada parecía triste, tal vez se había arrepentido.

—Lo siento. Si no quieres no volverá a pasar —musitó triste ante la posibilidad.

—No debería pasar, pero lo deseo. Y no puedo decir que no volverá a pasar, porque ocurrirá.

—Parece que eso te molesta. No ha pasado nada. Solo un beso. Se puede olvidar —dijo contrariada.

—¡No! No lo olvidaré porque no ha sido solo un beso —estaba enfadado porque lo había convertido en un ser débil al que le temblaban las rodillas. Si no hubiese ocurrido en el aire, probablemente sus piernas no hubiesen sostenido su peso.

Alma sabía que Kennan tenía razón. No había sido solo un beso, pero creyó que lo mejor era dejar todo como estaba. Las alas de Kennan se extendieron más, era mágico.

—¿Puedo tocarlas? —preguntó.

Él asintió con la cabeza y las acarició antes de perder la ocasión. Eran suaves, pero fuertes, y sintió al tocarlas en sus yemas una pequeña descarga que la sorprendió.

—Es normal —dijo sonriendo—, se cargan de electricidad. Por el roce contra la atmósfera seca y fría —aclaró—. ¿Por qué te has escapado? —inquirió.

—No me he escapado. Armando estaba avisado de mis intenciones.

—No, hoy no. La primera vez.

—Necesitaba salir de ahí, respirar aire. Tratar de averiguar qué le ha sucedido a mi madre.

—Ella está bien.

—Sí, eso decís todos. Pero, entonces, ¿por qué no da señales de vida? ¿Ya no le importo?

—Por ahora no puede ponerse en contacto contigo.

—¿Sabes? Nadie me dice qué demonios sucede. Me cuentan historias, pero todo parece inconcluso, me dan datos, pero todos parecen incompletos o erróneos. Nell ha sido el único que ha arrojado algo de claridad a mi oscuridad. No se merecía que lo trataras así.

—Ha sido instintivo, nadie toca mis cosas.

—¡No soy tu cosa! —exclamó contrariada.

—Tienes razón. No he sabido comportarme. Supongo que es algo parecido a los celos de los Frágiles.

—No deberías sentirlo. Nell no supone una amenaza. Tú sí.

—¿Yo? —dijo sorprendido.

—Sí, tú. Causas estragos en mi cuerpo.

Su mirada y su sonrisa complacida hablaron por sí solas. Estaba encantado.

—Me gusta que sientas eso. Ven, sentémonos —descendieron suavemente y se sentaron en aquel hermoso pozo—. Los Frágiles, desde siempre, han arrojado monedas a los pozos pensando que estos les concederían deseos. Pero, no es así. Los deseos los concedemos nosotros.

—¿Los Alas Negras? —preguntó sorprendida.

—No. Los Alados en general. Depende del deseo, unos u otros.

—¿Por qué la lucha?

—Es la venganza de Balthazar hacia Samuel por no elegirle.

—¿Desde cuándo están enfrentados?

—Ya no recuerdo desde cuándo, desde siempre, supongo. Samuel no puede poner fin a la contienda porque la balanza debe estar de un lado u otro. Siempre ha beneficiado a los Alas Blancas. Pero, ahora, esperamos que se incline a nuestro favor consiguiendo la llave.

—La llave... he oído hablar sobre ella, pero ¿qué abre?

—La puerta de la Sala de los Alas Grises. Están encerradas bajo llave, en un lugar que solo conocen los Tres Poderosos.

—¿Quiénes son los Tres Poderosos?

—Samuel, Altair y Balthazar.

Alma abrió los ojos, expectante, le gustaba la conversación.

—Después de que Balthazar abandonara a los Alas Blancas y creara su propio reino, los Alas Blancas y los Alas Negras luchaban incansables por tratar de mantener la balanza a su favor. En algunas ocasiones, los enfrentamientos entre ambos bandos eran inevitables. Balthazar se sirve de su poder sobre nuestras almas para imponernos órdenes, aunque haya veces que no estemos de acuerdo con ellas.

—¿No podéis negaros?

—No, nuestras almas le pertenecen. Nos domina, ¿entiendes?

—Sí, perdéis vuestra voluntad. Esa es la esencia del alma.

—Exacto. Como le sucedió a Mar. Era una Alas Negras que cometió el error de enamorarse de un Alas Blancas.

—¿Eso puede ocurrir? —preguntó interesada.

—Las almas gemelas son escasas, pero existen. Cuando se encuentran, nada las puede separar. Gael y Mar coincidieron en una contienda y, cuando se vieron, corroboraron que eran el uno del otro; su búsqueda había terminado, al fin sus almas estaban unidas de nuevo.

—Eso es hermoso —susurró.

Kennan asintió y continuó.

—Balthazar sospechaba de la relación que tenían Gael y Mar. Quería comprobar hasta dónde llegaba su poder sobre las almas que convertía. Quería asegurarse de que su ligadura era incluso más fuerte que el amor verdadero. Así descubriría dos cosas a la vez: su poder y lo que ocurría con los cuerpos de los Alados cuando su alma abandonaba su cuerpo para siempre. Balthazar obligó a Mar, dándole la orden de capturar a Gael. El alma de Mar y su cuerpo fueron incapaces de desobedecer la exigencia dada por Balthazar, revelarse contra su amo; el pacto era firme y su lealtad inquebrantable. Sin desearlo pero sin poder luchar a contracorriente, buscó a Gael y en una batalla sin resistencia por parte de él, lo venció y le hizo prisionero frente a su amo. Para Balthazar, que Mar luchase contra Gael y le venciese no fue suficiente. Quería conocer hasta dónde llegaba la sumisión de sus almas, así que le ordenó a Mar algo todavía más complicado y doloroso: acabar ella misma con la vida de Gael. Mar no pudo enfrentarse a Balthazar, revelarse contra su mandato, y así Mar acabó con la existencia de su amado.

—Pero eso es horrible —murmuró Alma con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, lo fue. Mar quedó destrozada por ser la culpable de esa desgracia, consumida a partes iguales por la rabia y el amor. Esa pérdida la transformó en un alma peligrosa, apática y destructiva. Se sumió en un mundo de indiferencia. Nada le importaba ya. Ni la vida ni la muerte, alegría o tristeza, ni el amor ni el odio... no quedaba nada sin su compañero que le importase. La culpa por no haber tenido la fuerza necesaria para resistirse a Balthazar y el dolor por la pérdida de su mitad la convirtieron en un ser peligroso sin miedo a nada, porque ya no tenía nada más que perder. Sin temor a desaparecer porque, de todas formas, ya no habría nunca más un hogar para ella sin él.

—Puedo entender ese dolor... —musitó de nuevo. Su mente evocaba el recuerdo de esa muchacha llorando la pérdida de su amado—. Continúa, por favor.

—Balthazar tuvo miedo, esa alma era algo único, peculiar. Dotada de un color extraño, no era blanca ni negra, se tornó gris, una combinación de las

dos.

—¿Eso puede suceder? —interrumpió de nuevo Alma.

—Al parecer, sí.

—¿Qué ocurrió después?

—Mar desapareció. Se alejó dejando todo atrás. Balthazar no pudo hacer nada. El alma de Mar al transformarse no le obedecía, no era la misma con la que había sellado el pacto, y este, impotente, la dejó marchar. Esa esencia llegó a la tierra y, enloquecida, comenzó a transformar otras almas. No le importaba si eran luminosas u oscuras, solo sentía deseos de coleccionarlas y las cogía indiscriminadamente. Muy pronto, hubo un pequeño ejército de Frágiles con las almas grises, llenos de apatía, aburrimiento e indiferencia hacia todo y destructivas. Dañinas y malévolas, más incluso que las negras. Esta nueva raza de almas grises marchitaba todo a su paso y a todos.

—¡Una maldición! —espetó Alma llevándose las manos a la boca.

No podía dejar de mirar y escuchar a Kennan, por primera vez en años alguien hablaba con ella y le facilitaba datos que desconocía. ¿Cómo había sido tan conformista hasta ahora?

—Sí, estaban condenados. Los Alados, desesperados por el rumbo extraño y destructivo de las Almas Grises, volvieron a ser uno solo, pactándose una tregua mientras durara la caza de las Almas Grises. En esos días, Balthazar trabajó codo con codo con su padre y su hermano como al principio, cuando no había diferencias. Para acabar con una Alma Gris, se necesitan dos Alados. Uno de cada bando. Samuel pensó que tal vez su hijo ahora lo escuchase, después del daño que había ocasionado no solo a los suyos, sino a todas las almas; humanas y aladas. Pero no fue así. Samuel advirtió a su hijo, le dejó claro que después de esa única advertencia no habría más, a partir de ese día Balthazar tendría que asumir las consecuencias de sus errores y este acrecentó más su odio hacia su padre. Es tal la fuerza de las almas gemelas que por eso son tan valiosas y escasas, por lo peligrosas que son. Pero en algunas pocas ocasiones sucede que aparece un alma tan fuerte que es capaz de dividirse en dos.

—Y, ¿cómo pretende Balthazar liberarlas?

—Para el ritual de la Sala Gris, será necesaria la presencia de las Tres Almas y la llave —Kennan calló, el silencio los rodeaba y Alma no era capaz de decir nada.

Era capaz de vislumbrar con claridad la escena. Mar tratando de no luchar contra Gael y a la vez sin poder resistir el impulso a hacerlo. Por un momento, a Alma le pareció tan real como si estuviese allí, y pudo sentir incluso a Gael;

su amor era puro y sincero y prefirió dejar que ella cumpliera con el pacto sin oponer resistencia. ¡Él lo haría todo por ella, todo! Incluso entregar su alma, su vida, su cuerpo. Era su otra mitad, la que lo completaba.

—¿Estás triste? —preguntó Kennan, sacándola de su estupor.

—Sí, lo estoy. Es algo triste. ¿Por qué Balthazar es tan cruel?

—Solo era joven e impetuoso, y necesitaba ponerse a prueba. Desde aquella ocasión, no ha vuelto a hacer algo similar.

—¿Quiénes son las Tres Almas?

—Balthazar y Altair son dos de ellas. La tercera, es un misterio.

—Todo es un enigma... ¿Y la llave?

—No lo sé —mintió—, solo que la custodian los Frágiles.

—Por eso nos dejáis en paz.

—Así es. ¿Tienes frío?

—El frío lo provocas tú.

—Claro, soy incapaz de producir calor. Soy un Ser Oscuro.

—¿Eres un Arcángel?

—Sí. ¿Te lo ha contado Nell?

—Le pregunté por qué algunos sois diferentes... —explicó, encogiéndose de hombros para restarle importancia.

—Claro, olvidé que has visto a Adriel. Ese perro.

Había metido la pata de nuevo. Ahí estaba esa mirada escalofriante que transformaba su rostro atractivo en el de un ser vil. Alma pudo ver cómo una extraña y a la vez familiar bruma le cubría las manos.

—Esa bruma... —susurro para ella misma.

—¿Qué sabes de la bruma? —preguntó Kennan, olvidando el odio que sentía hacia Adriel.

—Nada. Yo... Solo un sueño... En él aparecía la bruma.

—¿Un sueño o una visión?

—¿Visión? No. Yo no tengo el Don. Aunque no estoy segura de nada. Vi a Adriel el Alas Blancas con el pelo color plata y los ojos azul hielo.

—¿Te tocó?

—Es curioso, él me preguntó lo mismo. Dijo que olía a Frágiles, despojos, basura y a Alas Negras. Especificó queapestaba a ti.

—¿Pero, lo hizo? —Su voz de nuevo era furiosa.

—Si te refieres a si me besó, sí. Pero quédate tranquilo, no me gustó. Ya tuve bastante para un solo día contigo, David y él.

—¿David?

—El hijo de Armando, el jefe del clan.

—El Frágil que te besó por primera vez... —murmuró serio.

—Bueno... pensé que sí, hasta que tú me besaste —su lengua suelta contestaba con franqueza todas sus preguntas.

Kennan alzó una ceja de manera inquisidora.

—Su beso no significó nada. Y el de Adriel tampoco —sus manos se posaron en su pecho para dar más credibilidad a sus palabras.

—¿Y el mío sí?

—Todo... Tu beso lo significa todo, pero no sé por qué. Todo esto es de locos —confesó, cerca de su boca.

—Sabes que esto no será fácil, ¿verdad?

—Lo imagino.

—¿Y estás preparada para todo lo que se avecina?

—No lo sé. Cuando llegue el momento, repíteme la pregunta.

—Ya casi amanece. He de irme.

—Quiero dar una vuelta, tratar de encontrar a mi madre.

—No lo hagas, es peligroso, Alma. De día no puedo protegerte.

—No necesito otra niñera más. Ya me has puesto dos.

—Solo quiero que estés bien, pero no te hagas ilusiones; soy un ser básicamente egoísta y ese sentimiento hace que te proteja por mi propio bien, no por el tuyo.

—Bueno, supongo que después de todo es una forma de verlo. Parecéis diferentes de lo que me han hecho creer.

—No somos tan sanguinarios.

—No, no es eso. Es que parece que tenéis sentimientos.

—Los tenemos, diferentes a los de los Santurrones, pero los tenemos. Si vuelve a tocarte, ¿me lo dirás?

—¿Quién, Adriel? No lo hará.

—Créeme, lo hará. Y espero que lo haga; así le partiré su bonita cara con más voracidad.

—Es guapo, pero como todos. Todos lo sois, al final aburre tanta perfección. Mira a Lydia, por ejemplo, no podía cerrar la boca ni dejar de mirarla.

—Sí, ese efecto lo suele causar con frecuencia. No sabes cuántos Santurrones han pecado con ella —Alma lo miró sorprendida por la confesión—. También tienen necesidades y debilidades —explicó divertido—, y Lydia es una de ellas.

—¿A ti... te gusta?

Él sonrió.

—¿Estás celosa? Me encanta.

—No lo estoy... —dijo sonriendo, porque lo estaba.

—Deberíamos despedirnos. La noche llega a su fin, en un instante la oscuridad abrazará a la luz.

—Y yo abrazaré la oscuridad —susurró mientras lo besaba.

Se enredaron de nuevo en un beso largo, intenso y delicioso. El corazón de Alma iba a mil por hora, de nuevo estaba excitada y el dolor en la espalda reapareció.

—¿Qué ocurre? —preguntó al notar que algo malo le ocurría—. ¿Estás bien?

—Sí, es solo... que siento la espalda tirante y dolorida cada vez que te beso —él le besó suavemente la frente de Alma y cerró los ojos.

Aunque no lo deseara, debía alejarse antes de desvelar más de lo que ya había revelado.

—Debo irme, pequeña. Recuerda mis besos. Recuérdame a mí —ordenó.

—No hace falta que me lo pidas, no puedo deshacerme de ti ni un instante. Mi mente se empeña en recrearte una y otra vez.

—No es frecuente, para los Alas Negras al menos, pero supongo que el deseo que me consume por ti es lo que más se parece al amor.

—No me importa. Eso me basta.

La besó de nuevo en la punta de la nariz, desplegó sus alas y desapareció.

Alma se quedó sentada en el pozo, contemplando el fondo oscuro que se negaba a revelarse y cayendo en la cuenta de cuántas preguntas habían quedado sin respuesta. Entre ellas si se acabaría convirtiendo en un despojo.

Vio brillar un pequeño trozo de metal, que bien podría haber formado parte de alguna moneda, la cogió y pensó un deseo.

«Que todo salga bien», deseó, y lanzó el trozo de metal al fondo.

Esperó en silencio tratando de oír el ruido metálico del fragmento al dar contra el fondo, pero ese sonido no llegó hasta sus oídos.

Se levantó cansada y dudó si regresar a su hogar o dar una vuelta por la ciudad en busca de más pistas sobre el paradero de su madre; después de un escueto debate interno, tratando de discernir por qué decantarse, pensó que ya que estaba ahí arriba, mejor merodearía por la ciudad, o por lo que quedaba de ella.

Capítulo 14

Vagabundeaba tranquila por los rincones que la aterrizaraban de noche, los más apartados y descuidados, sin hallar ningún rastro de vida. Los humanos parecían haber desaparecido por completo de la faz de la tierra. Algunos contenedores albergaban aún las ascuas de los fuegos que durante la noche los habían alimentado, se preguntaba si los despojos serían capaces de prender un fuego, pero debía reconocer que nada de lo que creía que conocía había sido acertado. Y en lo que más había errado había sido en la imagen que tenía de los Alas Negras. Todo era un triste despropósito.

Pensaba embargada por la tristeza que nunca nada volvería a ser igual.

Se agachó y observó lo que quedaba de algún animal con el que los despojos se habrían dado un buen festín. El olor que despedían los restos orgánicos le provocó una arcada y, por más que trató de averiguar a qué animal pertenecían, no fue capaz.

Se levantó, prosiguiendo con su escrutinio, y al topar su mirada con los muros del callejón, vio que estaban repletos de inscripciones borradas, corazones rotos, nombres sin terminar.

Miraba con añoranza lo que no había tenido oportunidad de conocer. Le hubiese gustado tanto vivir fuera de los túneles, cuando el mundo era un hervidero de vida.

—¿Otra vez has salido?

La voz la asustó, había sonado dura y fría. Con el corazón alerta, temiendo quién se ocultaba tras la voz, se encontró con la mirada de hielo de Adriel.

—Buenos días, Adriel —saludó, tratando de sonar tranquila.

El Alado se sorprendió por el saludo y Alma, al verle con la cara descompuesta, sonrió. Le gustaba verlo desconcertado por una vez, ese Alas Blancas tenía exceso de confianza y orgullo. Era un Alas Blancas, ¿no? ¿Entonces dónde andaba escondida su modestia?

—Buenos días, Alma. Siento haber sido tan tosco el otro día —ahora su voz era más dulce.

—Tosco, presumido y prepotente. Creo que te has equivocado de bando, deberías sopesarlo.

Él sonrió. Aparte de ser hermosa, tenía valor y coraje. No se achantaba, fuera como fuese, iba a conquistarla.

—Eres osada. Desde luego, no tratas de ocultar lo que sientes.

—El exceso de sinceridad me ha ocasionado muchos problemas, para qué negarlo —se sinceró.

Adriel se acercaba a ella con pasos lentos y elegantes cuando, de repente, su rostro se demudó.

—¡Has estado de nuevo con él! —rugió furioso y con el rostro desencajado. Mostraba una agresividad que no correspondía a su naturaleza.

—¡Eso no te incumbe! —replicó, enfadada de nuevo por las licencias que se tomaba.

—¡Hueles a miseria, destrucción y a mal!

—¿Y a qué oléis los Alas Blancas? ¿A pureza? ¿Qué quieres de mí, Adriel? —dijo con tono aburrido, como si no le temiese, como si no estuviese aterrada.

—A ti, ¿qué si no, Alma? Eres mía, me perteneces, aunque todavía no tengas nada claro... pero pronto lo averiguarás.

—¿Dónde está mi madre?

—No lo sé. Solo sé que está a salvo. Como deberías de mantenerte tú. Pero parece que te gusta jugarte la vida.

—Hasta ahora el único que me ha herido has sido tú, con tu forma de hablar y tus amenazas.

Al oír aquello se relajó. Guardó sus alas y caminó de nuevo hacia ella, despacio.

—Lo siento, no pretendía darte esa impresión, es solo que me preocupa que te ocurra algo, ahora que está todo tan próximo... —su voz era apenas un susurro suave.

Alma le miró detenidamente. Era muy atractivo también, llevaba el pelo plateado muy corto, al estilo militar. Sus ojos parecían sinceros, su labio inferior era algo más grueso que el superior.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó acercándose más de lo que Alma deseaba.

—Eres atractivo, como todos —escupió con voz monótona, carente de emoción.

Las manos de Adriel se apropiaron de la cintura de Alma y a ella esa sensación le desagradó. Él no era Kennan.

—Por favor, no me toques así otra vez.

—¿Y él sí puede? —de nuevo su voz era gutural.

—¡A ti no te importa!

—¡Me importa si me está robando lo que me pertenece!

—En ningún momento he dicho que me interesaras.

—No es necesario —contestó mientras posaba su boca sobre la de ella sin previo aviso.

Alma trató de resistirse, empujándolo con las manos, golpeándole el pecho, los hombros... pero no conseguía moverle ni un ápice, sus intentos eran inútiles.

La boca de Adriel regaba de besos su cuello, su cara y sus labios mientras sus manos le acariciaban la cintura y la espalda. Alma sintió asco, la misma repulsión que le provocó ese contenedor infecto donde tuvo que guarecerse. No deseaba tenerle cerca ni que la tocara o besara, pero no era capaz de deshacerse del musculoso Alas Blancas. Cansada de luchar y no conseguir nada, se rindió y comenzó a suplicar.

—Por favor... —sollozó al sentir que no era capaz de hacer nada para quitárselo de encima—. Déjame, no quiero que me beses. ¡No me gusta tu contacto!

Adriel, al escuchar las palabras llenas de llanto y repulsión que provenían de la boca que adoraba, se apartó herido, la miró un instante y comprobó a su pesar que la semilla del odio había germinado en su alma, en estos momentos odiaba a esa Frágil por rechazarle, por preferir a otro de menos valía.

Alma observaba cómo Adriel se alejaba. Caminaba hacia los escombros, buscando algo con la mirada que recogió una vez halló. No sospechaba qué era lo que había recogido, pues no podía verlo con claridad, pero era algo flexible que iba moldeando con las manos.

Una vez frente a Alma, Adriel cogió su brazo y colocó la pieza un poco más abajo de su hombro.

Exclamó por la punzada de dolor que sintió en la zona, intensificada cuando la mano de él apretó el improvisado brazalete sobre la piel.

—Es lo más apropiado para ti —sonrió malicioso—. ¡No, espera! Aún falta un detalle más.

De nuevo le perdió de vista un instante, otorgándole su oportunidad para escapar, o al menos intentarlo, si hubiese sido capaz de mover los pies del sitio.

—¡Ten! ¡Cógela y abrázala! —ordenó mientras le daba el objeto.

Alma sollozó desconsolada. Era muy cruel.

El brazo de Alma estaba adornado por un brazalete hecho de alambre con espinas y Adriel la obligaba a abrazar la calavera de alguien que una vez estuvo vivo, pero del que quedaba tan solo su cráneo sucio.

—¡Ahora estás perfecta! Abrazando la eternidad y arropada por el dolor que causará tu elección.

Sus palabras frías la lastimaban. Abrazó con fuerza la calavera para demostrarle que no sentía repulsión alguna. Puede que fuese una Frágil, pero no sentía que hubiese en ella nada de fragilidad.

Desplegó sus alas y pensó aliviada que se iba, que se había cansado de jugar con ella. Pero, de nuevo, estaba equivocada, la agarró de la cintura y alzó el vuelo.

Alma pateó y gritó, tratando de que la soltara. Prefería caer y morir que estar entre sus brazos.

—Tú no eres un Alas Blancas. ¡Maldito Santurrón! ¡Eres un maldito hijo de perra! ¡Déjame! ¡Suéltame! —chilló—. ¿Adónde me llevas?

—¡Te vienes conmigo! Eres mía, ya te darás cuenta. Pero mientras, te mantendré a salvo. Parece que no sabes cuidarte y vas a dejar que ese perro de Kennan lo estropee todo.

—¡No soy tuya! ¡Déjame! ¡Suéltame! —insistió en vano.

—Aprenderás a amarme. Yo puedo dártelo todo: un hogar, protección y amor. Él no puede darte nada de eso.

—Él me da mucho más que eso. Me respeta a pesar de ser un Alas Negras y me valora. ¡Tú, no! ¡Déjame! ¡Ahora mismo! —gritó de nuevo. Pero todo parecía inútil.

—Crees eso porque estás bajo su influjo. El muy cerdo te ha besado, ha roto el pacto. Ahora estoy en mi derecho.

Cuando Alma comprendió que no tenía ninguna intención de soltarla, dejó de luchar, se relajó y decidió que lo más conveniente era guardar sus fuerzas para cuando encontrase una oportunidad de escapar.

Capítulo 15

Alma se refugió en su mente, perdiendo la noción del tiempo, por lo que no fue consciente de cuánto transcurrió, tan solo se concentró en recordar a Kennan: sus besos, sus manos sobre su piel, sus palabras... lo que provocaba que las lágrimas resbalasen por su tez cayendo al vacío junto con cada recuerdo.

Cuando por fin abrió los ojos, observó que estaba en la cúspide de una montaña que se alzaba solitaria. Su elevación era escarpada y peligrosa, con senderos naturales estrechos rodeados por el mar. Un lugar al que solo se podía llegar si disponías de alas.

La fortaleza se alzaba majestuosa, blanca al igual que ellos y con altas torres punzantes. Los tejados de las almenas eran del mismo color azul hielo que los ojos de Adriel.

La llevaba a su hogar.

¿Una Frágil en la fortaleza de los Alas Blancas? No había escuchado nada similar nunca.

Pensó de nuevo en Kennan y trató de adivinar si su hogar sería como el de los Alas Blancas, pero bañado por la oscuridad.

Cuando estaban próximos a la fortaleza, Adriel le puso una mano en la boca, obligándola a permanecer en silencio mientras rodeaban el castillo. Alma supo que algo iba mal, muy mal, peor de lo que había pensado en un principio. Adriel no deseaba que nadie supiera que estaba allí. Y eso la puso en alerta.

Después de rodearlo, llegaron hasta la parte de más difícil acceso, donde varias atalayas más altas y estrechas estaban derruidas. Adriel se acercó a una de ellas, y Alma comenzó a patear con fuerza, en un nuevo intento de soltarse del amarre seguro que el Alado ejercía sobre su cintura; no le importaba caer y quedar atravesada por las punzantes rocas, cualquier cosa era preferible a estar en manos de ese Santurrón.

Adriel se detuvo, ignorando las protestas de ella, le gustara o no sería suya, no permitiría que el apestoso Alas Negras, y mucho menos el

insignificante Frágil, tuvieran la oportunidad de arrebatársela; ella le pertenecía.

Atravesó con cuidado, con ella todavía entre sus brazos, una estrecha y pequeña puerta de una de las torres que servían como prisión, aunque no habían sido utilizadas con frecuencia. Alma observaba impotente cómo ese rastrero hijo de puta la obligaba a entrar en esa mazmorra.

La torre aledaña estaba destrozada, sin duda por alguna incursión enemiga, lo que le dio ánimos. ¡Kennan podría sacarla de allí! Si supiera dónde encontrarla.

La pesada puerta de metal crujió al ser empujada con fuerza. Alma, tras las rejas, observaba absolutamente todo. Adriel asomó la cara con rictus serio por la pequeña ventana de rejas.

—Lo siento, Alma, no deseaba traerte a tu hogar en estas condiciones, pero no me has dejado otra elección. Hasta que entres en razón y descubras la verdad, permanecerás aquí. No pierdas el tiempo en gritar, nadie te oirá. Esta zona del castillo está desierta. Nadie vendrá, excepto yo y, créeme, no me gustará oírte gritar —su voz era amenazante.

Adriel se marchó de allí y dejó a Alma sola. Se llevó las manos a la cabeza desesperadamente sin saber qué hacer. Pataleaba, empujaba la pesada puerta una y otra vez para tratar de desencajarla de sus goznes, gritaba enloquecida... Nada sirvió.

Era demasiado débil, pero no se rindió, continuó luchando y tratando de que aquella maldita puerta cediera, hasta que los brazos no resistieron más. La impotencia la hizo desplomarse sobre sus rodillas, acariciando el suelo terroso con las manos.

La sensación de desgarró en su espalda apareció de nuevo y un sentimiento de furia superior a todos los que había sentido hasta ese momento la nublaba. Adriel era el causante de ese dolor y ese sentimiento de venganza que no era capaz de controlar gracias a su captura.

«Por tu bien», le había dicho.

Estaba loco si pensaba que esa era la forma más adecuada de conseguir lo que se proponía, lo único que había logrado era que lo odiara por encima de todas las cosas. El recuerdo de sus besos y sus asquerosas manos sobre su cuerpo hicieron que instintivamente se llevase las manos al rostro para, con movimientos exaltados, limpiarse los restos de lo ocurrido.

Lloró. Lloró desconsoladamente. La habían atrapado los buenos... ¡Qué ironía! Ahora nadie sabría dónde estaba. Sin duda, Armando pensaría que su

desaparición la habrían orquestado los Alas Negras y estarían tras una pista equivocada. Supuso que Adriel habría contado con ello.

Cansada, se derrumbó en el suelo y, llevándose las manos al pecho, abrazó con fuerza la calavera que aún conservaba en sus manos; le faltaba el aliento.

Solo deseaba volver a verle. Lo necesitaba. Él era lo que siempre había buscado, lo que la complementaba. No quería pasar más tiempo alejada de él, deseaba refugiarse en sus fuertes brazos, que la besara con dulzura, le acariciase con suavidad el cabello y la amase aunque no pudiese tanto como ella lo amaba a él. Había sido rápido, pero estaba segura de que ese sentimiento que él despertaba en ella consumiéndola con celeridad era amor. Aunque un amor imposible.

Una guerra que estaba perdida de antemano. Él era un Alas Negras y ella una Frágil. Él no podía cambiar lo que era y ella no sería capaz de cruzar a su lado. Los separaba un inmenso abismo repleto de maldad y odio, de lealtad y nobleza. Un abismo que ninguno de los dos estaba dispuesto a cruzar.

A pesar de todo, Alma solo deseaba estar con él. ¿Habría alguna solución? No, la única era entregar su alma a Balthazar, convertirse en una Alas Negras, pero no podía hacerlo. Eso significaría vivir para siempre en un mundo de oscuridad, y su corazón no aceptaba esa posibilidad. No debía, y menos sabiendo que los verdaderos planes de Balthazar eran los de crear un caos mayor liberando a las Almas Grises.

Las preguntas aparecieron de nuevo en su mente, atropelladas, ¿cuántas Almas Grises existían? Si una vez había pedido colaboración para volverlas a encerrar por lo peligrosas que eran, ¿por qué ahora quería desatar otra vez ese infierno? ¿Qué había cambiado? Muchas preguntas sin respuesta. Demasiadas. Todo era confuso, abrumador y estaba tan cansada.

La extraña sensación de encontrarse de nuevo habitando el cuerpo de otra persona la sacudió de repente, su cuerpo era ligero y no pesaba nada.

En su mente aparecía una y otra vez un recuerdo del que no era capaz de desprenderse; esa extraña orden dada por Balthazar.

A pesar de la confusión, dejó que la visión la envolviera y siguiera su curso, sabía por pasadas experiencias que al final no tenía otra opción que dejarse arrastrar y actuar como una mera espectadora mientras se desarrollara lo que fuera que estaba por llegar.

Se relajó y dejó que su cuerpo pasara a un segundo plano.

Algo inquietaba al que habitaba, no podía quitarse de la cabeza el mandato tan extraño de Balthazar. No la orden en sí, sino su actitud.

Era algo normal para él pedirles que acabasen con la vida de algún Alas Blancas, una misión carente de emoción. Pero esta vez había sido diferente, el odio profundo que Balthazar sentía por el condenado era tal, que incluso había traspasado su barrera infranqueable de frialdad.

Llevaba varias horas volando sin descanso hasta que divisó su objetivo desde el cielo. Irlanda era un bulto nebuloso, verde y brillante; parecía un frondoso árbol navegando a la deriva. Había alcanzado su destino.

Posó los pies con suavidad mientras observaba el lugar elegido por su víctima para el encuentro. Observaba el oscuro y sucio callejón mientras se preguntaba por qué un Alas Blancas se habría citado en un lugar tan alejado en plena noche para romper el pacto y arriesgarse a ser capturado. Por una vez la razón estaba de su parte. Podría acabar con él sin levantar revuelo entre los Santurrones.

En realidad, era un Alas Blancas muy osado, y eso llamaba su atención. Deseaba que fuese un oponente digno y le diese algo de trabajo porque, últimamente, todos habían sucumbido con mucha celeridad, y eso hacía que la lucha perdiese emoción.

Mientras analizaba el callejón repleto de contenedores, de los cuales emanaba un olor insoportable, un aroma delicioso, dulce y embriagador llenó sus fosas nasales, saturando sus sentidos.

Al fondo de la calle descubrió una pequeña luz brillante.

Caminaba despacio, permitiendo que el aroma la guiase y sus más bajos instintos tomaron el control de su cuerpo. La dulce fragancia marcaba el camino que ella seguía mientras la bestia ruin cobraba fuerza.

La atracción se semejava a la caza de almas puras. Apoderándose de su cuerpo y su mente, los sentidos de cazadora se dispararon y era capaz de sentirlo, verlo y saborearlo. Sabía que sus ojos se oscurecían cuando la bestia hacía su aparición, al igual que pasaba con los demás, solo que los de ella no se tornaban negros. La bruma bañaba su nívea piel y la invadía una energía oscura que le provocaba tirantez en la espalda, pues sus alas querían desplegarse y arropar como un manto fúnebre a la siguiente víctima.

Solo podía pensar en convertirlo, en tener su esencia dentro de ella. Esa estimulación era lo más parecido al sexo que se permitía sentir.

Se ocultó lo suficientemente cerca para observar y vigilar a aquel extraño ser y no ser descubierta tras un mueble de madera abandonado y carcomido; lo acecharía pacientemente hasta encontrar el momento perfecto.

«¡Destrúyelo!», las palabras en boca de Balthazar inundaron su mente.

El vello de la nuca se le erizó al recordar el tono enfurecido al darle la orden, lo que la obligaba a preguntarse qué habría hecho ese Santurrón para enfurecer tanto al amo.

Una brisa fresca, propia de la noche y de la estación, le trajo la esencia de su víctima reavivando sus ganas por poseerla, las alas se agitaron inquietas clamando libertad, pero deberían esperar, al igual que el monstruo; aún no era el moment.

La misma brisa le regaló un olor diferente, inundando la sombría calle de colores brillantes, su objetivo no estaba solo. Otro aroma se reveló, intenso, pero no tan embriagador, aunque dulce y cítrico como una mezcla de frutas tropicales. ¿La pureza olía a fruta?

Las imágenes de un bosque plagado de naranjos en flor con ese mismo olor cítrico la invadieron, obligándose a no recordar el pasado, la única vez que había logrado bloquear la orden de Balthazar y desobedecerlo; su más oscuro secreto. Nunca se lo había revelado a nadie. Ni siquiera a Lylh, su estimada compañera y hermana en esta oscura vida.

Una figura liviana se elevó por encima de ella, dejando una estela brillante, divisó una figura masculina envuelta en una clara bruma. Era impresionante; no solo por su físico imponente sino por su esencia. El brillo de su alma era el más puro con el que se había topado nunca. Le recordó al brillo cegador del alma de Balthazar, solo que en su versión santa.

Sonrió ante la comparación. Siempre en momentos de tensión el humor la ayudaba a paliar un poco los nervios.

Le observó con mayor detenimiento. Sus alas pugnaban por salir. Como las de ella; así que supuso que la había detectado o que tal vez estaba alerta al saber que estaba internándose en el camino peligroso de la noche.

Era alto, debía sacarle más de una cabeza y su pelo color plata la sorprendió; esperaba ver ese color amarillo desteñido que les diferenciaba. No necesitaba verle sin ropa, aunque sintió el deseo de disfrutar de todos los músculos definidos que ocultaba. Era perfecto, al menos de espaldas.

Él no dejaba de buscar en todas direcciones, inspirando profundamente, llenándose de todos los aromas que lo envolvían, lo que le hizo preguntarse si podría sentirla. Normalmente, los Alados no eran capaces de descubrirla, algo extraño pasaba con su esencia, pues eran incapaces de olfatearla, de ahí que fuese tan buena en acabar con los Santurrones; jugaba con ventaja. Sin embargo, él parecía diferente de todos los demás.

El aire traicionero giró a su favor y él volvió a inspirar. Por un instante dejó de moverse y su cuerpo quedó en tensión. La había detectado, estaba

segura. Aún no tenía claro el lugar donde se escondía, pero sabía sin lugar a dudas que estaba allí, eso eliminaba el factor sorpresa y era consciente de que perdía la oportunidad de ganar esa partida.

Oteó en todas direcciones y tomó una gran bocanada de aire para asegurarse de que en el callejón solo estaba él, ni rastro del otro Alas Blancas. Sin dudarlo, salió de su escondite dispuesta a acabar con su vida. De nuevo había acertado en sus suposiciones.

Él la presentía, por lo que no se sorprendió cuando la tuvo frente a él. Iba a ser un digno oponente a batir. Algo de resistencia y acción para variar le vendrían de maravilla; se estaba malacostumbrando a vencer sin pelear. Sus alas se desplegaron, enormes y luminosas, encontrándose con su magnífica espada desenvainada. Era rápido y ágil, eso le gustaba. Le daría emoción a la batalla.

Desenvainó. Su espada no tenía nada que envidiarle a la suya. Eran del mismo rango, solo que de ejércitos diferentes.

—Así que tú eres la asesina de Alas Blancas —afirmó con voz penetrante.

Su voz la alteró. Era sensual, suave y ruda a la vez. Se imaginó cómo sonaría en la cama bajo su cuerpo desnudo mientras lo cabalgaba con ferocidad. Enseguida se arrepintió, porque él era un Alas Blancas que iba a dejar de existir esa misma noche.

La lucha siguió su curso en silencio, era muy diestro, pero ella también.

Él siguió hablándole con su maravillosa voz. Apenas podía verle el rostro, su niebla lo cubría, al igual que la bruma cubría el suyo. Pero su voz la distraía.

—¿Por qué Balthazar está acabando con los míos? ¿Por qué no hace él mismo el trabajo sucio? ¿Acaso con los años ha perdido su valor? ¿Envía a una mujer a hacer el trabajo de un hombre?

Aquel comentario despertó a la fría bestia que dormitaba en su interior, si en algún momento había tenido la posibilidad de vencerla, acababa de echarla por tierra. Ahora el monstruo había tomado el control y en un segundo había pasado de ir en desventaja a ganar a batalla; lo derribó.

Estaba en el suelo, desarmado. La niebla había desaparecido y ahora podía ver su rostro. Era un hombre muy apuesto y diferente a los demás Santurrones. Había algo en él que lo diferenciaba.

—Acaba conmigo de una vez, ¡asesina! —le escupió a la cara.

—Eso haré —susurró sensual. Trató de meterse en su mente, paralizarlo para adueñarse de su esencia pura, pero era incapaz. Ese Alas Blancas era muy fuerte.

Levantó la espada. Clavaría la afilada hoja en su puro corazón. Lo impregnaría de su maldad hasta que se secase y dejase de existir.

—¡Un momento! —habló—. Me gustaría conocer el rostro de mi muerte.

No era una petición normal pero, ¿por qué no? ¡Que muriese viendo algo hermoso!

—Está bien —asintió—. No debe negársele a un moribundo su último deseo —sonrió sensual.

Disipó la bruma mientras se apartaba la capucha oscura dejando su rostro al descubierto a la vez que su espesa y larga melena se derramaba con una cascada de seda oscura sobre sus hombros.

Su mirada cambió del odio a la sorpresa. Lo vio en sus profundos ojos azules como el hielo.

Él, ¿la conocía? ¿Y ella a él? Había algo en su mirada que le resultaba familiar. Tan diferente a la de los demás. No más ojos amarillos, ni negros, los tenía azules como el hielo puro.

«¿Acaso entre ellos hay también alguien parecido a mí? ¿Alguien con un defecto similar?»

—¿Tú? —preguntó en un susurro.

La conocía, de nuevo estaba en lo cierto, pero ¿quién era? Por más que se esforzaba en averiguar qué había de familiar en aquel rostro, no era capaz de descubrirlo; aun así su mente le gritaba que le conocía. ¿Por qué la miraba de esa forma?

Una combinación entre alivio, paz y felicidad inundaba su rostro. Estaba inmóvil, claramente no iba a atacarla, pero ella a él sí. No dudaría en aprovechar su desconcierto, al parecer mayor que el suyo, para atacarle.

Desplegó sus alas, disponiéndose a aproximarse hasta la víctima y acabar con su esencia pura; le absorbería cada gramo de su exquisito ser y lo dejaría sin vida.

Él seguía inmóvil, petrificado, parecía una hermosa escultura que adornaba el ruinoso callejón.

Se acercó, apresándolo fuertemente, y se dispuso a atravesarlo con la espada. Le regalaría su último beso. Entonces advirtió que sus ojos estaban húmedos. ¿Iba a llorar? ¿Qué demonios...? Eso la desconcertó aún más.

Antes de darse cuenta, su mano estaba acariciando su cara, mirándola con incredulidad. Su piel ardía por el deseo que su caricia había provocado en su yermo y gélido cuerpo. Al igual que una noche hacía mucho tiempo olvidada, en un lejano bosque sombrío.

Desarmada por el recuerdo, no pudo continuar con el ataque. Ese sentimiento la había paralizado. Él no dejaba de mirarla con intensidad, con ese aire de dueño y señor con el que lo hacía Balthazar pero con diferentes matices, él deseaba que le permitiese ser su dueño.

Su mano pasó en un descuido a acariciarle desde el cuello hasta a nuca. Temblaba de arriba abajo.

«¿Ese estúpido Alas Blancas me está desarmando con una ridícula caricia?»

Necesitaba alejarse de él, huir, respirar otra cosa que no fuera su maldito aroma que la excitaba y confundía. La había hechizado, no era capaz ni de pensar. ¡La más letal de las Alas Negras vencida por un imbécil que la acariciaba!

La situación empeoraba, se acercaba a ella demasiado. Debía impedirselo, pero era incapaz; una impotencia absurda la mantenía anclada al suelo. Quería alejarse, pero sus pies se habían clavado en el asfalto y su cuerpo pesaba toneladas. Las alas no podían desplegarse, no podía huir. Solo era capaz de oír el latido ralentizado de su corazón. Iba tan despacio que pensó que se pararía de un momento a otro; trataba desesperada de animarlo a recuperar su ritmo ágil, aunque no obedecía, no le pertenecía en ese momento, su ser al completo pertenecía a ese extraño.

Cada vez estaba más cerca de ella, tanto que podía ver el deseo escrito en sus ojos y la pasión llenando sus labios. Notaba la garganta reseca a causa de la excitación, por primera vez en tantos siglos ese horrible sabor a azufre había dado paso a otro sabor: el deseo.

La respiración se le aceleraba con cada milímetro de terreno que su boca ganaba. Al unísono. La colisión estaba a punto de suceder, no se iba a detener.

El fuego y el hielo, la noche y el día, el bien y el mal, se iban a unir por un instante.

Sus suaves labios acariciaron los suyos helados hasta ese momento. Se iba a derretir, se estaba deshaciendo en miles de gotitas.

El bien ganaba la batalla al mal.

Estaba poniendo su cuerpo entero patas arriba. Notaba los latidos de su corazón a mil por hora, las manos le sudaban, el pecho parecía un volcán en erupción.

«¿Qué demonios me ocurre?», pensaba al sentir que iba a consumirse presa del deseo que ese estúpido Santurrón despertaba en ella.

De repente, lo percibió, algo había cambiado. Dejó de sentir ese hueco vacío en su interior; se acaba de llenar. Miles de mariposas aleteaban furiosamente, llenándolo por completo. Desesperada por el cúmulo de sensaciones que reaparecían con fuerza después de tanto tiempo enterradas en su frío interior, trató de hacer que él se detuviese.

Él se apartó, acabando el suave beso, y su cuerpo reaccionó; no aliviado sino enfurecido porque el roce había concluido. Iba a protestar, a exigirle que apagara el fuego que había prendido, pero entonces él habló.

—Por fin... —susurró—. ¡Al fin te encuentro!

Capítulo 16

El golpe sordo de la pesada puerta al cerrarse sacó de su estupor a Alma. Aún tenía el pulso acelerado por desconocer el desenlace del sueño que la había dejado alterada.

Miró alrededor para comprobar con tristeza que seguía presa en aquella mazmorra.

Adriel, delante de ella, se alzaba majestuoso con el semblante satisfecho por creerse el vencedor de la batalla.

—¿Cómo estás, Alma? —preguntó.

—Estoy retenida por un loco Alas Blancas, ¿cómo crees que estoy? ¿En la *gloria*? —contestó desafiante.

—Aprenderás a amarme. Esperaré hasta que quieras entregarte a mí por propia voluntad —replicó Adriel, convencido de sus palabras.

—¡Nunca! ¿Me oyes? ¡Nunca te perteneceré!

—Ya me perteneces, es solo que no escuchas los latidos correctos.

—No logro entenderlo, Santurrón, ¿por qué un Alas Blancas de tu rango se interesa por una Frágil como yo?

Adriel rio.

—Tú no eres frágil, nada frágil, Alma. Te pareces a tu madre, mucho más de lo que imaginas.

—¿Y de mi padre no he heredado nada?

—Come algo. Te he traído bebida también. Luego regresaré.

—¡Adriel!

—Dime, amor.

—¡Te odio!

—Yo a ti no.

—¡Lo harás, te lo prometo! —dijo mientras trataba de herirle con la daga que llevaba oculta en su bota; la misma que él no había detectado.

Pensó, por un instante, al ver la sorpresa en sus ojos, que quizás tuviese una oportunidad, pero no fue así. La desarmó rápidamente y le golpeó en la cara con fuerza.

Alma quedó aturdida ante el inesperado ataque, retándole con la mirada, comprobando que sus ojos eran más fríos que nunca, se habían congelado. Ahora la observaba con odio.

—¡Eres un maldito hijo de perra! Golpeando a Frágiles indefensas... — concluyendo, le escupió.

Adriel no pudo reprimir la frustración que sentía, no podía entender por qué era tan estúpida y no entendía que su destino, le gustase o no, estaba escrito. Sin pensarlo y recordando que tal vez Kennan le había ganado a partida por la manga, la lanzó contra la pared.

Alma escuchó el ruido de su espalda al golpear contra la superficie rocosa y algunas motas de polvo acumuladas en ella se desprendieron, enterrándola bajo una fina capa blanquecina. Estaba en el suelo, derribada y desarmada, había perdido cualquier oportunidad de escapar de las garras de ese demente disfrazado de bondad. Sin respiración por el dolor agudo que la atravesaba, sintió sus ojos llenarse de unas lágrimas que era incapaz de derramar.

Adriel, tan frío como sus ojos, se marchó sin mirar atrás.

De nuevo estaba sola, pero en estos momentos lo agradecía, no quería que ese cabrón Santurrón la viera llorar.

El aire, poco a poco, comenzó a llenar su dolorido pecho, pero el dolor no llegaba a desvanecerse, cada vez que boqueaba buscando el aire que sus pulmones tanto ansiaban, el dolor se intensificaba, arrancándole nuevas lágrimas.

Tenía la misma sensación de haberse clavado millones de agujas afiladas en la espalda, y cada vez que hacía un movimiento, por pequeño que fuese, se clavaban más profundamente.

Sopesó la posibilidad de que quizás, con el golpe, se había roto alguna costilla y probablemente se habría clavado en alguno de sus pulmones, condenándola a una muerte segura.

La rabia la consumió. La impotencia de su maldita suerte que la salvaba de convertirse en un despojo por el beso de un Alas Negras, la condenaba a morir a manos de un Alas Blancas.

Las lágrimas al fin se deslizaron de su prisión y resbalaban sinuosas por sus mejillas. Sollozando a causa de la angustia que le provocaba el golpe que había recibido en la espalda y la cabeza se sintió desfallecer. Mareada, trató de resistirse y no dejarse ir, por si acaso no era capaz de recuperar la consciencia, pero nada pudo hacer cuando la oscuridad la atrapó, deseando no tener más sueños inquietantes y sí un sueño reparador.

Todo estaba oscuro a su alrededor, el olor a humedad y a moho le saturaban las fosas nasales, el pasillo, estrecho y oscuro, contenía celdas a ambos lados. Todas permanecían vacías, excepto una.

«Así que es cierto que lo han atrapado. Pero, esa masa informe en el suelo, ¿es él? ¿Qué demonios le han hecho?»

El miedo le atenazaba la garganta, a cada paso que daba notaba con más fuerza que el prisionero parecía estar agonizando.

«¿Cuánto le quedará de vida? ¿Se convertirá en polvo de Alado ante mis ojos? ¿Cómo se ha descuidado tanto como para dejarse atrapar?», estaba furiosa con él.

Se arrodilló frente a su celda. Había oído decir que las rejas las fabricaban con una aleación especial de metal y polvo de Alado que debilitaba a los Alas Blancas.

—¿Puedes oírme? —susurró.

La figura no se movió ni un solo milímetro. Metió las manos entre las rejas hasta lograr alcanzarle y le sacudió de forma desesperada.

—¡Despierta, soy yo! —dijo mientras tocaba una de sus alas, preguntándose por qué las tendría desplegadas. Apenas si cabía en esa pequeña celda. Ante la brusquedad de los movimientos, el ala cayó sin vida.

—¡Joder! —exclamó. Le habían partido el ala. «¿Cómo se han atrevido?»—. ¡Despierta! ¡Maldita sea, despierta! —gritó, agitando su cuerpo con más fuerza. No cabía duda de que sabían lo que hacían, un ala rota era difícil de curar, y más sin ayuda y herido por polvo de Alado—. ¡Malditos bastardos! —masculló mientras seguía agitándolo desesperada, necesitaba que reaccionara.

Después de varios intentos, por fin, abrió los ojos.

Su rostro quedaba sumergido en la oscuridad que reinaba en el lugar, pero el destello azul zafiro de sus penetrantes ojos la dejó paralizada. Su corazón se desbocaba y una sensación desmesurada de odio hacia los suyos impregnaba su ser.

—¿Eres tú? —susurró con la voz rota por el dolor.

—¿Qué sucede contigo, Santurrón estúpido? ¿Cómo has dejado que te atrapen? —le riñó enfadada.

—Estaba preocupado por ti. Desesperado. No sabía si estarías bien —su voz no era más que un susurro. Estaba herido de verdad.

—Lo siento —se excusó—. No pude salir.

—Temí lo peor, por eso me entregué —musitó apenas con un leve aliento.

—Pues ya ves, estoy bien. Mejor que tú. Estás hecho un puto asco. Además del ala, ¿te han roto algo más?

—Creo que no. Solo golpes, pero tú eres lo único que importa. Siempre has sido lo único. Todo merece la pena si es por ti —el silencio apareció entre ambos para cubrirlos como un suave manto—. Estás muy hermosa, a pesar... —interrumpió la frase.

—Sí, a pesar de ser una Alas Negras —aclaró—. ¿Por qué te han encerrado?

—Supongo que tenían miedo que recordaras y te enamorarás de mí otra vez.

—¿Miedo? ¿De ti? —dijo escéptica.

Aprovechando su confusión, sus manos agarraron sus brazos, arrastrándola con fuerza junto a él. Solo los barrotes fríos los separaban, sabía que a él ese contacto le lastimaba pero a él parecía no importarle. Sus ojos destellaban como zafiros, su boca se acercaba a la de ella.

El beso que tanto anhelaba, con el que tanto había soñado, estaba a punto de hacerse realidad.

Entonces Alma recordó a Kennan y despertó. Trató de incorporarse, pues el sueño había sido muy intenso.

No entendía nada. Deseaba saber quién protagonizaba sus sueños. Algo le gritaba que no era ella. Pero entonces, ¿por qué soñaba con aquella mujer? ¿Estaría enviándole mensajes? ¿Se iría a convertir en realidad en una Visionaria? ¿Por qué había empezado todo justo después del beso de David?

Cada vez que pensaba que avanzaba un paso en sus descubrimientos, nuevas dudas la hacían retroceder dos zancadas. Estaba claro que nunca iba a llegar a descubrir el final de la historia.

Cerró los ojos. De nuevo la intensidad de las emociones la embargaba. La espalda le seguía doliendo, pero al menos ahora podía respirar con normalidad; así que tal vez no tuviese ninguna costilla rota ni clavada en el pulmón.

Decidió, mientras se masajeaba la zona dolorida con dificultad, que a partir de ese momento debía tener mucho cuidado con Adriel y no debía enfadarle, al menos si deseaba permanecer con vida por algún tiempo más; estaba claro que ese Alas Blancas tenía un carácter voluble y violento y era mejor no provocarle.

Tras sopesarlo, dedujo que no tenía otra opción, salvo esperar que alguien la encontrase allí, no había nada que ella pudiera hacer para salir de la celda. No tenía la fuerza necesaria para abrir la pesada puerta y, aunque lograrse

engañar a Adriel, no podía volar y la caída desde allí arriba hasta el mar era una muerte segura.

Los siguientes días se hicieron interminables, en los que por desgracia tuvo mucho tiempo libre para pensar en Kennan.

Si no se equivocaba, faltaban tan solo ocho días para su cumpleaños, se suponía que después de esa fecha límite todo se iba a solucionar, aunque por ahora no lo parecía.

Las veces que Adriel había acudido a la celda para llevarle algo de agua o pan había luchado con todas sus fuerzas para reprimir las ganas de gritarle, insultarle y lastimarle, pero con eso no lograría nada salvo más golpes que no deseaba encajar.

Adriel, en un acto inútil, había tratado de disculparse llevándole flores y hablando de manera suave y dulce. Pero el efecto fue el opuesto, lo único que consiguió fue enfadar más a Alma, que lo obsequió con un pesado silencio.

Lo que peor llevaba, y menos le gustaba, era la seguridad que rezumaba pensando que al final se iba a ganar su amor. «No es la primera vez que un rehén se enamora de su captor», había dicho pletórico.

En ese momento, Alma tuvo unas ganas inmensas de abofetear su dichosa y perfecta cara y dejarle un perfecto golpe tatuado en ella.

Después de ese día decidió que prefería la muerte a seguir allí encerrada por más tiempo aguantando sandeces.

Trazó un plan: se ocultaría tras la pesada puerta y cuando Adriel la buscase sin comprender cómo había escapado, trataría de golpearle. No necesitaba herirle, con hacerle perder el control y que cayese de bruces lograría el tiempo necesario para lanzarse al vacío.

Capítulo 17

Los rayos del sol le bañaban el rostro a Adriel mientras permanecía en la cima de una de las torres derruidas tratando de acompañar su respiración agitada. ¡Había sido un momento tan intenso! No lograba comprender esa sensación de pérdida de control y ahogo en la que se sumergía cuando esa furia dominante se hacía con el control de su mente y no era capaz de gobernar sus actos.

Miraba sus manos temblorosas. ¡La había golpeado! Pero había sido culpa suya, por comportarse como una estúpida ramera de los Alas Negras, de Kennan.

Tenía que ser precisamente él. De entre todos los miserables, había ido a elegir al que derrochaba más maldad.

Con las manos, se ocultó el rostro; después de golpearla la había empujado. Debía tener cuidado, porque podía acabar con ella fácilmente, no poseía la fuerza. Era Frágil. Pero sus palabras de odio lo habían cegado, ¿por qué no podía sentir nada por él? ¿Qué tenía de malo? ¡Era perfecto para ella!

No importaba, era paciente, esperaría a que despertase y se diese cuenta de que él era el correcto. No Kennan.

Aún recordaba el encuentro que tuvieron hace años, seguía doliéndole el ala. El muy cabrón se la había partido y nunca, a pesar del polvo de Alado y los cuidados de Samuel, había sido la misma. Siempre esa sensación de que algo no estaba bien en ella. Nunca debió de haberse enfrentado a Kennan, pero, ¿cómo permanecer impasible si estaba devorando el alma de ese inocente?

Claro que en su arrebato ingenuo no cayó en la cuenta de que Kennan acababa de recibir una inyección de energía y que él llevaba días sin alimentarse de la esencia de humanos; aunque ahora la verdad es que no abundaban, los despojos sí, pero no los humanos de esencia oscura.

Samuel, tras el diezmo constante de almas, había ordenado proteger a todas las almas puras que encontraran y había sido sumamente difícil dar con algunas; estaban en peligro de extinción.

Respiró profundamente y eso alivió el temblor de sus manos.

Debía ser cauto, estaba convencido de que unos días encerrada y alejada de ese manipulador sin escrúpulos le aclararía las ideas. Solo necesitaba alejarse de ese aroma malditamente embriagador y molesto que poseían los Alas Negras.

Sintió un nudo en su pecho al recordar lo que había hecho, sin embargo la bestia le susurraba: «Esa Frágil es una puta estúpida. Te ha obligado a golpearla, no tenías otra opción».

Sintió que enloquecía por momentos, imágenes de Alma cubierta de escombros, con la mirada desafiante y sin miedo, mostrando ese valor que desde siempre la había caracterizado aunque no fuese consciente de ello, aturdían su mente.

¿Cuándo se había convertido en una mujer tan apetitosa? No había advertido el cambio, pero había pasado tanto tiempo desde la última vez.

Estaba seguro de que su oportunidad había llegado, jugaba con la ventaja de que Alma estaba desamparada y asustada, y él llegaría para ser su caballero de brillante armadura.

Sin embargo, se topó con una desconocida que desconfiaba de él y que apestaba a despojos, suciedad y a Alas Negras. Apestaba a Kennan. El recuerdo le golpeo fuerte y de nuevo se enfureció.

Emprendió el vuelo sin pensarlo lanzado por esa misma energía furiosa que lo consumía, necesitaba aplacarla como fuera. Voló sin control tan rápido como le permitían sus alas, pero no sirvió de nada. A veces, cuando todo pasaba y observaba el resultado de sus impulsos pensaba que había algo malo en él, que no era un comportamiento normal en los Alas Blancas y eso le confundía y asustaba más.

En un instante, vio un grupo de despojos que caminaba sin rumbo fijo. Seguro que buscaban alguna presa para degustar o algún resto de carroña y así apurar el cadáver.

Cegado por lo que sentía, puso rumbo a ellos y los destrozó. No dejó de ellos nada más que un montón de despojos deshechos. Se había encargado de separar cada parte de sus cuerpos, para que no tuviesen posibilidad de ser de nuevo reunidas.

Después del acto, la tensión se alivió y se relajó, dejando que sus ojos observaran de nuevo lo que había hecho. Ante la macabra imagen de la que apenas había sido consciente, se asustó. ¿Eso lo había hecho él? ¿Cuándo?

No lograba entender qué le sucedía, pero si de algo estaba seguro era de que el culpable tenía un nombre: Kennan.

Regresó más calmado al lugar donde la tenía oculta y protegida de ellos. Faltaban pocos días para que llegase la hora: su cumpleaños. Ese momento en el que se desvelaría el futuro de Alma.

Adriel estaba seguro de que iba a ser una de los suyos, no había divisado ni una sola pizca de maldad en su alma pura, quizás eso era lo que le atraía de ella, ya que él dudaba de que su propia alma fuese tan resplandeciente, y no podía dejar de pensar en lo poderosos que serían juntos, luchando contra Balthazar, y lo que más deseaba: destruir a Kennan juntos.

Se asomó por la pequeña ventana con rejas y la contempló. Dormitaba alterada, pero no le dio importancia, seguro que acabaría calmándose. Decidió dejarla descansar y se marchó a su hogar. Nadie debía echarle de menos, y no quería levantar sospechas, podrían averiguar que la tenía retenida, que era su custodio y, por el momento, debía seguir siendo un secreto.

Se reunió con los demás en el salón del trono de Samuel, que parecía perdido en su mundo, como de costumbre. A su lado, sentados y cuchicheando, se encontraban Altair y Laya; al pasar por su lado los saludó cortésmente y se sentó junto a Elea y Gloria.

—¿Cómo estás, Adriel? Andas muy perdido estos días... —comentó Gloria con la mirada soñadora.

Adriel sabía que Gloria estaba interesada en él, pero el sentimiento no era recíproco. Ella era una simple Alas Blancas sin valor, una pieza prescindible. Era consciente de que casi todas las Alas Blancas de su edad lo querían como compañero, era un Arcángel fuerte y hermoso, así que era lo normal. Sin embargo, él quería a Alma. A ninguna otra.

—He estado cazando a baja escala.

Gloria lo miró embelesada mientras su corazón palpitaba acelerado. Era tan diferente, con su pelo plateado, sus ojos azules como zafiros.

—¡Deja de babear! —increpó Elea.

Adriel miró a Elea, sabía que le guardaba rencor. Tuvieron un escarceo aunque el romance no pasó a mayores y Elea no se lo tomó muy bien. Era guapa, como todas: cabellos dorados, ojos dorados, piel pálida...; él prefería el fuego que ocultaban los ojos esmeralda de Alma y su cabellera oscura y brillante como seda negra.

De repente Samuel se paralizó seguido de Altair y Laya; algo ocurría, también podía presentirlo.

—¿Otro ataque? —preguntó Gloria asustada.

Adriel las observó.

—Eso parece —susurró Elea.

—¿Qué ocurre? —preguntó Adriel curioso y asustado.

—Hace un par de días que nos atacan Alas Negras, aunque hoy parece que el asalto es más serio.

—¿Qué buscan? —inquirió Adriel a pesar de que ya lo intuía.

—No lo sabemos, hasta ahora solo han sido advertencias.

Adriel se incorporó para escapar y llevar a Alma a un lugar más seguro, cuando un estrepitoso ruido irrumpió en la estancia y casquetes del techo se desprendieron tras la sacudida, arrojándolos fuera de sus asientos. Antes de recuperar el equilibrio, otro ruido similar los sacudió y el techo cedió.

Una gran roca se situaba en mitad del salón y un agujero enorme ocupaba el espacio donde antes había una hermosa cúpula. Samuel entornó los ojos y vislumbró Alas Negras.

—¿Qué sucede? —gritó Altair a su padre.

—No lo sé, algo ha sucedido. Están furiosos, ¿no lo sientes?

—Sí, siento odio y dolor. ¡Que nadie se mueva! —tronó.

—¿Por qué? ¿Qué habrá ocurrido? A tan pocos días... ¿por qué habrán roto el pacto?

—No lo sé, hijo... —la voz de Samuel quedó interrumpida.

Un Alas Blancas se precipitó sobre la piedra; destrozado, las alas partidas colgaban de su espalda en un ángulo extraño.

Antes de poder siquiera decir algo, otro cayó detrás de él, y después un tercero. Todos los guardias que vigilaban la fortaleza habían caído.

Adriel se ocultó tras Elea y Gloria, tratando de pasar inadvertido.

—¿Qué sucede? —clamó Samuel elevándose sobre todos.

El agujero en el techo facilitó la salida y se encontró frente a frente con el grupo de Alas Negras. Kennan se situaba a la cabeza, respaldado por Nell y Lydia. A lo lejos divisó algunos más, en total trece jóvenes Alas Negras.

—¿Qué sucede Kennan? ¿Por qué te arriesgas a romper el pacto? ¿Lo sabe tu padre? —interrogó Samuel tratando de mantener la calma.

—No. Esto es por cuenta mía. ¡Y si no me la devolvéis, seguirán cayendo todos y cada uno de tus santurrones!

—¿Devolverte? ¿A quién?

—¿No lo sabes, Samuel? —Kennan lo desafió con la mirada.

Samuel se introdujo en la mente de Kennan y solo susurró: «maldito Adriel».

—¡Adriel! —retumbó la voz furiosa de Samuel.

Todos temblaron ante ese tono de voz, sabían que Él estaba furioso y su bondad era desmedida, pero su furia también.

—No está, Señor... —dijo una asustada Elea.

—¡Id a buscarlo! ¡Traedlo ante mí!

Altair había elevado el vuelo junto a Laya, ambos se miraban sin entender qué sucedía.

—Adriel raptó a Alma y la tiene aquí, encerrada. He seguido su rastro y se pierde cerca de vuestra fortaleza. Ha roto el pacto y la quiero de vuelta sana y salva. Si se ha atrevido a ponerle una sola de sus manos encima... ¡Acabará con él! —rugió el líder de los Alas Negras. Kennan se volvió tan frío como lo había sido su tono, letal. Sus magníficas Alas Negras destellaban al reflejar los dorados rayos de sol.

Adriel, obligado a presentarse en el salón, se elevó para enfrentarlo y no parecer un cobarde. Lo habían descubierto cuando trataba de sacar a Alma de la prisión para buscar un nuevo refugio y ganar algo más de tiempo.

—¡Largo de aquí, miserable! —dijo con la voz fría dirigiéndose a Kennan.

—¡No hasta que me la devuelvas!

—¿A quién?

—¡Lo sabes! ¡La tienes! ¡Por eso has huido como un perro cobarde! ¡Devuélveme a Alma!

—No sé de qué hablas —insistió.

—Samuel, si no me la devolvéis mataré a todos los Alas Blancas que osen cruzarse en mi camino ¡A todos! Uno a uno, hasta que aparezca —sise.

—Tranquilo, Kennan. Cuéntanos qué ha sucedido.

—¡Que lo cuente esa rata disfrazada! —aulló señalando a Adriel.

—¡Yo no sé nada! —se defendió.

Kennan, ante la negativa de Adriel a contar qué había sucedido, se enfureció, y como un tornado se posicionó frente a él, la furia lo consumía y la bestia depredadora deseaba hacerse con el control. Antes de poder defenderse, Kennan lo tenía apesado fuertemente por el cuello y lo apretaba con la mirada oscurecida.

Adriel movía las piernas en el aire mientras que sus manos trataban de deshacer el nudo que lo ahogaba.

—¡Suéltame, basura! —dijo con la voz estrangulada.

—¡Ni lo sueñes! Voy a estrangularte hasta que los ojos se te salgan de las órbitas y después te los arrancaré con mis propias manos.

—¿No pensáis hacer nada? —preguntó sin aliento, buscando el apoyo de los suyos.

—En realidad —contestó Altair—, estoy muy interesado en saber si es cierto que tienes a Alma encerrada.

Kennan miró a Adriel, expectante.

Adriel sintió que desfallecía, ese imbécil tenía una fuerza poco común incluso para ellos.

—¡Kennan, suéltalo! —ordenó la voz de Samuel, cansado de bravuconadas.

—¡No! —siseó Kennan.

—¡He dicho que lo sueltes! Lo arreglaremos de otra forma.

—Apestoso Alas Negras... ¡nunca será tuya! —susurró cerca de Kennan con una sonrisa escalofriante al verse liberado.

Kennan se vio tentado a golpearlo e hizo el amago, levantó el puño feroz y Adriel se cubrió la cara con las manos.

—¡Cobarde! ¿Temes que se estropee tu añorada cara?

—¡Bajad todos y sentaos! —ante la orden de Samuel todos hicieron lo que les pedía.

Adriel miraba a todos; Altair y Laya parecían nerviosos y se dedicaban miradas sin cesar, Kennan tenía el rostro ceniciento, Samuel parecía muy enfadado y de todos modos no podía mentir: el leería en su mente y descubriría la verdad.

—Lo hice por su bien.

—¿Ahora qué? —continuó Samuel alterado.

La puerta se abrió y aparecieron algunos Frágiles, dirigidos por David.

—Señor —interrumpió David sin más—, hemos venido a comprobar si es verdad lo que dicen los Alas Negras.

—Al parecer así es, ¿verdad Adriel?

—¡Yo solo quería ponerla a salvo! —se defendió.

Las miradas de los tres jóvenes se cruzaron desafiantes, era una guerra entre ellos por conseguir a Alma. Adriel podía ver el deseo que sentían ambos por ella, se mezclaba en sus esencias, al igual que lo estaba en la suya. El aroma de Kennan y de David mezclado con el de Alma le disgustó y arrugó la nariz ante el recuerdo.

Debía ser inteligente, lo habían pillado por no borrar el rastro, ¡maldito descuido! Pero al menos la había apartado unos días de su lado.

—Así que tú has sido el que ha estado hiriendo a los Alas Blancas estos días, ¿no, jovenzuelo? Desde luego no te falta iniciativa, te pareces a tu padre.

—Mi padre no ha tenido nada que ver en esto, es algo entre ese Santurrón descerebrado y yo —escupió como si fuera veneno.

—Adriel, ¿dónde está? —pregunto Samuel.

—En una de las torres.

—¡Gloria, ve a traer a Alma! Mientras tanto nos calmaremos todos —ordenó.

Mientras Gloria acometía la función que le había encomendado Samuel, molesta por la atención que se llevaba esa Frágil por parte de todos, Samuel trató de calmar los gritos e insultos que se disparaban unos a otros al igual que proyectiles.

—¡He dicho que silencio! —tronó su voz. Y todos callaron—. Ahora todos guardaremos silencio y Alma explicará su versión de los hechos. Después, tomaremos una decisión respecto a Adriel. Quiero que todos abandonéis la sala hasta que yo pueda hablar con ella.

—No pienso moverme de aquí, Samuel —afirmó Kennan decidido.

—Esperarás tras la puerta, como los demás. Solo quiero hablar con ella a solas un momento y supongo que no soy el único que desea oír su versión de los hechos. ¿No es así, Laya?

—Así es —afirmó Laya.

—Altair, hijo mío, ve a hacer guardia. Espera allí, creo que es mejor para todos que no estés.

Altair asintió sin protestar y se alejó de la sala, que cada vez estaba menos concurrida.

—¡Por favor, esperad fuera! Laya, ayúdame. Ve con ellos y por favor trata de que reine la paz.

—Lo intentaré, aunque no te prometo nada, ahora mismo solo deseo destrozar a Adriel —repuso con furia.

—Primero, escucharemos a Alma.

Laya asintió de mala gana, pero sabía que era lo mejor. Escoltó a los tres jóvenes fuera de la sala y cerró la puerta tras ella, esperando la señal de Samuel para volver a abrazar, después de tanto tiempo, a su hija.

Capítulo 18

Alma escuchó ruido tras la puerta y rápidamente se refugió tras ella cómo había planeado en su mente una y otra vez. Cuando esta se abrió, se abalanzó sobre Adriel, asestándole un fuerte golpe con el pie para hacerle caer y ganar algo de tiempo para arrojarle al vacío.

—¡Joder! ¡Lo siento! ¡No eres Adriel! —gritó sorprendida al escuchar un grito de mujer. En su lugar una chica de facciones suaves, ojos almibarados y melena rubia alborotada la miraba asustada.

—No me hagas daño, por favor... —susurró con su voz musical—. Me llamo Gloria. Samuel me ha mandado a buscarte. No sabíamos que Adriel te mantenía aquí.

—Lo siento... —musitó tendiéndole una mano amistosa—. No pretendía hacerte daño.

—Lo has hecho. Para ser una Frágil eres muy fuerte y estás causando mucho revuelo. Sígueme, te llevaré ante Samuel.

—¿Voy a ver a Samuel?

—Eso parece, Alma.

—Gracias, Gloria.

—No lo hago porque quiera. Lo hago porque me lo han ordenado y la verdad es que no me gusta que Adriel se haya metido en problemas por tu culpa.

Alma no podía creer lo que escuchaba; ¿la chica que le había parecido el ser más amable que hasta ahora había conocido resultaba ser también una pedante y al parecer la odiaba sin motivo aparente? Menuda panda de hipócritas eran los Alas Blancas.

Alzaron el vuelo, pues no había otra forma de salir de su cárcel, y sobrevolaron la fortaleza. El sol le molestó y parpadeó; demasiados días solo con la tenue luz que se filtraba por la pequeña ventana de barrotes.

Gloria descendió con cuidado y la dejó en el centro de una gran sala con el techo destrozado por el que se filtraban los rayos del sol iluminando los destrozos evidentes que había sufrido la gran estancia.

Pestañeó varias veces y trató de evitar mirar directamente al ser que se elevaba frente a ella. Era Samuel, sin duda.

—Gracias, Gloria, puedes retirarte —pidió con voz profunda—. ¿Sabes? —comenzó dirigiéndose a ella—. Llevo varios días recibiendo ataques de Alas Negras. La prueba la tienes sobre tu cabeza —puntualizó, elevando una elegante mano hacia arriba—. Hay un pequeño y testarudo Arcángel Oscuro que ha amenazado con matar a todos los Alas Blancas uno a uno, hasta que aparecieras. ¡A mí! —gritó sorprendido, sin duda por la osadía de Kennan.

Alma observaba al primero de todos, el padre de todo lo que tenía vida en su mundo, y no pudo dejar de sentir admiración, a pesar de su larga barba blanca no parecía en realidad viejo, era extraño, fuerte, imponente... sabio. Sí, estaba claro que si había una palabra que lo describiera a la perfección era esa.

—Lo siento, Señor... —se disculpó avergonzada y aliviada. Kennan la había encontrado.

—Lo sé. Yo también. No sabía que Adriel había forzado la situación.

—¿Forzado la situación? Me ha raptado y me ha tenido encerrada en una mazmorra dentro de una torre. ¡Mi familia estará preocupada!

—Ellos también están aquí. Han venido a cerciorarse de que era cierto lo que Kennan les contaba. Al parecer, fueron a pedir cuentas a los Alas Negras pensando que te habían hecho prisionera y entonces Kennan les dijo que él también te buscaba. No sabía nada de tu paradero, tu rastro se perdía cerca de nuestro hogar. Armando no quería creerle, pero al ver la insistencia de ese testarudo... ¡es igual de persistente que su padre! Balthazar no puede negar que es su digno sucesor.

—Kennan... ¿es hijo de Balthazar? —preguntó, impresionada por todo lo que Samuel le desvelaba.

—Aún no lo sabes, claro. Quedan algunos días. Por eso Adriel está muy nervioso. Tu alma cambia y tienes buen corazón, pero veo que amas a Kennan.

—Yo, Señor... no sé bien qué siento, no todavía... —dudó azorada.

—¡Van a volverme loco! —exclamó de repente.

—Yo no escucho nada, mi Señor —contestó, sin saber a qué se refería.

—Lo sé. Es solo en mi cabeza. No dejan de murmurar... ¡Elea! —llamó—. Hazlos pasar, por favor, antes de que me vuelvan loco.

Una Alas Blancas apareció de la nada y se encaminó hacia la puerta, que se abrió con gran estrépito. Alma giró su cabeza para ver qué sucedía tras ella.

Kennan esperaba con impaciencia tras ella con el torso desnudo. Su hermoso cuerpo se encontraba repleto de símbolos extraños tatuados en la piel que cubrían sus brazos bien torneados. El más llamativo le adornaba el vientre y se colaba entre los pantalones. Realmente daba la impresión de que había estado librando una larga batalla y su rostro cansado reflejó alivio al verla.

Alma permanecía sin respiración ante la visión de Kennan semidesnudo, peligroso, letal y más atractivo que nunca, pues sus ojos por un momento brillaron al verla.

Dos Alas Blancas lo escoltaban y a su lado se encontraba un herido Adriel con la camisa destrozada. La sangre manchaba su inmaculada piel.

La Alas Blancas, que supuso que sería Elea, se acercó hacia donde estaba el grupo reunido. Se colocó justo a su lado e, ignorándola, alzó su mirada dorada directamente hacia Samuel.

—¿Sí, Padre?

—Retiraos todos excepto Adriel y Kennan. También haz pasar al Frágil.

Samuel levantó la mano para indicarle que la conversación había llegado a su fin sin más discusión. Elea agachó la cabeza asintiendo y se marchó seguida de los dos Alas Blancas que escoltaban a Kennan.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Kennan, sin esperar el permiso de Samuel, corrió al lado de Alma, angustiado. Sus manos acariciaban los brazos de Alma y la miraba a los ojos intensamente. Necesitaba cerciorarse de que estaba bien, que realmente ese bastardo no le había tocado un solo pelo de su hermosa melena oscura.

—¿Estás bien, Alma? —su voz inquieta mostraba su debilidad, al igual que sus piernas que flaqueaban por la tensión—. ¿Te ha hecho daño este hijo de perra? —declaró dirigiéndose a Adriel sin ninguna cortesía.

Alma sintió una oleada de placer indescriptible al sentir de nuevo su tacto helado y ver la expresión de alivio borrar la preocupación de su rostro.

—Ahora estoy bien, Kennan —dijo llorando mientras se refugiaba entre sus brazos.

—¡No la toques! —ordenó Adriel con un sonido gutural y primitivo que le heló la sangre a Alma—. ¡No tienes ningún derecho sobre ella!

—¡Sí, lo tengo! ¡Es mía! —la voz de Kennan resonó en la estancia potente y férrea, provocando que el eco de la enorme sala reiterara esas mismas palabras.

—¡No! ¡Eso aún no está decidido! —gritó Adriel.

—¡No pienso ceder! ¡La quiero para mí! —aseguró Kennan alzando más la voz.

Era un duelo de titanes.

—¡Tú no puedes darle amor! ¡Yo sí! —se carcajeó Adriel.

—Quizás tengas razón —su tono ahora se suavizó—. Aun así la reclamo —replicó Kennan mientras con su cuerpo protegía el de Alma.

La Frágil escuchaba inmóvil a los dos Alados discutiendo por ella, como si de un simple juguete se tratara y ambos niños peleasen por ser el primero en usarlo. Dispuesta a intervenir y dejar muy claro a esos dos patanes que ella no era de ninguno, se vio interrumpida cuando Samuel habló.

—Tenemos un tercero en discordia —sonrió divertido.

La puerta se abrió y David apareció tras ella. Parecía cansado, abatido y furioso por verla refugiada entre los brazos de Kennan.

—¡Suéltala, maldito Alas Negras! ¡Aparta tu maldad de ella! —tronó David.

—La ha engatusado, está confundida, padre —se quejó Adriel.

—Ella eligió. Me eligió a mí, ¿tanto os cuesta entenderlo? —protestó Kennan.

—¡Silencio! ¡Todos! Estoy harto de vuestras palabras, peleas y discusiones. Llevamos así demasiados días, con Alas Negras tocando las puertas de mi hogar, visionarios clamando justicia por un pacto roto y tú, hijo mío, no pareces el mismo. Adriel, estás desquiciado. La situación te ha sobrepasado. Ella, y solo ella, debe elegir.

—Está confusa, Padre, él no ha jugado limpio —se defendió Adriel.

Kennan apretó más fuerte a Alma contra su espalda, no quería que nada ni nadie le hiciesen más daño, más tarde, a solas, ajustaría cuentas con ese imbécil Santurrón.

David observaba la escena. Los celos consumían su mente y su cuerpo, ansiaba ir junto a ella para arrancarla del lado de ese engreído y cruel Alas Negras tatuado. No obstante, era consciente de que no poseía la fuerza suficiente para enfrentarse a él. Solo y sin ayuda de ningún arma era una batalla perdida de antemano y necesitaba estar al máximo para tener una oportunidad. Sin tener otra opción, se obligó a permanecer donde estaba y mantuvo la boca cerrada y los puños apretados.

Alma era incapaz de comprender qué ocurría, sus manos se entrelazaban en la cintura de Kennan y acariciaban su terso abdomen. Todos discutían y ella solo podía imaginar a Kennan besándola de nuevo.

—Hija mía —habló Samuel sacándola de sus fantasías—, ¿qué deseas tú?

—La verdad, Padre, no entiendo nada. ¿Qué importancia puedo tener yo? No soy más que una Frágil humana, sin nada que ofrecer... —contestó

mientras salía del escudo que era el cuerpo de Kennan y se situaba a su lado.

—Creo que deberías tomarte unos días de reflexión. Quizá, tu madre pueda ayudarte. Creo que fue un error dejarte sola.

—Mi madre... —balbuceó, abandonando los brazos fríos de Kennan—. ¡Mi madre!

La puerta se abrió y Laya apareció ante ella.

Alma no podía creerlo. La tensión acumulada le pasó factura, provocando que sus rodillas fuesen incapaces de sostenerla, desplomándose en el suelo. La angustia y el alivio por encontrarla viva le impedían respirar. Un llanto histérico la inundaba. Vislumbró a su madre correr hacia ella por la pesada cortina de lágrimas que era incapaz de retener.

Su madre, a la que tanto había extrañado, la que necesitaba con tanta urgencia, corría hacia ella con el rostro descompuesto por la preocupación.

—¡Alma! ¿Estás bien? —escuchó la suave voz de su madre preocupada.

—¿Mamá? ¿Sigues... viva? —dijo entre gimoteos e incredulidad.

Ella la miró sonriendo.

—No te las has arreglado muy bien sin mí, ¿eh? Te dejé sola bajo tierra y ahora estás aquí, rodeada de tres Romeos.

—Mamá... ¡Mamá! —musitó llorando y abrazándose a su cuello con fuerza.

Kennan la dejó con cuidado entre los brazos amorosos y tan añorados de su madre.

Alma alzó los brazos para arrojarse en ella y convencerse de que en realidad su madre estaba allí y no era un engaño de su imaginación; con el movimiento, su camiseta se alzó para abrazarla con más fuerza, dejando las huellas amarillentas del golpe a la vista de todos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó con la voz tan fría como el hielo Kennan—. ¡Alma! ¿Quién te ha hecho esto? —mientras preguntaba levantó más la camiseta, dejando toda su espalda magullada al aire.

Sin saber qué decir y desconcertada por la mirada asesina de Kennan, volvió la vista hacia su madre, buscando en sus ojos un consuelo que no encontró, la misma ira que despedía Kennan se reflejaba en sus ojos y atónita observó cómo ambos desaparecían entre la bruma oscura.

Su madre... Bruma oscura, ¿qué demonios significaba eso? ¿Su madre era una Alas Negras? ¿Era eso posible?

—¿Mamá? —la llamó presa de la sorpresa, pero su madre no parecía estar en ese mundo, caminaba junto a Kennan, que se abalanzó, sin pensarlo, sobre

Adriel. Alma temió lo peor, no era necesario que dijese en voz alta el nombre de su agresor, estaba claro para todos.

—¿Mi madre es una maldita Alas Negras? —preguntó a Samuel, que parecía ser el único que la escuchaba.

—Hay muchas cosas que no sabes, pero, créeme, ha sido lo mejor para ti.

—¿Lo mejor para mí? Todos decís lo mismo, pero todavía no le encuentro el sentido. Una Alas Negras... mi madre es una de los malos... No entiendo nada.

—¡Maldito Santurrón! ¿Te has atrevido a ponerle las manos encima? —el grito de Kennan la sacó de su estupor y la obligó a mirar hacia el alboroto.

Antes de poder pestañear, vio cómo Adriel salía disparado, golpeándose con fuerza con la madera maciza de la puerta por la que había entrado. Aún en el suelo y aturdido, Kennan le golpeó de nuevo. Sus golpes eran rápidos, precisos, y Adriel no tenía ninguna oportunidad de defenderse de su ataque. Kennan estaba enloquecido.

Los envites se sucedían, pateaba su estómago, su espalda y golpeaba con fuerza la cara de Adriel con los puños. Podía vislumbrar desde su lugar las venas de Kennan infamadas y oscuras por la tensión, estaba enloquecido.

Nadie hacía nada. Su madre miraba furiosa a Adriel y sonreía impasible. Tal vez, incluso lo aprobaba. Samuel estaba atónito, pero tampoco intervenía. David miraba con los ojos desorbitados y la tez amarillenta, pensando que quizás el próximo sería él.

—¿Nadie va a detener esto? —preguntó Alma indignada—. ¿Mamá?

—¡Es suficiente! —dijo Samuel.

Kennan pareció volver en sí. Se alejó a duras penas de Adriel ayudado por Laya, que lo agarraba de los brazos para contenerlo.

—¡No pienso alejarme de ella! —pronunció con voz firme.

—Hasta que todo se aclare, Samuel, te agradecería que alojases como invitados a David y Kennan —solicitó Laya enfadada.

—Lo haremos. Ha llegado el momento.

—¡Estáis locos! —gritó un enfadado y maltratado Adriel—. ¿Cómo vamos a alojar a un maldito Alas Negras como si fuera un invitado? ¡Casi me mata! ¡Está loco! —bramaba mientras trataba de recuperar el aliento y la serenidad que los golpes le habían robado.

—Adriel, hijo mío, aceptarás los acontecimientos tal y como transcurran. Ese fue el pacto. Ella decide; vosotros os mantenéis al margen.

—Pero, Padre... es un ser vil, seguro que utiliza algunas de sus armas para confundirla aún más. ¡Mira lo que me ha hecho! —chilló de nuevo

enloquecido.

—Ella sabe lo que quiere, solo debe descubrirlo. Además, te mereces el castigo por golpearla. Estoy decepcionado por tu comportamiento, Adriel, no me lo esperaba de ti.

—Está bien, Padre, obedeceré. Mejor que no se cruce en mi camino —siseó.

—No te preocupes, pequeño Adriel —contestó Kennan—, no te golpearé más—. Y con esas palabras le guiñó un ojo, burlón.

Adriel ardía de rabia.

Laya parecía algo divertida con la situación, aunque para Alma no tenía ni pizca de gracia. Estaba horrorizada y ellos no parecían darle importancia.

David reflexionaba con expresión perdida entre el odio, el miedo y el deseo de ser más fuerte para poder hacerles frente.

—Está bien, sentenció. Id todos a descansar. Al caer a noche nos veremos de nuevo. Y Kennan, di a tus chicos que por ahora no es necesaria su presencia aquí. También se lo diré a Armando. Ahora estáis todos a salvo bajo este techo. Alma, sígueme, creo que ha llegado el momento de que conozcas a tu padre.

Capítulo 19

Alma seguía el paso sin interés por lo que la rodeaba. Estaba perdida en sus pensamientos: ¿su madre era una Alas Negras? ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Cómo era posible que Armando les hubiese dado refugio, si los odiaba? ¿Cómo era que su padre seguía con vida? Por más que trataba de encontrar respuestas a sus preguntas no era capaz de hallarlas, al igual que tratar de ver algo oscuro en su madre; no le era posible. Se sentía confusa, en estado de shock.

Siguió caminando sin prestar atención al camino, pues no tenía idea de dónde estaba o cuánto tiempo llevaba deambulando. Podían ser segundos o días, el mismo paisaje se repetía sin cesar. Solo podía pensar que su madre, a pesar de la bruma oscura que la delataba como a una Alas Negras, estaba bien, y Kennan había logrado encontrarla a tiempo. Aun así su preocupación principal era que iba a conocer a su padre.

Todo era muy extraño.

Su padre, al que creía muerto, estaba vivo e iba a verle; y su madre pertenecía al bando contra el que luchaban... Todo estaba del revés y no lograba entender nada. ¿Cómo podía haberle ocultado algo así?

Laya la abrazó durante todo el trayecto y Alma en más de una ocasión le lanzó miradas reprobatorias. A pesar de todo, no fue capaz de deshacerse de su abrazo, la había extrañado mucho y, sin tener en cuenta las nuevas noticias, seguía siendo su madre.

Se detuvieron frente a la puerta de una habitación de color blanco, como todo en esa fortaleza. El pomo dorado resplandecía al igual que el pelo desteñido de los Alas Blancas y Alma se preguntó si tal vez Samuel se había inspirado en el dorado de los pomos para crear el color del pelo de los Alados o si habría sido al revés.

Laya, con un suave impulso, abrió la puerta de la sala en la que una figura masculina imponente los esperaba.

—Alma, te presento a tu padre —dijo Laya dirigiéndose al hombre que tenía frente a ella.

—¿Tú? —acertó a decir al ver a ese hombre que le resultaba familiar frente a ella.

Él la miró extrañado y sorprendido.

—¿Me recuerdas? —replicó con voz esperanzada.

—Te vi... —acertó a susurrar— en mis sueños —ambos se miraron—. ¿Mamá? ¿Eras tú? ¿Tú... eras la Alas Negras de mis sueños?

Ella agachó la mirada. Sin duda, no era la hora, pero había llegado el momento.

—Sí, hija. Yo soy la que has vislumbrado en tus sueños. Él es Altair, tu padre.

—¿Mi padre... es un Arcángel? —Alma sintió que desfallecía.

—Veo que has aprendido algo sobre rangos.

—Nell me informó... —logró decir—. Mamá, Adriel no será mi hermano, ¿verdad? —el tono de Alma era de auténtico terror.

Su madre sonrió con esa risa que tanto le gustaba a Alma. Suave, limpia y armoniosa.

Observó cómo Altair miraba a su madre con amor y esa misma mirada era correspondida llenando el corazón de Alma. Era un extraño para ella, pero era su padre. Al final le había conocido, aunque en circunstancias bastante extrañas.

—Alma, tranquila. Él no es tu hermano —contestó Laya.

—Me alegro, porque me besó. ¡Imagina que hubiéramos sido hermanos! —dijo, haciendo un mohín.

—¿Por qué crees que es tu hermano? —preguntó Altair.

—Bueno... Adriel se parece a ti, Altair.

—Puedes llamarme padre.

—Sí, supongo que podría, pero no quiero —contestó, y sus ojos reflejaron tristeza—. No pretendo ser cruel, es solo que no te conozco —se disculpó.

—Lo sé y lo acepto. Sabía que el precio a pagar sería alto, pero tu protección era lo primero.

—No entiendo porqué todos queréis protegerme, ¿de qué? Mamá, estoy confusa, aturdida.

—Verás, hija... No sabemos qué vas a ser.

—¿Cómo que no sabéis qué voy a ser? Soy una Frágil, tu hija... mamá, estoy harta de que todo el mundo diga esa frase. Es la frase de moda. Es complicado, ya lo sabrás... ¡Quiero saberlo ahora, mamá! ¿No es bastante enterarse en un segundo que tu madre es una Alas Negras y tu padre un Alas Blancas? De hecho, cuando esto acabe seguro que voy a necesitar un

profesional que me trate los traumas. Porque sabes, ¿mamá? Resulta que me he dado cuenta hace un momento de que eres una Alas Negras y he descubierto que mi progenitor es un Alas Blancas que además está vivo.

—Hija... —dijo su padre con su voz profunda—. Todo es un lío y somos conscientes de que hay muchas preguntas sin respuesta, pero la verdad es que no sabemos si vas a ser una Alas Negras como tu madre, una Alas Blancas como yo o una simple Frágil.

—¿Y... si no soy nada de eso? —gimoteó asustada frente a la posibilidad de ser algo totalmente diferente... algo como un Despojo.

Su padre continuó con la explicación, mientras Alma trataba de mantener la calma. Le dijo que creían que iba a convertirse en una Visionaria, pues las premoniciones acudían a ella.

Alma no deseaba pensar en esa posibilidad, la asustaba lo que podría ocurrir si solo resultaba ser una Frágil. ¿Perdería a sus padres ahora que los tenía por fin juntos?

—Entonces, deberás permanecer con el clan bajo tierra ayudando a su causa —contestó Altair.

—¿Cuál es su causa?

—Reparar el daño que se le ha ocasionado al mundo.

—No entiendo nada, mamá. ¡Tú eres una Alas Negras! —gritó fuera de sí.

—Así es, hija mía.

—¿Y qué haces con él? ¿Por qué estás aquí? —Alma estaba saturada por no poseer toda la información necesaria.

Se encontraba sumida en un torrente de nuevas revelaciones que la aturdían, sin entender qué era lo que iba a suceder cuándo o cómo. Su madre no pronunciaba palabra alguna, incapaz de separar la mirada del amor de su vida.

—A pesar de todos los obstáculos, de tenerlo todo en contra, luchamos por estar juntos —susurró su padre.

—Pero... no tengo recuerdos de ti. Pensé que habrías muerto... todo es tan confuso... —replicó Alma. Se preguntaba si se habrían visto a escondidas. Esas salidas de su madre quizás no habían sido solo para proteger al clan.

—Cuando me quedé embarazada no teníamos claro que el embarazo llegase a término, nunca antes había sucedido algo... así. Después, cuando naciste, fuimos conscientes del peligro que corrías, así que, tras mucho meditarlo, tu padre y yo llegamos a la conclusión de que lo más seguro para ti era permanecer lejos de todos, por eso me oculté contigo en los túneles. Necesitaba que estuviésemos a salvo.

—¿Y ellos lo sabían? ¿Armando conoce la verdad? —las preguntas se agolpaban en su garganta, ansiosas por recibir respuestas.

—Armando y su gente son los primeros interesados en que seas una Visionaria. Así tendrán ventaja.

Su padre la miraba expectante sin saber qué hacer para que ella comprendiera que la separación había sido sopesada y elegida como la mejor opción. La única que la pondría a salvo de Balthazar. No podía evitar sentir la rabia que lo consumía. Balthazar siempre era el epicentro de todos los terremotos que arrasaban su vida, que le arrebatan todo lo que amaba; primero a Laya y ahora a su hija, no podía dejar de pensar en que tal vez fuera tarde para que ella le perdonara.

—¿Samuel te acepta? —rompió la voz de Alma el silencio.

—Bueno... soy un poco especial, no soy como los demás Alas Negras — se justificó Laya.

—¿Qué tienes de especial?

—Mi voluntad. Puedo desobedecer sus órdenes gracias al amor que siento hacia tu padre.

—Lo sé. Lo vi... Sé que os amáis y que algo malo os sucedió. Sé que vendiste tu alma a Balthazar. Vi a Altair en una celda malherido. Sé lo que siente por ti y lo que sientes por él. Eso me da esperanzas.

—¿Has tenido muchas visiones? —inquirió su padre.

Altair sentía la llama de la esperanza cobrar fuerza, si ella había vivido las experiencias por las que habían pasado, quizá fuera más fácil que le perdonara.

—Algunas... entonces, si soy un Alas Negras me marcharé con Kennan; si soy una Alas Blancas mi destino está unido a Adriel; y si soy una Visionaria, que es lo que parece, ¿tendré que pasar mi vida con David? ¿Alejada de vosotros?

—Eso solo es una decisión tuya. No se puede elegir a quien amar — contestó su padre—. Alma, el amor es algo que no tiene explicación. A pesar de ser diferentes, nuestro amor nos unió. No dependerá de lo que vayas a ser, sino de lo que tu corazón siente y hacia quién.

—¡No quiero ser malvada! —exclamó con la voz rota de desesperación.

—¿Yo soy malvada? Solo uno elige su destino.

—¿Tú luchas contra Samuel o contra Balthazar?

—Balthazar me desterró hace mucho... —susurró Laya.

—Cuando me eligió a mí —dijo su padre orgulloso.

—Mamá, todo esto es de locos. ¿Por qué soy tan importante?

—Tú equilibrarlas la balanza. Si resultas ser una Alas Negras, entonces Balthazar tendrá la llave para abrir a Sala de las Almas Grises —explicó su padre.

—¿La llave? ¿Qué llave? —interrumpió Alma impaciente.

—No qué, hija mía —puntualizó Altair—. Quién.

—¿Yo? —susurró incrédula.

—Sí, tú. Tu madre fue la llave una vez pero eligió desobedecerle, él necesitaba otra alma oscura que fuese la llave. Si eres una Alas Negras como tu madre, Balthazar tendrá la llave.

—Pero son necesarias tres almas.

Altair la miró con pesar. Desde luego Alma conocía más cosas de las que se imaginaba, había llegado la hora de tener una charla con su hija.

—Siéntate junto a mí, Alma —ella dudó, pero la voz de su padre no escondía su súplica, eso la hizo obedecer. Después de todo, siempre había deseado saber más cosas sobre su padre.

—Sí, son necesarias tres almas para abrir la sala. La de Balthazar, la de tu madre y la mía. Balthazar sabe que tu madre no cederá y que yo no dejaré que os pase nada y accederé a sus peticiones.

—Así que si soy una Alas Negras, seré la llave que libere a las Almas Grises y condenaré al mundo... ¿y si soy una Alas Blancas? Entonces él no tendrá nada que hacer. Al menos no de la forma en que desea, ¿no?

—Así es hija mía, por eso era tan importante mantenerte alejada de él, si te encuentra antes de conocer qué rumbo va a tomar tu alma, tratará por todos los medios de engañarte hasta conseguir lo que anhela.

Alma observaba a sus padres sin apenas hablar; Laya apoyaba a su padre en todo lo que decía, su mano apretaba con fuerza la de Altair para animarle a continuar y demostrar que estaba de acuerdo con todo lo que había explicado asintiendo con la cabeza a cada frase de él.

—¿Por qué desea liberarlas? —preguntó de nuevo.

—Cree que esta vez podrá dominarlas —informó Altair—. Nunca hay que subestimar a Balthazar. Es capaz de cualquier cosa.

—Pero no lo entiendo, ¿por qué yo? ¿Por qué vosotros? Y tú, mamá, ¿por qué eres una Alas Negras pero estás con los Alas Blancas?

Su madre la miró apenada, tal vez habían errado en su decisión de dejarla sola y mantenerla al margen.

—Alma... —continuó su padre—, nuestra historia es algo complicada. Tu madre y yo tuvimos la suerte de encontrarnos. No es frecuente que dos almas gemelas lo hagan. Aun así desde el momento en que la vi supe que era ella.

Pero Balthazar no soportaba la felicidad que habíamos logrado y una noche me atrapó. La crueldad de Balthazar no conoce límites, y acabó con mi vida frente a tu madre, que quedó malherida. Los hombres que se habían encargado del trabajo de Balthazar la abandonaron bajo la lluvia para que esperase a la muerte que estaba por llegar.

Mientras su padre hablaba, las imágenes que Alma había vivido la abrumaron por la intensidad del recuerdo, notaba la lluvia fina y fría de la noche caer sobre su cuerpo lastimado; podía sentir el escozor de las heridas aún calientes en su piel y vislumbró al hombre entre tinieblas que le ofrecía un pacto. El mismo que en su desesperación aceptó; la lucha de su madre contra esos malditos bastardos que tanto mal le habían causado y cómo disfrutó con su muerte. Ahora entendía el sentimiento de alivio al verlos muertos; ¡la habían hecho sufrir tanto!

Recordó el amor que la embargó, el miedo al verle entre rejas, la desesperación de su madre ante sus heridas, todo el daño que Balthazar les había causado... ¿para qué? Para vengarse de su padre y gobernar el mundo humano.

Una tristeza inmensa llenó su corazón y supo cuánto habían sufrido sus padres y lo difícil que les habría resultado estar separados tan solo por protegerla porque la amaban. Ese hecho hizo que sintiera un gran nudo en la garganta y que el rencor que quería sentir por su padre se desvaneciera.

Se levantó de la silla despacio y se acercó hacia su padre que, con los ojos llenos de emoción, la recibió con los brazos abiertos.

Altair no sabía qué había sucedido pero su pequeña había comprendido lo ocurrido. La arropó entre sus brazos y dejó que sus alas brillantes y majestuosas la abrigaran entregándole todo el calor que había guardado durante todo ese tiempo, unos años difíciles que ahora tenían su recompensa.

Laya se acercó a su familia, al fin estaban reunidos. Y así, abrazados, permanecieron un largo instante en el que las lágrimas por lo perdido y por lo encontrado se derramaban confundidas las unas con las otras.

De repente Alma se sacudió las lágrimas y habló.

—Kennan... —dijo de repente—. Su padre... ¿me ha engañado? ¿Crees que todo formaba parte de un plan? ¿Que nada de lo que parece sentir por mí es cierto? —su voz sonó herida ante la posibilidad.

Esperaba mientras sus padres se dedicaban una mirada, cuando su madre asintió y su padre contestó.

—De eso, hija mía, solo tú tienes la respuesta.

Capítulo 20

El agua estaba a la temperatura justa y Alma se sintió aliviada y relajada, necesitaba con urgencia quitarse el polvo y la suciedad acumuladas en su piel en los últimos días. ¡Era de locos! Exceptuando a su madre y a Kennan, que se habían enfurecido con Adriel, los demás presentes en la sala parecían aburridos como si fuese lo más normal del mundo, y quizás lo era.

Suspiró profundamente mientras su madre le frotaba la espesa mata de pelo y se ponían al día de todo lo sucedido, desde el beso de David, donde había empezado todo, hasta el rapto de Adriel. Sin olvidar que su madre era una Alas Negras... buena, algo muy extraño, ¿lo sabría Armando? No, no lo creía. Sentía una animadversión hacia ellos enorme, si lo hubiese sabido no les habría dado cobijo.

—Mamá... —titubeó—. La chica de mis sueños eras tú, ¿verdad?

—Sí, hija, era yo.

—Lo siento tanto... —dijo apenada, pues aún recordaba su dolor.

—Tú no eres la culpable de nada, pequeña.

—Fue raro verte cubierta por la bruma, mamá.

—Suele pasar la primera vez, pero te acostumbrarás. Además, todo lo que pude sufrir mereció la pena; os tengo a ti y a tu padre. Siento no haber podido contártelo, Alma, pero tu padre y yo decidimos que era más seguro no intervenir.

—Mi padre... ¡Joder, mamá! Mi padre es uno de los importantes y no me habías dicho nada. Ni una leve insinuación nunca... no entiendo nada, en serio, mamá. Me siento confundida, perdida... los sueños... en ellos te vi sufriendo, sentí tu dolor, tu agonía, la furia, el sabor de la venganza... tardé días en hacerlo desaparecer de mi cuerpo. Y la bruma, esa extraña niebla oscura que te cubría al igual que a Kennan.

—Bueno, hija... soy lo que soy, así que tendrás que acostumbrarte.

—Sí, supongo que tendré que aceptarlo como algo natural por extraño que sea —susurró con una débil sonrisa de aceptación.

—He visto cómo le miras y cómo lo hace él.

—Bueno, entonces supongo que amo a dos Alas Negras. ¿Qué va a ser de mí, mamá? Estoy asustada, no deseo estar con David y por supuesto que nadie, aunque resulte ser una Alas Blancas, va a obligarme a que sienta algo por ese maníaco de Adriel. ¡Lo odio, mamá!

—No deberías, ese sentimiento es muy de... Alas Negras.

—También de Frágiles... —susurró.

Por un instante se quedaron en silencio, Alma observaba a su madre. Por más que trataba de encontrar en ella un rastro de maldad, tan solo era capaz ver a su madre, con sus defectos, pero solo su madre. Quizá esa atracción que sentía hacía Kennan no era del todo injustificada. Después de todo, desde pequeña había convivido con una de ellos.

—Tenemos que evaluar todas las posibilidades, Alma. Las visiones me hacen sospechar que quizás vayas a ser una Visionaria, y en el peor de los casos será lo mejor; Balthazar no podrá liberar a los Alas Grises de nuevo.

Ambas sopesaron las palabras en silencio. Alma sabía cuánto habían luchado sus padres por encerrar a los Alas Grises, y aunque probablemente fuera lo mejor, no estaba segura de que fuese lo más conveniente para ella. Pero ¿qué quería realmente? Estar con Kennan era lo único que sabía con seguridad. ¿Sería real lo que él sentía por ella? ¿O sería un plan maléfico de Balthazar para conseguir la llave?

—Alma, no estés triste... —musitó su madre mientras le aclaraba el cabello—, también puede ser que te transformes en una Alas Negras, tu atracción por Kennan es fuerte y además existe ese odio casi inexplicable por Adriel.

—¿Inexplicable? —gritó—. Es un ser egoísta, engreído y pretencioso, ¡y eso que es un Alas Blancas! Joder, mamá, olvidas que me golpeó, me raptó y me ha tenido encarcelada. Creo que los motivos para odiarlo son evidentes y desde luego justificados.

—No, no lo olvido —su voz se tornó dura y fría—. Bueno, no todos los Alas Blancas son iguales —sonrió Laya tratando de mantener la calma.

—Un Alas Blancas, como mi padre. ¡Mi padre! Después de todo tengo uno. Y menudo padre... —murmuró.

Recordó de repente a su padre encerrado en esa pútrida celda, al igual que ella lo había estado; su estado patético, su ala partida, su cuerpo plagado con marcas de golpes y todo por su madre. La mujer a la que amaba y por la que se había arriesgado a introducirse en la guarida de los Alas Negras, enfrentándose a Balthazar tan solo para averiguar si ella estaba bien.

Balthazar... pensar en él le trajo ese sabor amargo del odio que despertaba en ella, ¡había hecho sufrir tanto a sus padres!

—Deberías darle una oportunidad, Alma. Él hizo lo que creyó más conveniente, solo le importaba salvarte de las garras de Balthazar. Estábamos confundidos, nunca había llegado a buen término una gestación de dos Alados con diferentes esencias. Samuel no supo predecir qué serías... y decidimos que lo mejor era que ambas nos camufláramos entre los humanos. Su olor disimula el nuestro, se mezcla si pasamos mucho tiempo rodeados de ellos y cuando todo empeoró, nos brindaron refugio.

—Armando sabe que tú.

—Supongo que lo sospecha. Ahora, voy a prepararme para la cena. Te veo abajo en un momento, mi niña —se despidió, sacudiendo la húmeda mano en la bañera para deshacerse de las gotas de agua y espuma adheridas a la piel.

—Hasta ahora, mamá.

Una vez a solas, se alejó perezosa del agua y se envolvió en una gran toalla. Se frotó enérgicamente la piel para tratar de que retomase su habitual color rosado y que la palidez que acusaba su piel por los días de encierro, junto con el hambre y la soledad, desaparecieran.

Se atrevió a echar un vistazo a su espalda y ahogó un grito. A pesar del transcurso de los días, la zona afectada seguía teñida con tonos desde el amarillo claro al verde oscuro. Prácticamente toda su espalda era una mancha difusa de colores, por lo que no le extrañó la reacción de Kennan y de su madre.

Estaba acabando de vestirse para bajar a cenar cuando golpearon la puerta un par de veces. Dejó su cabello sin terminar de cepillar y al abrir la pesada puerta se encontró con otra sorpresa inesperada: David.

—¿Qué haces aquí? —preguntó cortante.

—He venido a buscarte para la cena —contestó con una sonrisa socarrona.

—No tenías que haberte molestado, creo que ha quedado claro que ya no necesito una niñera. Además, he dejado de ser tu objetivo. Quedas liberado de tu obligación.

—Alma, no lo entiendes, yo te... —David no pudo seguir, la cara de Alma mostraba un desagrado hacia él desconocido. ¡Él la amaba! ¿Por qué estaba tan ciega? Ese maldito Alas Negras.

—¿Tú, qué? Me engañaste haciéndome creer que significaba algo para ti y no era así. Tan solo llevabas a cabo tu misión. ¡Espero que tu padre te

premie por ello!

—¡Discutí con mi padre! Mis sentimientos hacia ti no han sido fingidos nunca. ¡Lo que siento por ti es real!

—Lo siento, David, pero no te creo. De todas formas todo eso pasó a la historia, yo... —estuvo a punto de confesar lo que sentía por Kennan, pero decidió que aquello no le importaba a nadie.

—Tú sientes algo por ese ser despreciable, lo sé. ¡Lo vi! Tan solo espero que sea un ardid de Balthazar y que pronto entres en razón.

La rabia y la impotencia consumían a David, aunque le doliese admitirlo era evidente; Alma sentía algo muy profundo por Kennan. A él nunca le había mirado de esa forma, como si nada más importara en el mundo excepto él. Y eso deseaba para él. Esa mirada.

—No hables así de Kennan —replicó—. Es mucho mejor que vosotros dos.

—¡Es un maldito Alas Negras! —exclamó, y escupió al suelo en señal de desprecio.

—Mi madre es una Alas Negras y tal vez yo sea otra. ¿No has contemplado la posibilidad? —le retó.

—La verdad es que no. Yo solo quiero estrecharte entre mis brazos otra vez... Acércate, Alma... Solo una vez más, por favor —suplicó.

—Aléjate, David, no quiero lastimarte, pero lo haré si tengo que hacerlo.

David ignoró sus advertencias y se acercó para cogerla fuerte por los brazos, estrechándola contra él.

—Déjame o gritaré —amenazó entre dientes mientras trataba de deshacerse de su abrazo.

—¿Y crees que tu novio oscuro vendrá a salvarte? —sonrió burlón.

—No necesito que nadie me salve. Pero sí, creo que él estaría dispuesto a romperte la cara.

—Y lo haré muy gustoso si no apartas tus sucias manos de lo que es mío. —La voz de Kennan interrumpió a Alma.

David se quedó petrificado, al igual que ella, no se acostumbraba a oírle hablar de esa forma. Era aterrador. Soltó a Alma al instante y ambos lo miraron.

Allí estaba, frente a ellos, con sus Alas Negras extendidas, la bruma oscura envolviéndolo y la mirada oscurecida por la furia. En sus ojos apenas quedaba rastro del profundo zafiro que en realidad poseía su iris, parecía muy peligroso y lo era.

Alma temió por David. Después de ver lo que le sucedió a Adriel estaba segura de que el Frágil no iba a sobrevivir a uno de los golpes de Kennan. En ese momento se dio cuenta de que Kennan era letal.

—Kennan, estoy bien... —dijo pacificadora—. No ha sido nada. David, lárgate ya. ¡Ahora! —ordenó.

—Esto no quedará así —murmuró David mientras se alejaba. La humillación que acababa de hacerle pasar ese maldito Alas Negras no iba a quedar impune. Quizá no era tan fuerte como él, pero desde luego sabía cómo hacerle daño y dejarlo postrado a sus pies. Tan solo necesitaba las herramientas adecuadas.

Alma se acercó a Kennan y entrelazó sus manos en las de él; sintió su furia, su odio y su miedo como propios. Era extraña la conexión, como si de alguna manera se pertenecieran.

—Kennan, mírame... —le rogó.

Él obedeció, mirándola a los ojos.

—Kennan, ¿por qué tienes miedo? ¿De qué?

La inesperada pregunta hizo que regresara a la realidad, salir del mundo oscuro en el que se encontraba en ese momento.

—¡No temo a nada! —dijo orgulloso. Pero mentía. Temía perderla.

Ese maldito sentimiento se había instalado en su corazón y empezaba a echar raíces, pequeñas pero fuertes. No podía dejar de pensar que no la merecía, pero aun así la deseaba en su vida. No podía ni quería perder ese calor que ella despertaba en su interior. Aunque eso era algo que nunca reconocería.

—Está bien, escucha Kennan, da igual lo que opinen o digan los demás. No pienso alejarme de ti, no podría —musitó, haciendo que las palabras se confundieran con el beso que le regaló en los labios.

Kennan la apresó entre sus brazos, envolviéndola con sus alas para protegerla, arroparla y demostrarle que él la cuidaría siempre. La besó con toda la pasión de la que era capaz y Alma sintió que su cuerpo desfallecía. Un sentimiento desconocido hasta ahora la envolvía, embriagaba y consumía. La nube de lujuria penetraba por todos los poros de su piel y aturcía sus sentidos, despertando un deseo irreconocible, intenso y ardiente.

—Dime... —dijo jadeando— que siempre serás mía, Alma.

—Kennan, tal vez yo... me transforme en una Alas Blancas o en una Frágil y solo tal vez en una Alas Negras. ¿Sabes lo que eso significa?

—No me importa lo que vayas a ser. Te quiero en mi vida. ¡Siempre! Eres el sol que brilla en mi oscuridad. Tus caricias hacen que sienta mi piel arder;

tus besos que mi corazón empiece a latir con vida... Lo eres todo. Prométeme que serás mía siempre. Creí enloquecer cuando no supe de ti, no era capaz de encontrarte y temí lo peor.

Sus palabras le llegaron al rincón más profundo del alma. Él sufría y padecía por ella. Quizás no fuese cierto que los Alas Negras no pudiesen amar.

—Siempre seré tuya. Ahora y siempre —se sorprendió diciendo.

Él levantó sus manos entrelazadas y la miró de nuevo.

—Mía, ahora y siempre. Pase lo que pase.

—Tuya, ahora y siempre. Pase lo que pase —repitió.

La boca de Kennan se tragó su aliento, dejándola sumida en la oscuridad. Su beso se hizo profundo y ella deseó que ese instante fuese eterno. Lo amaba, estaba segura de eso y también de que en estos momentos le entregaría gustosa su alma a Balthazar si le permitía pasar la vida junto a Kennan.

Kennan saboreó la boca de Alma con su lengua mientras sus dientes mordían suavemente la tierna y delicada carne de su labio inferior.

Alma no podía dejar de suspirar su nombre. Sus manos volaron para enredarse entre el cabello rojo radiante de Kennan, igual de brillante que el fuego que despertaba en su interior. La pasión la consumía, nublando de nuevo sus sentidos, plenos de oscuridad.

Las manos de Kennan le acariciaban con delicadeza la espalda a Alma. Sus dedos helados dejaban marcas incandescentes sobre su piel logrando que un gemido de satisfacción escapara de su boca y muriese en la suya, mientras esta dibujaba una sonrisa traviesa.

Kennan sintió que moría de placer y la atrajo más hacia él. Aun así sentía que le sobraba su propio cuerpo, necesitaba tenerla más adentro, una tormenta de sentimientos encontrados los embargó: dudas, miedos y deseos.

Alma era consciente de que debía detenerlo. Si seguía con sus caricias tortuosas y sus besos devoradores no iba a ser capaz de contenerse, y la verdad era que con cada beso, con cada caricia, la arrastraba más cerca del abismo.

La camiseta de Alma desapareció y su piel quedó desnuda y expuesta ante su mirada hambrienta.

—Kennan... —susurró avergonzada, tratando de ocultar la desnudez a los ojos de su amado, que la devoraba con los ojos perdidos en la misma pasión que la retenía a ella.

—Alma, te deseo ahora y siempre. No me pidas que me detenga porque si lo haces moriré de anhelo —la voz de Kennan suplicaba a Alma y sus ojos constataban el deseo que sentía por ella.

—Estoy asustada, soy joven... somos jóvenes —trató de excusarse.

La camiseta de Kennan desapareció ante sus ojos, dejando su torso perfecto desnudo. Sus alas se desplegaron presumiendo del poder que poseía, sus tatuajes ahora parecían reveladores, en ellos podía leer su nombre, ¡su nombre! Un sol oscuro creado con su propio nombre; hizo que su garganta se secase por la emoción. Era lo más hermoso que había visto nunca.

La mirada de Kennan estaba perdida en su cuerpo reflejando el mismo sentimiento de necesidad que sentía ella, y ese fue el detonante.

—Alma... —susurró con la voz ronca de pasión—, te quiero en mi vida siempre.

—Te quiero, Kennan. Ahora y siempre.

Los brazos de Kennan la estrecharon. Sus alas la envolvieron, protectoras, su cuerpo la arropó y su boca la hizo suya. Ahora sus lenguas enredadas reclamaban más del otro, sus cuerpos estaban fusionados por un fuego invisible pero poderoso.

Alma notó su cuerpo reaccionar descontrolado por sus caricias. La humedad crecía entre sus muslos, su garganta era un árido desierto y sus manos hambrientas no se saciaban de su cuerpo. Notó el sexo de Kennan excitado golpear el suyo. Gritaba que lo dejase entrar, que lo necesitaba. Debía tomar una decisión y dudaba, hasta que las manos de Kennan apresaron sus nalgas y la arrastraron a la cama.

Lo sentía sobre ella, con su helada piel calentándola. El fuego contra el hielo. El bien contra el mal. La luz contra la oscuridad.

Cuando las manos de Kennan tomaron uno de los sensibles pechos de Alma y su boca se hizo con su turgente y rosado pezón ella aulló su nombre sin poder evitarlo. Las llamas del infierno la consumían y la sensación merecía la pena; incluso la condena eterna valdría la pena.

Las manos de Alma acariciaron la espalda desnuda de Kennan, que al notar el contacto ardiente gimió enloquecido. Los jadeos de ambos se confundieron en uno solo.

Las manos descontroladas de ambos se regalaban caricias ardientes y antes de darse cuenta estaban desnudos; piel contra piel, y aun así no les bastaba, necesitaban más.

Sus bocas se unieron en una nueva danza desesperada de besos, jadeos y gemidos. El calor abrasaba a Alma y su cuerpo ansiaba apagar ese fuego con

él.

Abrió sus piernas, invitándole a entrar.

—¿Estás segura? —su voz, ronca y entrecortada, mostraba sorpresa.

—Sí, lo estoy.

Al pronunciar esas palabras, él no dudó, no esperó. La penetró despacio, sin prisa, acariciando con los dedos el clítoris infamado entre los rizos que ocultaban todo el deseo de Alma. Ese deseo que satisfacía con su invasión.

Una vez dentro de ella, Kennan se quedó en silencio, mirándola con veneración; sus manos acariciaron el rostro de la mujer que despertaba en él ese sentimiento parecido al amor y los ojos de Alma se perdieron en esa mirada sincera. Solo podía verle a él, imaginándose cada día de su vida junto a ese ser tan perfecto.

Alma le acababa de entregar lo único que verdaderamente le pertenecía y lo que nadie le podía obligar a dar ni decidir a quién se lo entregaba. Acababa de entregarle su alma, su amor. Eso la emocionó y sus ojos se bañaron de una suave capa de lágrimas.

—¿Te hago daño? —susurró preocupado.

—No, al contrario, Kennan, me haces muy feliz.

El Arcángel cobró valor al oírla y comenzó a moverse dentro de ella con suavidad. Estaba haciendo todo lo posible por contener a la bestia que deseaba embestirla con fuerza y trató de concentrarse en la caricia dulce, suave y embriagadora que ella le regalaba cada vez que elevaba sus caderas reclamando más.

Alma necesitaba sentirle aún más dentro de ella y abrió más sus piernas para que pudiese penetrarla mejor.

Ante la invitación, Kennan se excitó y su virilidad creció más, inflamándose hasta el punto de estallar y arrancar gemidos de placer de la boca de ella.

Alma se relajó y los besos y caricias de Kennan hicieron que la lujuria se apoderara de ella. Agarró su espalda para aferrarse a algo real, pues se sentía transportada a un mundo diferente en el que la pasión la cegaba como un sol oscuro y abrasador, aturdiéndola y arrastrándola al igual que en sus visiones. Solo que esta era real.

Kennan aceleró el ritmo y el suyo, desaforado, se unió a la danza. Los jadeos y gemidos de ambos se mezclaron para acompañar el baile de sus cuerpos. La sensación nació de repente, un pequeño temblor desconocido que le robó a Alma la respiración.

El temblor creció y sin saber cómo contenerlo se aferró a la espalda de Kennan, dejando la marca de las uñas en su piel, que solo fue liberada cuando el temblor explotó, dejando escapar un gemido desgarrador que se llevó parte de su alma para alimentar la de él.

Su mirada complacida y perdida en la oscuridad del deseo le regaló una imagen de ella diferente a todas las demás.

Satisfecha, quiso decir algo, pero no era capaz de hallar las palabras entre los jadeos que la sacudían, y así, con un último jadeo ensordecedor, Kennan alcanzó el clímax.

Sus cuerpos se relajaron y Alma cerró los ojos para disfrutar ese momento que perduraría para siempre tatuado en su alma. Kennan se tensó, paseaba sus dedos gélidos por la espalda de Alma. Sin duda, estaba viendo de nuevo las marcas que ahora se vislumbraban con más claridad al estar desnuda y comenzó a regar con una húmeda lluvia de besos la zona afectada.

—Alma —susurró entre beso y beso—, el rito de unión se ha cerrado, ahora eres mía. Nadie podrá tocarte nunca más. Jamás —musitó con esa voz escalofriante que siempre la impresionaba—. Si lo hacen, tengo el derecho de acabar con sus vidas. —La voz de Kennan era seria y mortal. No bromeaba.

—¿De qué hablas, Kennan? —preguntó, algo asustada.

—Hemos formalizado nuestra unión, ahora es irrompible.

—¿Qué quiere decir eso? ¡Ni que nos hubiésemos casado! —exclamó en broma, mirándolo a los ojos.

—Supongo que ese sería el término más aproximado —contestó serio.

—¿Estás loco? ¡Espero que sea una maldita broma! ¡No tengo ni siquiera dieciséis años, soy muy joven para estar casada! Es una broma, ¿verdad? ¿Verdad, Kennan? —repitió, negándose a creer que era cierto.

—Ya es tarde para arrepentimientos. No hay marcha atrás. Me perteneces ahora y para siempre. Vístete —sonrió—. ¡Hay que anunciarlo! Aunque Samuel ya lo sabrá.

—¿Cómo lo va a saber?

—Él lo sabe todo.

—¡Kennan, estás loco!

—Sí, Alma, he perdido la razón, por ti. Porque cuando estoy contigo nace en mí un sentimiento desconocido que me abrumba, me hace temblar y desearte desesperadamente. Necesito saber que estás a salvo, que eres feliz. Eso es lo que despiertas en mí. Cuando pienso en que alguno de ellos trate de tocarte o besarte, de hacerte suya y que tú aceptases... solo puedo pensar en cómo cosería mi alma rota, destrozada por tu pérdida.

—Kennan, eso es muy hermoso. Pero no es necesario... —trató de replicar, dividida entre la emoción y el miedo.

—Para mí lo es. Si de verdad sientes por mí amor, dámelo. No te arrepientas.

—Está bien, Kennan. Estoy segura de mi decisión, espero que tú lo estés con la tuya.

Temblando de miedo y unida a la mano de Kennan, que la apretaba con fuerza contra él otorgándole el valor necesario para enfrentarse a la situación, se presentaron en el salón. El mismo donde hacía unas horas Kennan había golpeado con crudeza a Adriel.

Capítulo 21

El trono de Samuel relucía en mitad de una estancia prácticamente vacía. No había nada lujoso a su alrededor, aunque sí grandes ventanales por donde la luz, escasa, entraba a raudales. La abertura del techo ayudaba a darle un aspecto etéreo dejando a los rayos, ya rojizos y más apagados, reflejarse en el suelo, que brillaba como un cristal.

Alma suspiró, apretándose más al cuerpo de Kennan. Ahora no estaba sola, lo tenía a él para protegerla, consolarla y luchar si era necesario junto a ella. Las dudas la embargaban, pero pensó que si su madre había confiado en su juicio, también la iba a apoyar en su decisión.

Cuando entraron en el enorme salón, unidos, todo el mundo se quedó en silencio.

—¿Qué significa esto, Alma? —preguntó su padre molesto al verla de la mano de él—. ¡Kennan, déjala! ¡Eres digno hijo de tu padre! Nunca perdéis una oportunidad. Sin duda Balthazar tiene que estar muy orgulloso de su retoño.

—Lo estoy, hermano, lo estoy. Pero ese del que hablas, pese a no ser plato de tu gusto, es tu sobrino —de repente, una voz cadenciosa, profunda y muy atrayente llenó sus oídos.

—Balthazar, no sabía que vendrías —musitó Samuel.

—No he querido que lo supieras. He llegado, al parecer, justo a tiempo. ¡Altair, qué desagradable sorpresa! Laya, eso no va contigo. Los años te tratan bien, estás tan hermosa como siempre. Como te recordaba.

—Ya es más que suficiente, querido esposo —dijo una voz angelical detrás de él.

Cuando Alma vio a la mujer supo de inmediato quién era, no era fácil olvidar un rostro tan perfecto y hermoso ni un cuerpo como el de ella. Pero sobre todo recordaba el sentimiento de apoyo que le brindó a su madre.

—Lylh... —susurró.

Todos se giraron hacia Alma, que había hablado en voz más alta de lo que pensaba. O tal vez ellos podían oír hasta sus pensamientos.

—¿Me conoces, pequeña maldita? —preguntó con su voz hermosa, parecida al tenue sonido de campanillas movidas por el viento.

—¿Pequeña maldita? —repitió Alma tartamudeando.

—¡Ella no está maldita! —dijo su madre, que había salido de su estupor.

—¡Hola, Laya! Ha pasado mucho tiempo, aunque me temo que no el suficiente.

—Lylh, sigues tan terca como siempre. Pensé que los años habrían ablandado tu dura mollera, pero veo que no es así. Mucha belleza exterior pero vacío el interior. Una pena.

Lylh hizo amago de herir a su madre. Sin embargo, Balthazar alzó a mano y ella se detuvo en seco.

Alma lo comprobaba con sus propios ojos, y aun así no podía creerlo. A eso se referían todos, Balthazar era el amo de sus almas, el que controlaba sus voluntades y sus cuerpos.

—Hemos venido en son de paz —habló de nuevo Balthazar, con esa seductora voz que provocaba caricias inesperadas en la piel a Alma—. Queríamos comprobar que Kennan, nuestro hijo, estaba bien. Nell nos informó. Y vosotras dos —dijo refiriéndose a su mujer, Lylh y a la Laya, dejaos ya de chiquilladas, sois amigas.

—Lo fuimos —murmuró Laya.

Alma observó el parecido de Kennan con su padre, aunque apreciaba que solo parecía ser físico. Su pelo era del mismo color rojo brillante que el de su progenitor y el rostro anguloso y perfecto también, aunque sus ojos tenían la forma de su madre. Kennan era algo más alto y fuerte o, quizás era solo más joven. Alma los miraba y podía ver lo parecidos que eran y a la vez lo diferentes.

Kennan estaba atónito, lo último que esperaba era ver a sus padres en el salón. Había creído tener algo de tiempo para convencer primero a Samuel y Altair que sus sentimientos eran verdaderos. Pero ahora con su padre allí, presentía que nada iba a salir como él deseaba.

—No iba a permitir que lastimaran a tu hijo, Balthazar —contestó Altair.

—Lo sé, hermano, lo sé. Aun así quería verlo con mis propios ojos. La hija de Laya sin duda ha heredado su belleza. Sus mismos ojos verdes. Su fuerza. ¿Qué heredó de ti, hermano? —su voz era dura, distante—. Ahora, hijo, ven. Suelta su mano.

—Nunca pensé que diría esto, pero por una vez estoy de acuerdo con un Alas Negras. Suelta a Alma —dijo Adriel desde algún rincón apartado.

—Yo también soy de la misma opinión. Déjala, Kennan. Aléjate de ella para que respire aire puro y deje de pensar que siente algo por ti —apoyó David, hombro con hombro junto a Adriel.

Kennan se enfadó por las órdenes que esos miserables se creían con derecho a darle y extendió las alas. Adriel hizo lo propio con las suyas y David, en clara desventaja, desenvainó su espada: iban a luchar.

—¡No me alejaré de ella porque vosotros me lo pidáis! —rugió mostrando los dientes.

—¡Pero lo harás, porque yo te lo ordeno! —tronó su padre.

—¡Calmaos! Todos vosotros estáis bajo mi techo y respetareis la paz. A pesar de que no os gusten los invitados —intervino Samuel.

—Parece —dijo Lylh dirigiéndose a Laya— que tu hija también ha heredado la facultad de jugar con los hombres. No creo que ellos sean los culpables, sino esa pequeña ramera.

—¡Déjala al margen, Lylh! —advirtió Laya, cubierta por la amenazante bruma.

—Mamá, ¿qué insinúa?

—La habéis mantenido al margen, ¿verdad? No le has contado nada de nuestra historia. No sabe que es una pequeña maldita ni que su madre hace mucho tiempo también jugó a dos bandas.

—Mamá, ¿de qué habla? —interrogó a Laya, que no parecía dispuesta a decir nada—. ¡Contesta! —exigió.

—Nada. No te preocupes, más tarde hablaremos.

Alma, de nuevo, no entendía nada; ni siquiera los habían dejado contarles la buena nueva, enredados en antiguas disputas. Aunque quizás no era una buena noticia, sino mala.

—¡Silencio! —bramó Altair—. Ya es suficiente. ¡Lylh, déjalo ya!

—Ya que estamos todos reunidos vamos a cenar tranquilos. Por favor, dejad las peleas. Necesito pensar —dijo Samuel.

Todos, incluidos Balthazar y Lylh, tomaron su asiento en la mesa sin protestar demasiado. Nadie habló. Alma estaba incómoda. Algo extraño ocurría: Balthazar no dejaba de mirar a sus padres y su mirada se volvía felina cada vez que estos intercambiaban miradas; Lylh, por su parte, miraba furiosa a su marido. Adriel y David estaban serios, Kennan y Alma se miraban sin saber qué hacer.

El cabello de Balthazar poseía el color del fuego del mismo infierno de donde había salido, sus ojos eran oscuros.

Kennan se semejaba a él solo que este era algo mayor y más tenebroso. Lylh tenía una belleza madura que dejaba sin aliento. Y Laya... ella era la más hermosa de todos: su pelo oscuro y salvaje se rizaba en las puntas; con brillantes ojos verdes y cuerpo esbelto. Tenía las curvas perfectas. Alma podía entender por qué Balthazar no podía dejar de mirarla.

—¿Por qué quieres liberar a las Almas Grises, Balthazar? —preguntó Alma sin pensar.

La mirada de Balthazar se iluminó. Le agradó la osadía de Alma, su inocencia y frescura al preguntar lo que todos deseaban saber y no se atrevían a formular.

—Creo que a todos les interesa la respuesta, pero ninguno se atreve a realizar esa pregunta, excepto tú. Me recuerdas mucho a tu madre: rebelde, valiente, hermosa... puro fuego. Comprendo por qué Kennan ha caído rendido ante ti. Ninguna otra lo hubiese conseguido.

—No, supongo que solo la hija de la famosa Laya —dijo Lylh despectivamente.

—Ahora yo no soy el tema de conversación. Lylh, déjalo estar, por favor. ¡Por nuestros hijos!

—No puedo, nunca podré. No mientras él te siga mirando de esa forma —dijo de forma despectiva señalando con la mano la cara de Balthazar—. De esa manera tan especial con la que nunca me mira a mí. —Tras dedicarle esas palabras de odio, dio otro sorbo a su copa.

Alma se quedó boquiabierta. Balthazar ni siquiera se molestó en desmentir lo que su mujer insinuaba.

—Ella eligió a Altair. Fin de la historia, Lylh —sentenció Balthazar.

—Y todavía sigues herido —recalcó Lylh.

—No hay motivos para eso —dijo su padre—, lo nuestro es historia antigua.

—No tan antigua. Parece que ahora tu hija está de nuevo poniéndolo todo patas arriba.

—Madre —dijo Kennan—, ella no ha tenido nada que ver.

—Hijo, no sabes lo que has hecho, ahora estarás maldito como ella —su voz sonó preocupada.

—¡No estoy maldita! —espetó Alma cansada. ¿Por qué esa mujer se empeñaba en arruinarle el día?

Laya agachó la mirada sin saber qué decir; Alma sospechaba que se comportaba así porque no deseaba mentirle, pero tampoco decirle la verdad.

—¿Altair? —preguntó.

—Como ninguno quiere hablarte de ello, pequeña maldita, lo haré yo con sumo gusto —se regodeó Lylh mientras se levantaba de su asiento con una gran copa de vino en las manos—. Estás maldita, como tu madre. Es vuestra maldición: hermosas, rebeldes, fuertes... pero también malditas. ¡Por desobedecer a vuestro dueño, a vuestro amo! Ahora, Alma, te has convertido en la llave que abre la caja. Serás una Alas Blancas o Negras, tu alma es necesaria para abrir la sala y al final tendrás que ser sacrificada. Supongo que por eso tu madre no ha puesto el grito en el cielo por haberte unido a Kennan. Estás unida a él, le perteneces a él y por consiguiente a su amo. Has entregado tu alma a Balthazar y él jamás duda. Entre sus planes está la liberación de las Almas Grises. ¡La destrucción de todo como lo conocéis! —se carcajeó fuera de sí.

—Sigo sin entender por qué. Si la primera vez tuvisteis que encerrarlos, ¿qué ha cambiado ahora? —preguntó Alma sin dejarse intimidar por la madre de Kennan.

—Balthazar es más poderoso que antes, sabrá manejarlos y los Alas Blancas no están en su pleno apogeo para poder luchar contra los Alas Grises y los Alas Negras a la vez —sonrió mientras se pasaba su rosada y tentadora lengua por su labio inferior.

—¡Me negaré! —dijo Alma, segura de poder lograrlo.

—No podrás, estás sometida. Mi hijo ha hecho bien su trabajo. Te ha cazado, Alma. Tu madre era una gran cazadora, ¿no es así, Laya? Pero tu hija.

—No es cierto, ¿verdad, madre? Kennan, ¿tú lo sabías? ¿Sabías esto? —él intentó obviar la pregunta de Alma, pero no pudo.

Kennan miraba a una Alma confundida y arrastrada a un mundo que no le pertenecía, que no era el suyo. Notó sus ojos oscurecerse por la tensión, no deseaba mentir, pero sabía que su respuesta no iba a gustarle.

—Lo sabía, Alma —susurró.

Esas palabras no eran las que deseaba oír, estaba furiosa. Se sentía engañada, atrapada en un juego sucio al que ni siquiera quería jugar y para colmo resultaba ser una pieza clave. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras se enfrentaba a todos mirándolos a los ojos. Luego regresó a Kennan. Ese sentimiento de desmesurada ira se había apoderado de su cuerpo otra maldita vez.

—¡Eres como todos! —bramó—. ¡Me has utilizado y engañado! Te has aprovechado de mis sentimientos hacia ti... —acabó susurrando, el dolor la llenaba.

—Soy un Alas Negras, ¿qué esperabas? ¿Cenas a la luz de las velas bajo la luna llena? ¿Paseos románticos a la orilla del mar? —Kennan no deseaba pronunciar esas palabras hirientes, pero su padre había tomado el control y él no podía hacer nada.

—¡Eres un cerdo!

—Sí, pero me amas —presumió.

—¡El amor se acaba si no se cuida!

—No para nosotros. Estás unida a mí, para siempre. —Kennan sintió miedo, aunque trataba de revelarse contra su padre no era capaz de resistir su orden. ¿Podría Alma dejar de amarlo? Solo pensar en aquella posibilidad le hacía temblar.

—Puede que esté condenada, pero tú te has condenado también.

—No pretendía que esto acabara así... —escupió sin embargo.

—¿Así? Hace un instante, cuando me has dicho.

—Mentí.

—No puedo creerlo. Sois todos unos miserables. No quiero volver a veros nunca más. ¡A ninguno! Mamá, ¿cómo has podido? —Alma salió de la estancia a toda prisa, no deseaba verle. ¿La había engañado? Por supuesto, era un ser oscuro.

Abrió la puerta y se topó de bruces contra el pecho de Nell.

—¿Qué sucede, señora?

—¡Me ha engañado! —gritó llorando.

—Lo dudo, señora.

—Sí, lo ha hecho todo por codicia.

Nell seguía a Alma, que lloraba desesperada. No podía creer lo que decía, aunque lo había escuchado todo a pesar de no estar en el salón.

—Sus sentimientos son auténticos. No sabes cómo peleó para sacarte de aquí. Se enfrentó él solo a todos los Alas Blancas, ¡en pleno día! —Se irguió orgulloso.

—Él mismo lo ha confesado, Nell.

—¿Seguro que ha sido él?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno... a veces... cuando Balthazar está cerca, es fácil decir cosas que no sentimos. Puede que no haya tenido más elección.

—De todas formas, todo lo que han dicho es cierto. Soy la llave que puede abrir la Sala de las Almas Grises. Voy a ser a causante de la extinción de la raza humana.

—Señora, las llaves no solo abren puertas. También las cierran.

—Gracias, Nell, eres un buen amigo, ahora necesito alejarme de aquí.

—¡Alma! ¡Alma, espera! ¡Demonios, Alma, no corras! —La voz de Kennan resonaba a su espalda. Había acudido a buscarla pero Alma huía de él, algo que no le extrañaba. Se había visto obligado a comportarse como un maldito cabrón. Pero ahora, más lejos de su padre, podía de nuevo tomar el control de su mente—. ¡Alma, perdóname! ¡Lo siento!

—¿Hablas tú o tu padre? —increpó.

—Lo siento, he sido un cretino.

—¿Un cretino? Eso se queda muy corto. ¡No tengo ganas de hablar contigo, ni siquiera soporto verte! Lo has sabido todo este tiempo y me has engañado. También tú. Confié en ti, me entregué a ti. Me has mentido. Todas tus palabras eran falsas.

—Déjame demostrarte que lo que siento por ti es real, por favor.

—¡Me engañaste! Me hiciste creer que yo era importante para ti para que aceptase tu propuesta. ¿Y, ahora? Estaré unida a ti de por vida, a un ser al que desprecio.

—No, Alma, no digas eso. Me hace... daño —confesó.

—¿Cómo herir a alguien que no tiene corazón ni sentimientos? —Le echó en cara.

—Lo que siento por ti es real. ¡Créeme! Ven, acércate, solo quiero mostrarte una cosa. —Su voz apenas era una súplica.

Alma dudó, la verdad era que a pesar de haberla herido era el único con el poder de consolarla. Le odiaba y amaba con todo su ser, era el causante de sus heridas más profundas, pero era el único con el poder de sanarlas. Toda una encrucijada. Se detuvo, dispuesta a darle una oportunidad y a escucharle porque en el fondo deseaba que él la amase, que lo suyo fuese real.

Kennan alzó el vuelo con ella en brazos y la llevó hasta la torre más alta. Desde allí todo era impresionante.

Decidió escucharle porque en el fondo deseaba que él hubiese sido una víctima más de su poderoso padre y no hubiese tenido otra opción que mentirle.

La luna iluminaba su oscuridad.

Con la necesidad de creerle escuchó sus palabras con máxima atención, intentando adivinar si le diría la verdad o no.

—Alma, aquí estamos solos. Escúchame. No a mí, ni a mis palabras, sino a mi corazón. Dame tu mano... —susurró con su cálida voz mientras la llevaba a su pecho—. ¿Lo notas? Cada vez que te tengo cerca late con fuerza, revive. Antes solo era un órgano inerte, ahora, junto a ti, vive. Tú despiertas

en mí un fuego que creí incapaz sentir. Sin embargo, ahí está. Haciéndose más intenso cada vez que te tengo cerca, cada vez que me besas. Tú me das vida, Alma. No sé qué he hecho para merecer que me hayas elegido. Cierra los ojos... deja que mi alma te hable. Deja que mis caricias susurradas se enreden por tu cuerpo. Roba mi último aliento, la poca verdad que queda en mí. Regala a mi frío cuerpo otra más de tus caricias, de esas que dejan un rastro ardiente en mi piel.

Las palabras de Kennan la tenía hechizada y sentía el alma repleta de amor por él, sintió cómo su corazón latía bajo la palma de su mano. Le gustaba escuchar su ritmo, adoraba escuchar las palabras que había esperado oír. Palabras tiernas y cálidas susurradas con su helado aliento.

—Alma, sé que parece una locura, pero siento que si me pides la luna, hallaré la forma de entregártela.

—No es necesario, Kennan.

—No me dejes, por favor, Alma —murmuró mientras suplicaba rindiéndose a ella—. No me dejes... —repitió—. Perdona lo que dije, no era cierto. No esperaba sentir algo por ti pero desde el instante en que te vi supe que eras mía. Algo gritaba que no te dejase escapar. Por eso eché a los demás aquella primera vez. Quería tenerte para mí a solas, conocerte, saber qué misterio encerraban tus ojos verdes... te deseo como nunca había deseado a ninguna otra. Ni Alada ni Frágil. ¡A ninguna!

—Es hermoso lo que dices.

—Es la verdad, Alma.

—Deseo creerte, Kennan. De verdad, deseo que todo sea real.

—¡Lo es! Olvida lo que dije antes. Mi padre sabe cómo herir. Además, supongo.

—¿Qué? ¡Habla, Kennan!

—Qué él ha encontrado la manera de resarcirse porque tu madre lo dejase por Altair. Creo que sabe que, haciéndote daño a ti, la hiere a ella también.

—¿Por qué liberar a las Almas Grises? —preguntó de nuevo.

—Parece que nadie sabe con seguridad cuál es su fin —respondió.

Alma cerró los ojos, dejó que los latidos de Kennan la arropasen y decidió creerlo. Debía ser fuerte y asumir que tal vez de nuevo Balthazar tratase de controlar las palabras de Kennan.

Cuando regresaron al salón todos gritaban enfurecidos, solo reinaba el caos.

Alma apretó más fuerte los dedos de Kennan, que respondieron con otra opresión para infundirle ánimo.

—¡No quiero que ninguno os acerquéis a ella hasta que llegue el cambio!
—Se escuchaba la voz de Altair enfadado.

—Llegas tarde, hijo... —dijo Samuel, triste.

—¿Qué significa que llega tarde? —tronó Balthazar—. ¿Qué demonios has hecho? No habrás... —Balthazar vio interrumpida su exigencia.

—¡No te habrás atrevido! —clamó Altair, señalando a Kennan con un dedo acusador.

—Lo ha hecho —confirmó Samuel.

—¡Estás loco! ¡Tenías que haber esperado! ¿Y si se convierte en una Alas Blancas? ¿Y si no resulta ser más que una Frágil humana? —incredulo Balthazar fuera de sí.

—¡Me arriesgaré, padre! —dijo tranquilamente Kennan mientras agarraba con firmeza la mano de Alma dispuesto a no soltarla.

—¡No lo permitiré, sucio Alas Negras! —gritó Adriel—. ¡Esa unión no pude ser legal! ¡Él no ha jugado limpio! ¡Ordeno que se anule!

—Se anulará —habló Samuel— solo si Alma está de acuerdo. Hija, ¿tú has aceptado por propia voluntad?

—Sí, padre, no me ha forzado —susurró, turbada por el revuelo.

Alma no quiso desvelar cómo había sucedido en realidad, todos parecían enloquecidos por algo que ella en un principio no había creído importante, pero, al parecer, lo era. De todos modos, había decidido aceptar a Kennan y todo lo que conllevaría estar unida a él para siempre.

—Está bien, siendo así, la unión es legal a todos los efectos —sentenció Samuel.

—Pero, hijo, no puedes... —Balthazar por primera vez en toda la noche estaba asustado—. ¡He peleado mucho para llegar hasta donde estoy y no permitiré que ni siquiera tú, hijo mío, te interpongas!

Balthazar estaba frenético, consumido por el miedo que le provocaba pensar que existía la posibilidad de que su plan se marchitase ahora que estaba a punto de florecer. El temor desencajaba las facciones hermosas de su rostro, dejando a la vista la bestia oscura que guardaba en su interior.

—¡Si he de rebelarme contra ti, padre, lo haré! —exclamó Kennan con voz firme—. Siento algo por Alma, tal vez no pueda amar, pero el sentimiento que despierta en mí se parece mucho al amor del que tanto he oído hablar. Si no deseas que continúe contigo, me marcharé. Buscaré cobijo junto a ella. Pero mi decisión está tomada. ¡No me importan las consecuencias!

—¡Las habrá! —amenazó Balthazar, y el vello de Alma se erizó.

Asustada, temblaba y miraba a su alrededor buscando la seguridad y el apoyo de sus padres, que no eran capaces de decir nada.

Altair, con la mirada perdida, miraba de forma escalofriante a Kennan mientras apretaba con fuerza los puños para evitar golpearle e infligirle el dolor que en estos momentos deseaba causarle. Tras unos segundos de calma, la tormenta de improperios y alegatos en contra de su unión llenaron de nuevo la sala.

Los padres de ambos, Adriel, David e incluso Samuel se creían con derecho a cuestionarlos. Por más que lo intentó, Alma no conseguía entender nada de entre el barullo de voces, donde todas deseaban exponer sus objeciones para demostrar a los demás que eran los poseedores de la verdad.

Alma trataba desesperada de percibir con claridad alguna conversación para captar alguna palabra suelta.

Kennan notaba el nerviosismo de Alma, su labio inferior había comenzado a temblar, y no estaba dispuesto a dejar que nadie se interpusiera en su decisión. Apretó con fuerza su mano, mirándola intensamente, tratando de transmitirle lo que sentía por ella.

Alma desvió la mirada y al verse reflejada en los hermosos ojos de Kennan lo tuvo claro. Solo los comprenderían demostrando a todos lo que realmente sentían el uno por el otro. Apenas faltaban unos días para que cumplierse los dieciséis años y no tendrían que esperar demasiado para ver el resultado del desenlace. Decidida, abrazó a Kennan con fuerza y, poniéndose de puntillas para llegar hasta él, le besó.

Su mundo comenzó a girar entre los brazos de Kennan y supo, a pesar de tener los ojos cerrados, que él estaba flotando en el aire con ella. Las alas se plegaron sobre ella, acariciándola, sumergiéndola en la sensación de calidez que le brindaban sus brazos protectores.

El beso se prolongó y este dio paso a muchos más. Alma sabía que deseaba estar con él para siempre. Nunca se arrepentiría de la decisión que había tomado al aceptarle y entregarse a él de por vida, también consciente de que Kennan haría lo propio. Serían consecuentes con su decisión y Kennan protegería a Alma con su vida si era necesario. Se había enfrentado a su padre y ella estaba dispuesta a enfrentarse a los suyos si decidían oponerse a su unión. Para bien o para mal estaban casados o su equivalente en el mundo de los Alados. Concedores de su felicidad eterna, estaban dispuestos a luchar contra cualquier obstáculo que se pusiera por delante.

—Te quiero, Alma... —susurró en su oído.

Las palabras la golpearon con todo el peso de su significado y pensó que moriría de amor, cerró los ojos un instante para perderse en él y disfrutar del momento y su mundo se tambaleó, sintió que caía.

En ese momento un fuerte golpe la aturdió, y pudo notar que Kennan había tratado de amortiguarlo usando su propio cuerpo para que no resultase herida. Solo era capaz de escuchar el alboroto.

El golpe no había sido demasiado fuerte, lo justo para desconcertarla. Alzó la mirada y vio a sus padres que gritaban asustados. Todos a su alrededor rugían furiosos. Altair y Balthazar parecían a punto de matarse, Laya y Lylh no dejaban de vociferar palabras incomprensibles. Samuel era el único que permanecía relativamente tranquilo, aunque Alma pudo ver su rostro preocupado.

Instintivamente miró sus manos, ¿tal vez se había roto algo y no era consciente? Entonces cayó en la cuenta; ¿por qué Kennan no se movía?

Dirigió su mirada asustada hacia el suelo y observó que tenía el rostro ceniciento, el cuerpo inmóvil y los ojos cerrados.

—¿Qué demonios ha pasado? —gritó, silenciando a todos. No conseguía comprenderlo.

Kennan parecía estar a punto de abandonar el mundo y nadie reaccionaba. Tan solo perdían el tiempo discutiendo y gritándose entre ellos. ¿Pero qué les pasaba?

—¡Han sido Adriel y David! —dijo Nell situándose a su lado. En el otro flanco se situaba Lydia, protegiéndola.

—¿Se está muriendo? —preguntó con la voz rota.

—Ahora, eso solo depende de él —dijo Nell.

Arrodillada a su lado y sin saber cómo actuar le agarró con fuerza la mano, miró hacia su abdomen y vio la herida abierta que aún supuraba.

Entonces supo qué había sucedido y quién lo había orquestado todo. Estaba segura de que era exactamente lo que Armando le había aconsejado hacer: primero una herida; después, arrojar polvo de Alado.

¿Cómo había podido David trepar hasta ese lugar? Claro, Adriel le había ayudado. ¡Maldito Alas Blancas!

Capítulo 22

Alma miraba a su alrededor, asustada, esperaba que alguno de los presentes actuara y salvara a Kennan. Gritaba desesperada en busca de ayuda, exigía a su madre que hiciera algo, debía ayudarla. Aullaba de dolor por la impotencia, observando frustrada cómo yacía inmóvil, pero ninguno de los presentes se movía. Permanecían inmóviles mientras la miraban desconcertados.

Volvió de nuevo a mirar a su madre, aterrada y suplicante. Laya la observaba con lágrimas en los ojos.

—¡No sé qué hacer, hija! No sabemos qué ha sucedido, qué le han hecho... —su madre parecía tan perdida e impotente como ella.

—¿No lo sabéis? ¿Ninguno? —preguntó sorprendida—. Yo sí lo sé, mamá... —susurró sin dejar de llorar.

—¿Lo sabes? —preguntaron todos a la vez.

—Sí, es una mezcla de polvo de Alas Blancas y Negras —contestó entre hipidos.

—¿Estás segura? —preguntó Altair, que se había colocado a su lado.

—Armando me explicó cómo hacerlo, primero una herida y después arrojar ese polvo.

—¿Dónde lo han conseguido hija? —interrogó su padre.

—De mí... yo tenía una bolsa. David debe de haberla encontrado.

—¡Adriel le ha herido a traición y David lo ha ayudado! —increpó Nell.

—¿Sabes si hay una cura? —volvió a preguntar su padre.

—No. Armando me dijo que depende de cada Alado; si su cuerpo es capaz de soportar o no la invasión. ¿No conocéis sus efectos? ¡Vosotros también los utilizáis! —exclamó fuera de sí sin comprender por qué no sabían cómo actuar.

—Nunca hemos mezclado el polvo de Alado, no sabemos qué hacer —susurró su madre a su lado.

—Hay que esperar a ver qué pasa... —murmuró Altair con la voz contenida.

—¡Se ha acabado la tregua! —sentenció Balthazar—. Pagarán caro lo que han hecho y ese inmundo Alas Blancas de Adriel está acabado. ¡No habrá clemencia ni piedad!

—¡Esperad todos un momento! —gritó Alma—. No dejéis que os nuble el odio de nuevo. Vamos primero a tratar de salvarle, ¿o es que es a mí a la única que le importa? ¡Kennan, lucha! ¡No te vayas, quédate conmigo! Por favor... ¿qué voy a hacer sin ti? Te prometí ser tuya para siempre; no puedes eludir la responsabilidad... ¡Maldita sea, Kennan, no me dejes! Te quiero... —susurró—. Kennan, vuelve. Te amo. ¡No me dejes, Kennan! ¡No me abandones, por favor! —continuó con la súplica mientras lo mecía entre sus brazos sin poder dejar de llorar desconsolada.

Incorporándole le besó con todo el amor que albergaba su menudo cuerpo. No le importaba nada, solo deseaba que su cuerpo luchase por él y por ella. Sobre todo por ella; un sentimiento egoísta la poseía. Nunca había pedido nada y esta vez algo que deseaba con todas sus fuerzas le estaba siendo arrebatado. No era capaz de percibir ni escuchar nada ni a nadie más que a él.

Lloraba, gemía, le besaba y gritaba frenética tratando de hacerle regresar, aunque no era muy consciente de lo que hacía. Seguía aferrada a ese pequeño hilo casi invisible que le sujetaba a la vida, hasta que el hilo se rompió con un suave chasquido y su corazón dejó de latir.

El grito desgarrador que inundó la sala provenía de la garganta de Alma, que al percatarse sintió cómo se le helaba la sangre. El dolor de la espalda se intensificó, haciendo que el grito fuese un alarido interminable.

El pequeño resquicio de odio hacia Adriel y David se intensificó hasta límites insospechados, rasgando su espíritu en dos fragmentos. Un dolor que provocó que cerrase los ojos, tratando de aliviar su pérdida.

—Alma... —escuchó a su madre llamarla—. ¡Alma! No, hija mía, no... ¡Así no!

El dolor pareció desaparecer, o tal vez ella se había acostumbrado un poco a él. Cuando sus ojos se acomodaron y observó a los que la rodeaban se sorprendió. Todos los allí presentes la miraban boquiabiertos.

Su madre con los ojos anegados en lágrimas, su padre cabizbajo, quizás culpándose por su dolor... sin embargo, Balthazar y Lylh parecían satisfechos.

No podía ser. Su hijo acababa de morir entre sus brazos y ellos ¿sonreían? ¿Es que acaso era la única a la que le importaba perderlo? ¿La única que lo amaba? No podía creerlo. Volvió a gritar.

Se puso en pie observando a toda la muchedumbre y se dirigió hacia Samuel, encolerizada.

—¡Tú! ¡Devuélvemelo! Tú puedes hacer que regrese. ¡Es mío! —su voz rasgó el silencio. ¿Esa era ella?

—Todo a su tiempo, Alma —contestó Samuel con una tranquilidad pasmosa.

—¿Todo a su tiempo? —estalló ante la impasibilidad de Samuel—. Estoy cansada de escuchar una y otra vez las mismas palabras vacías. ¡No, no hay tiempo que perder! Voy a buscarlos, encontrarlos y... ¡a acabar con ellos! —rugió como una bestia herida.

—Sí, hija mía, ve a acabar con ellos... —susurró la voz de Balthazar a su alrededor, enredándose como una gran serpiente por todo su cuerpo.

—¡No me toques! —Le gritó a Balthazar, sin importarle quién era—. ¡Tú! —dijo señalándole—. ¡Has dejado que esto sucediera!

Al señalar a Balthazar lo vio. Sus manos estaban envueltas en la bruma oscura de los Alas Negras. Esa era la razón por la que todos la miraban. Levantó la mirada y se encontró con ellas.

Allí se alzaban: grandes, exuberantes, hermosas hasta resultar insultantes. Por fin había sucedido. Había cambiado. Ahora era una Alas Negras.

—¿Mamá? —musitó entre sollozos.

—Hija mía, todo va a salir bien.

—Nada está bien. ¡Kennan ha muerto, mamá, me ha dejado sola!

Las risas bailaban a su alrededor, regodeándose de su desgracia, nadie había hablado, pero ella las escuchaba. Oía con total claridad la voz de Balthazar alegrándose por tener un soldado más entre sus filas.

—¡Tú! ¡Tú has sido el culpable! Quizá no has sido la mano que ha abierto la herida, pero has sido el que lo ha planeado todo. ¡Has sacrificado a tu propio hijo para asegurarte de que me transformaba en una de los tuyos!

—¡No es verdad! —dijo Lylh, que lloraba amargamente—. No lo has hecho, ¿verdad, Balthazar? Te he perdonado muchas cosas, pero esto... dime que no.

—Era la única manera. Pensé que quizás le sucedería lo mismo que a su madre. Solo he acelerado las cosas.

—¡Te odio, Balthazar! —dijo Lylh.

—Lo sé y no me importa. De hecho, me halaga.

—¡Nunca, ¿me oyes cabrón sin sentimientos?, nunca te ayudaré! ¡Antes me quitaré la vida! —gritó Alma desesperada por el dolor.

—¡No lo harás! —tronó.

—Lo haré. Mi vida no tiene sentido sin él, tú me lo has arrebatado con tu odio, con tu ambición. Tal vez sea una Alas Negras, pero no te pertenece mi alma, le pertenece a Kennan. Y allí donde esté, podrás encontrarla.

—Hija... —dijo Laya—. ¡Espera, no lo hagas! Es lo que Balthazar quiere, que sucumbas. ¡Sé fuerte!

—Mamá, no soy capaz de resistirlo, siento un dolor desgarrador. Me han roto el alma, necesito calmar este sentimiento que me nubla.

—Hija mía —intervino Altair—, lo sabemos. Tu madre y yo pasamos por algo parecido. Pero, por favor, sé paciente, encontraremos una manera de...

—¡Tú no me hables! ¡No me toques! ¡Ni siquiera te dirijas a mí! ¡No tienes derecho! ¡No has sido mi padre! ¡Nunca has estado cuando te necesitaba! ¡Ni siquiera ahora! ¿Qué has hecho para evitar lo que ha sucedido? Yo te lo diré, ¡nada! ¡Te odio, *padre*!

Laya estaba triste y con la mirada perdida.

Alma sabía que estaba siendo cruel; un ser ruin sin sentimientos nobles. Solo ira, furia y sed de venganza. Y en eso se había convertido. Tal vez esas visiones acerca de su madre y sus actos habían sido una señal inequívoca de lo que sucedería.

Miró a todos de uno en uno. Quería dejar claro que no iba a permitir que nadie la detuviera. ¡Que se atrevieran! Estaba deseando probarse.

Balthazar seguía mirándola complacido. Acababa de morir su hijo y solo pensaba en que la llave estaba en su poder. Pero erraba de nuevo. Le habían arrebatado lo único que le había importado de verdad y no lograrían su objetivo. Ella haría que su objetivo principal fuese Balthazar, aunque le costase la vida.

Con un fuerte estallido desplegó las alas y se alejó. No tenía ni idea de cómo lo había hecho, pero volaba de una forma tan natural como si lo hubiese estado haciendo toda la vida.

Odiaba a Balthazar y no iba a ayudarle. Primero, se encargaría de Adriel y David, no iban a salirse con la suya sin más.

—¿Dónde vamos, Alma? —escuchó a Lydia preguntar.

Volvió su rostro y encontró a Nell y Lydia detrás de ella.

—Regresad. ¡Voy sola! Es algo personal entre esos perros y yo.

—No vamos a dejarte sola. Se lo prometimos a Kennan —contestó Nell.

—¿Él sabía que esto podría suceder?

—No exactamente. Aunque supongo que percibió el peligro y nos rogó que no te dejáramos sola, que te protegiéramos.

—Al principio la sed es muy fuerte y difícil de controlar, pero poco a poco aprenderás a dominarla —explicó Lydia.

—¡Solo necesito acabar con ellos! Después, todo se calmará.

—No vamos a impedírtelo. Kennan era nuestro amigo. Nosotros también estamos furiosos con Adriel y el Frágil... tan solo déjanos cumplir lo que prometimos a Kennan.

—No sabía que los Alas Negras cumplieran sus promesas.

—Solo las que nos interesan. A pesar de ser una de nosotros está claro que no sabes nada de nuestro mundo —replicó Lydia.

—Solo sabía que amaba a Kennan y que no era como los demás —estalló de nuevo.

Lydia se colocó a su lado.

—Escucha, Alma —dijo—, cierra los ojos y concéntrate. Cuando tu cuerpo detecte el aroma de Adriel te guiará hasta él. Solo relájate. Deja que tus sentidos despierten. Están ahí.

Hizo caso a la voz de Lydia y funcionó. De repente, un olor dulzón y atrayente la embriagó como en su sueño. Dejó que su cuerpo la guiase hasta la presa, que la bestia tomara el control.

Los encontró algo más adelante. Los muy imbéciles ni se habían molestado en escapar y correr a esconderse.

Cuando apareció a su lado, los dos la miraron con los ojos desorbitados. Sin duda, no era el desenlace que ninguno de los dos esperaba.

Trataron de defenderse pero todo fue en vano; cayeron. Acabó con sus vidas. No le importó lo más mínimo. Les castigó.

Extendió sus alas y los abrigó con ellas. El manto fúnebre que arroparía a sus almas, daría la bienvenida a las nuevas, más oscuras. Una parte de ella que llevarían consigo por siempre.

La muerte hubiera sido una liberación. Sin embargo, convertirlos en Alas Negras era el peor castigo para ellos, por eso lo hizo. Sin remordimientos. Un Alas Blancas y un Frágil transformados en Alas Negras. Podía imaginarse a Armando tratando de cazar a su propio hijo.

Sonrió.

La sed se aplacó. Al menos ahora no le dolía tanto el pecho al respirar. Después de todo, este nuevo mundo no le iba a sentar tan mal.

Así fue como abrazó la oscuridad. Así fue su renacer: oscuro.

En el salón del trono de Samuel se hallaba Altair junto al cuerpo inerte de Kennan. Acomodando la cabeza del joven que había conquistado el corazón de su hija en sus rodillas susurró cerca de su oído.

—Rasga el tiempo, hijo... yo pude hacerlo por amor. ¡Tú también lo conseguirás! Las almas gemelas tienen ese poder. ¡Lucha por ella!

En ese mismo instante, Kennan expulsó un grito ensordecedor y abrió los ojos.

Continuará...

Agradecimientos

A Dama Beltrán, por aguantar mis atranques mentales, comprenderme y estar siempre para mí.

A Paola C. Álvarez, por ser lo mejor que me ha pasado al escribir esta historia.

A Eugenia Dorado, por apoyarme siempre y ayudarme a continuar.

A mi familia, por acompañarme en los malos momentos y disfrutar de los buenos.

Gracias a todos los que dais una oportunidad a mis historias.



ALISSA BRONTË, seudónimo de María Valnez, nacida en Granada en 1.978, comienza a publicar novelas en 2.014 residiendo en Murcia.

Desde primeros de 2.016 vive en el pueblo sevillano de Tomares, con su marido y sus tres hijos, donde continua publicando con dos grandes editoriales.

Inició su andadura como escritora como María Valnez en www.amazon.es, web en la que consigue estar entre las autoras de literatura romántico/eróticas con más ventas, con *Precisamente*, *Tú* y la serie *Devórame*. La inspiración le lleva a escribir una novela completamente diferente a las anteriores.

Manteniendo como característica fundamental de esta escritora el romanticismo que desprenden sus letras, al escribir *Alados*, *Renacer Oscuro* basada en un mundo apocalíptico gobernado por Alados, opta por tomar el seudónimo de Alissa Brontë.

En 2.016 publica sus obras *La Elección*, *La Andaluza* y *Soñando a lo grande, pensando a lo chico* en editoriales de prestigio.